



NARRATIVAS DOCENTES

Maestras y maestros
transformando palabras y territorios

Volumen III
Subregiones Bajo Cauca, Norte,
Magdalena Medio, Urabá, Nordeste y
Valle de Aburrá



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



UNIDOS



NARRATIVAS DOCENTES

Maestras y maestros
transformando palabras y territorios

Volumen III
Subregiones Bajo Cauca, Norte,
Magdalena Medio, Urabá, Nordeste y
Valle de Aburrá



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



UNIDOS

Gobernación de Antioquia. Secretaría de Educación. Maestros y maestras transformando palabras y territorios: Narrativas Docentes, subregiones Bajo Cauca, Norte, Magdalena Medio, Urabá, Nordeste y Valle de Aburrá. V.3. Medellín: Fondo Editorial Gobernación de Antioquia. Facultad de Educación Universidad de Antioquia.

370 / G574 V.3

1 - Educación 2 - Narrativas Pedagógicas 3- Proyecto Educativo Institucional.

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN publicación impresa: 978-958-5124-19-6

ISBN publicación electrónica: 978-958-5124-24-0

Gobernador de Antioquia

Aníbal Gaviria Correa

Kelly Zair Diz Cuesta

Loyda Martínez Fernández

Luis Alfonso López Hernández

Luz Ángela Hernández Castrillón

Luz Maris Robledo Magaña

Tatiana Guerrero Aviles

Manuel Eleazar Gómez Adasme

Marelbi Cuesta Rentería

María Lenys Serna

Marcela Hernández Chacón

Maribel Correa

Marinela Mendoza Rodríguez

Mayerly Asprilla Palacios

Ómar Alberto Mogollón Murillo

Óscar Leonardo Hurtado

Sandra Milena Hernández López

Luz Miriam Palacio Rueda

Marcela Hernández Chacón

María Fernanda Polo Méndez

Mario de Jesús González Cano

Martín Felipe Uribe Isaza

Rafael Óscar Betancur Correa

Reinaldo Nieto Tuirán

Roberto Gaviria

Rodrigo Ignacio Gómez Álvarez

Ruth Yamile Jiménez Jiménez

Sandra Liliana Londoño Oquendo

Sandra Milena Muñoz Mora

Sergio Hugo Ramos Ocampo

Sneider Quintero

Victor David Jiménez Montoya

Wilma Cristina Yepes Gaviria

Wilson de Jesús Montoya Vélez

Yasmina Muñoz González

Yois Esmith Quiceno Álvarez

Secretaría de Educación de Antioquia

Alexandra Peláez Botero

Subsecretario de Calidad Educativa

Juan Diego Cardona Restrepo

Subsecretaria de Planeación Educativa

Tatiana Maritza Mora

Subsecretaria Administrativa de Educación

Luz Aída Rendón Berrío

Director Gestión de la Calidad del Servicio Educativo

Adrián Marín Echavarría

Supervisor

Jonier Ruíz Hoyos

Textos

Alexandra Gutiérrez Castrillón

Alfredo España Contreras

Alexandra Peláez Botero

Alirio Restrepo Arboleda

Ana María Palacios Mosquera

Ana Paola Barreto Vergara

Ángel Bibiano Olvido Santos

Aracely Torres Ibarra

Beatriz Elena Garcés Rodríguez

Beatriz Elena Hernández Álvarez

Calixto Antonio Acosta Atencia

Daniel Eduardo Piedrahíta Díaz

Daniela Quiroz Builes

Dionis del Socorro Muñoz Muñoz

Eleuterio Chaverra Martínez

Elizabeth Borja Barbarán

Elkin Darío Quintero Morales

Ever Luis López Ramos

Fernando Hoyos Salazar

Gabriela Patricia Areiza Tobón

Guillermo León Correa Suárez

Gustavo Adolfo Moreno Restrepo

Gustavo Andrés Leyton Agudelo

Gustavo Sanabria

Héctor Alejandro Gómez Barrera

Jenny Henao Rodríguez

Jhon Fredy Quesada Montiel

John Wilder Álvarez Espinosa

Juan Diego Cardona Restrepo

Colaboradores:

Dayro León Quintero López

Julián Andrés Corrales Gil

Luz Niyereth Vásquez Acevedo

Natalia Duque Cardona

Yaneth Peláez Montoya

Yolima Monsalve Carvajal

Coordinación Editorial e ilustraciones

Andrea Trujillo Rendón

Corrección de estilo

Catalina Trujillo Urrego

Diagramación

Neeno - Malvecino

Esta publicación es realizada con fines educativos y su distribución es gratuita. Ley 23 de 1982, artículo 32. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización de los autores o los editores. Publicación realizada en el marco del Contrato Interadministrativo n.º 4600010773 de 2020, entre la Secretaría de Educación de Antioquia y la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, para el acompañamiento a establecimientos educativos de municipios no certificados del departamento de Antioquia, para el fortalecimiento, la actualización y/o la transformación de los proyectos educativos institucionales en el marco de la gestión escolar integral.

Medellín - Colombia
2020

Distribución gratuita / 1000 ejemplares

© Gobernación de Antioquia, Secretaría de Educación 2020



CONTENIDO

- 9 Carta para los maestros y maestras que transforman palabras y territorios para la vida
- 11 Presentación
SUBREGIÓN BAJO CAUCA
CÁCERES
- 13 Proyecto Educativo Institucional: una construcción de todos
CAUCASIA
- 16 La voz de todos
- 19 Aprender setenta veces siete: aprender siempre
SUBREGIÓN DEL MAGDALENA MEDIO
PUERTO BERRÍO
- 23 De la sombra a la luz
- 27 Nos han enseñado tanto
YONDÓ
- 31 Carta de una maestra con los sueños de casabe en tiempos de pandemia
- 36 Mi experiencia docente como acto de aprendizaje bidireccional
- 41 Remanso minero
SEGOVIA
- 45 El arribo
VEGACHÍ
- 52 Soy el maestro que siempre quise tener en la escuela
YOLOMBÓ
- 57 Sumatoria de sueño
SUBREGIÓN NORTE
BELMIRA
- 61 Una propuesta estratégica y participativa hacia la formación efectiva del ser humano
DON MATÍAS
- 66 Una mirada reflexiva hacia el principio de practicidad de las narrativas del Proyecto Educativo Institucional
GÓMEZ PLATA
- 71 Comunidad educativa, un reto
- 75 Sandra tiene una estrella en el firmamento

	ITUANGO
79	La escuela de los sueños
	YARUMAL
83	Ruralidad, entre aguas cristalinas y turbulentas
	SUBREGIÓN DE URABÁ
	CAREPA
87	Llegó un profe nuevo
92	Un camino fascinante y complejo
96	Travesía maestra
	CHIGORODÓ
100	Pensamientos y realidades
	NECOCLÍ
105	Mi confrontación con la escuela rural
109	Armando bochinche
112	Otra mirada a la inclusión educativa
118	Paz y conflicto pensado desde la escuela
121	En cuánto está tu optimismo
	SAN JUAN DE URABÁ
125	Ser maestro en contextos difíciles
129	Rescate de la tradición cultural como herramienta para el desarrollo de competencias en los estudiantes del Centro Educativo Rural San Juancito
	VIGÍA DEL FUERTE
137	Valió la pena, porque querer es poder...
140	La educación de adultos, una lección de vida
144	Un sueño hecho realidad
	SUBREGIÓN ÁREA METROPOLITANA DEL VALLE DE ABURRÁ
	CALDAS
148	La parrhesía en el sistema educativo
	COPACABANA
151	Mi autobiografía
156	Vivencias de inclusión y diversidad. Memorias de un aprendiz de maestro
	GIRARDOTA
163	Entre música y baile, aprendiendo a través del arte
	COCORNÁ
168	Construcción de sujetos sociocríticos: exploración y navegación por los mares de la comunicación.
173	Siglas



Carta para los maestros y maestras que transforman palabras y territorios para la vida

Queridas maestras, queridos maestros,

Desde la Secretaría Departamental de Educación de la Gobernación de Antioquia seguimos tejiendo estrategias para promover la diversidad de voces de los maestros y las maestras, que permitan reconocer el valor de las subjetividades de los docentes, llenos de experiencias plurales y vitales ancladas al poder revelador de sus palabras que propician siempre nuevos horizontes de aprendizaje. En este año inédito, avanzamos en la convocatoria a la escritura de narrativas docentes como una propuesta que enriquece el desarrollo del proyecto de acompañamiento a 300 instituciones educativas en el fortalecimiento de los Proyectos Educativos Institucionales en municipios no certificados del departamento de Antioquia. Este conjunto de narrativas se suma a las publicaciones que desarrollaremos dentro de la Colección Pensamiento, Escuela, Maestros y Maestras.

Los presentes volúmenes de narrativas docentes, compilados bajo el nombre Maestros y Maestras transformando palabras y territorios, son una muestra de la capacidad de los docentes que, desde las nueve subregiones de Antioquia, aceptaron el reto de escribir para resignificar, reconstruir, reapropiar sus trayectos vitales y reflexionar sus experiencias pedagógicas y así, darles palabras a sus ricas memorias y hacer que la escritura sea una conquista que permite una renovada natalidad lingüística del ser maestro.

Para finalizar, permítanme evocar las palabras del poeta Roberto Juarroz¹

*Levantar el papel donde escribimos
y revisar mejor debajo*

*Levantar cada palabra que encontramos
y examinar mejor debajo*

*Levantar cada hombre
y observar mejor debajo*

*Levantar a la muerte
y escudriñar mejor debajo*

*Y si miramos bien
siempre hallaremos otra huella.*

*No servirá para poner el pie
ni para aposentar el pensamiento
pero ella nos probará
que alguien más ha pasado por aquí.*

Alexandra Peláez Botero 
Secretaria de Educación

1 Juarroz, R. (2001). Poesía vertical: antología esencial. Argentina: Emecé



Presentación

La Secretaría de Educación del Departamento de Antioquia y la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, en el marco del Proyecto PEI Gobernación de Antioquia, convocaron a maestros y maestras a escribir sus experiencias vitales y los aprendizajes que han tenido alrededor del Proyecto Educativo Institucional.

Es así como se emprende la necesaria tarea de promover en docentes y directivos el reto de escribir, de hacer leíbles sus propias narrativas docentes. En este propósito nos embarcamos y bajo el nombre Maestros y Maestras transformando palabras y territorios, entretejimos los textos presentados a la convocatoria de escritura de narrativas docentes, enmarcada en un proceso de escritura en tiempos de pandemia. Este momento inédito de la humanidad implicó encontrarnos en talleres virtuales de escritura creativa; en esta larga contingencia de salud pública nos privamos de vernos, compartir el tono y el ritmo de las escrituras colectivas, no logramos sonreír en la «presencialidad» al finalizar las lecturas de los ejercicios individuales, empero persistimos en el encuentro vital que sigue haciendo de la educación un acto de humanidad y de la escuela un taller de hombres y mujeres.

Así, continuamos adelante y nos convocamos a celebrar las palabras, nos encontramos para reafirmar la voluntad de escribir. La generosidad de maestros y maestras que decidieron participar de esta convocatoria hizo posible un proyecto común que encierra una reafirmación, una promesa, una convicción, la celebración de la vida y las palabras.

Frente a un contexto cambiante e incierto, este proceso de escritura de narrativas docentes se concentró en acompañar reflexiones y búsquedas, intentar vislumbrar otras posibilidades de encuentro, nos citamos en las redes, vimos los rostros de maestros y maestras en sesiones sincrónicas, entramos a aulas virtuales, participamos de *webinars* —transmisiones en vivo— y creamos tableros digitales para animar la escritura desde los territorios digitales. Nos propusimos crear, escribir, aparecer y escucharnos apoyados de diferentes recursos desde las tecnologías de la información y la comunicación.

De esta aventura, llena de experiencias, surge un laboratorio de escrituras en línea, que se deriva luego en un conjunto de textos diversos; un caleidoscopio de voces que no están tejidos por una sola voluntad. En ellos pueden leerse los diversos trayectos vitales, las múltiples identidades del ser docente, la riqueza de lo múltiple que es, a la vez, talón de Aquiles en el intento de crear un corpus narrativo.

Los invitamos a leer estos textos como provocaciones y como un acto de escritura y autodescubrimiento en el sentido que el escritor Jaime Alberto Vélez resalta cuando en su libro *La baraja de Francisco Sañudo*, rinde homenaje a un maestro de escuela, y este escribe una bella definición de La Carta —Baraja XXI—, aunque bien pudiera ser la definición de «escritura» y antojársenos de que en ella podemos cifrar el deseo y el horizonte narrativo de estos escritos allegados.

«Posee un destino único, y hacia él se encamina ciegamente, superando numerosos escollos y dificultades. Quien la recibe al fin se siente incapaz de decidir si lo más relevante reside en su fragilidad o en las vicisitudes que ha debido sortear para llegar hasta sus manos. Aunque posee su sino trazado, que realiza sin lamentos, las posibilidades de incumplirlo son múltiples y a cada instante parece ceder y desistir. Así que su arribo representa ya, de por sí, un mensaje venturoso».

**XXI - La carta. La Baraja de Francisco Sañudo
Jaime Alberto Vélez²**

Gracias a los maestros y las maestras que, en sus palabras bordearon y dieron origen a la experiencia narrativa, se enfrentaron a sus propias biografías, intentaron nombrar sus acciones como procurando delinear sus rostros en los espejos de la palabra, continuaron desplegando voces y presencias en sus proyectos pedagógicos, pero, sobre todo, siguen creando aquella carta inconclusa, una carta que día a día escribimos, una carta que nos toma toda la vida. Así, pues, querido lector y querida lectora, encontrará en esta colección una serie de tres volúmenes de narrativas y un epistolario docente. Este que tiene en sus manos corresponde a los relatos de la subregión del Oriente antioqueño.

G R A C I A S, queridos maestros y queridas maestras por hacer posible que caminar la palabra sea una de las posibilidades para humanizar el acto educativo, para acompañar las vidas de niños, niñas y jóvenes del departamento, gracias por atreverse a escribir, gracias por no desfallecer en continuar unidos en el propósito de ser maestros y maestras para la vida.

Juan Diego Cardona Restrepo 
Subsecretario de Calidad Eucativa

2. Vélez, J. (2005). *La Baraja de Francisco Sañudo: El poeta invisible*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.



Proyecto Educativo Institucional: una construcción de todos

Mayerly Asprilla Palacios

*Institución Educativa Gaspar de Rodas
mayeaspa@gmail.com*

Poder ser maestra a corta edad y llegar a una institución educativa en la que el personal docente varía según intereses, pensamientos, áreas de conocimiento, costumbres y demás aspectos, se convirtió para mí en una dicha y en un escenario para potenciar y poder crecer profesionalmente.

Un profesor debe estar dispuesto a ir más allá de lo que sabe, debe observar y escuchar a sus estudiantes, buscar soluciones a las problemáticas que se les presentan, debe ser un amigo más; muchas veces pasamos de ser la segunda familia de los niños para convertirnos en los primeros y los más importantes. Hay que ser muy abiertos, estar siempre dispuestos y con el mayor de los agrados a compartir con ellos, mantener buenas relaciones con la comunidad educativa y, un aspecto importante, investigar para innovar en los métodos y las estrategias que a diario implementamos para así mejorar nuestra práctica pedagógica.

Para nadie es un secreto que las escuelas normales e, incluso, las universidades nos preparan para afrontar una sociedad y diversas situaciones educativas desde lo pedagógico y didáctico; con todo y con eso, considero que nunca es suficiente, y el temor por llegar y enfrentarte a una comunidad educativa con sus propias experiencias, fortalezas, debilidades y situaciones problemas siempre va a estar presente. Lo único que nos queda, como uno de los principales actores en esas realidades sociales, es meternos al barro, dar la pelea y lo mejor de cada uno para hacer de la escuela un espacio de acción y transformación de vidas.

En este 2020, nos vimos envueltos en una pandemia que nos llevó a replantear de una forma drástica la escuela; la tecnología ha sido la protagonista y se ha convertido en el mayor de los retos para reflexionar y

afrontar la educación. Por lo anterior, resulta de vital importancia que se tome conciencia sobre el papel que esta desempeña en nuestro entorno y el uso que las personas le estamos dando para adquirir nuevos aprendizajes.

Los tiempos han cambiado y, por ende, las formas de enseñanza y aprendizaje también lo han hecho; debido a esto, es necesario ir a la par con los avances tecnológicos para que, según los diversos inconvenientes que se nos presenten, ir solucionando, replanteando y permitiendo que los procesos educativos no se vuelvan monótonos, ni se llegue a una apatía o deserción por parte de los estudiantes.

Hoy en día, hago parte de un grupo de docentes que llevan a cabo el desarrollo de su profesión en un territorio que ha sido y continúa siendo golpeado por la violencia, la minería ilegal, el tráfico de estupefacientes, la falta de oportunidades y hasta de recursos económicos para afrontar la llamada educación de calidad. Por lo anterior, resulta fundamental y propicio replantear constantemente la manera de ser escuela, ser docentes, estudiantes, padres de familia y comunidad. Pero ¿cómo lo podríamos hacer?, ¿quiénes son los encargados de este proceso?

Es aquí donde considero que cada una de esas partes tan diversas las puedo comparar con instrumentos musicales que deben sonar armónicamente en conjunto para llegar a desarrollar una canción; con una melodía que nos identifique, que nos agrade, que nos represente como comunidad y nos guíe; que nos permita mejorar los procesos educativos que se desarrollen en el territorio con el fin de llegar a formar personas resilientes, con capacidades para transformar su entorno y la realidad que las envuelve.

Así lo mencionaron Custodio y Cano: «La música, como el lenguaje, es fundamentalmente sintáctica y está formada por diversos elementos organizados jerárquicamente (tonos, intervalos y acordes)» (2017, p. 64). Actualmente, en la institución, nos encontramos realizando la reestructuración del Proyecto Educativo Institucional (PEI), proceso que requiere de un esfuerzo pedagógico, académico, didáctico y práctico de todos los que hacemos parte de la comunidad.

He pensado en este proceso como la posibilidad de instaurar un mismo sentir, un espacio en el que todos somos partícipes, podemos expresarnos y bailar al mismo ritmo; en el que cada elemento que conforma la estructura del PEI se aborda desde la realidad inmediata, desde lo propio, desde lo diverso.

En este siglo XXI y en plena transformación cultural, cuando los docentes nos convertimos en guías, mediadores, investigadores, innovadores y debemos abrirnos a los nuevos ambientes de aprendizaje que resultan de toda esta revolución tecnológica, debemos estar conscientes de que las aulas no son los únicos lugares que propician la formación de los estudiantes.

Debemos saber que se aprende de la sociedad, de las demás personas —amigos, familiares, conocidos, extraños, etc.—, de los medios de comunicación —radio, televisión, redes sociales— y también que se aprende mientras se juega y que no se aprende por imposición, que en-

tre más cerca de los intereses de los estudiantes se esté, más rápido se van a involucrar ellos en los procesos. Por eso debemos tener presente lo expuesto en el documento *Guía metodológica para la construcción, actualización e implementación del Proyecto Educativo Institucional*:

Para que un PEI sea una hoja de ruta institucional requiere no sólo ser formulado, sino constituirse en el mapa donde se trazan las trayectorias de cada día, marcando sobre ellas los aprendizajes que emergen en el camino y las nuevas rutas que surgen para alcanzar los fines de la educación propuestos. Sólo así cumple con su función de ser un instrumento de planeación que da sentido a la vida institucional. (Universidad de Antioquia y Alcaldía de Medellín, 2016, p. 16)

Nos encontramos frente a la pretensión de formular un documento que se adapte a nuestra situación como institución, para lo que resulta fundamental ser conscientes de las fortalezas y las debilidades que como comunidad educativa tenemos, y trazarnos unas metas, no para que se queden en el papel escrito, ni adornen la coordinación académica o la rectoría, sino para que se aplique en las prácticas institucionales diarias y así poder encaminar los fines que nos trazamos al brindar la educación a la comunidad.

No debemos ver las nuevas formas de enseñanza y aprendizaje como un caos en el que todo tiene lugar o todo puede ser aceptado y tomado por verdadero; tampoco podemos pretender estar reacios a los cambios y las actualizaciones que se requieren para cumplir con nuestra labor de enseñar. Día a día, atendiendo a las múltiples necesidades del entorno, debemos reinventarnos y fortalecer las prácticas que nos han funcionado para lograr formar personas competentes, con capacidades selectivas para nutrir sus conocimientos, compartirlos y aprender de los demás.

Me agrada pensar en todo este proceso de construcción y replanteamientos pedagógicos como una construcción musical, como una oportunidad que tenemos para identificarnos como grupo, como cultura, para explotar esa capacidad de pensamientos e ideas de docentes que a diario luchamos por dar lo mejor en el campo educativo y lo hacemos desde la inmediatez y la cercanía con los otros, esos estudiantes, padres de familia y comunidad en general que nos ven como una lucecita para lograr cambiar sus vidas. Así como lo expresó Alvarado: «La creatividad musical no existe por sí sola, sino que se asocia con redes directas o indirectas musicales, sociales, culturales y sus relaciones» (2013, p. 11).

Esta cuestión de la educación es asunto de todos y para todos. Sus cimientos deben ser construidos por todos.

Bibliografía

- Universidad de Antioquia y Alcaldía de Medellín. (2016). *Guía metodológica para la construcción, actualización e implementación del Proyecto Educativo Institucional*.
- Alvarado, R. A. (2013). *La música y su rol en la formación del ser humano*. [Http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/122098](http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/122098)
- Custodio, N. y Cano, M. (2017). Efectos de la música sobre las funciones cognitivas. *Revista de Neuro-Psiquiatría*, 61-71.



La voz de todos

Beatriz Elena Hernández Álvarez

*Institución Educativa Divino Niño
tizmariposa@gmail.com*

Mi nombre es Institución Educativa Divino Niño, estoy ubicada en el municipio de Cauca, Antioquia, y en Google Maps me puedes encontrar en el barrio Primero de Mayo o en el DANE, con mi identificación: 105154001880. Quiero que hoy, junto a la familia Divino Niño, tomes mi mano y me acompañes a recorrer la hermosa experiencia de la Gestión Comunitaria a través de los años.

Muchas personas han presenciado mi hundimiento —y lo digo literalmente porque mi sede principal se ha visto afectada por grandes inundaciones—. A propósito, te cuento que cuento con dos sedes, una llamada Divino Niño y otra Caracolí.

Como te venía contando, por mi ubicación geográfica, cercana a las riberas del Cauca, las fuertes lluvias han hecho que mi sede principal se haya visto afectada por muchos años, poniendo en riesgo mi infraestructura y el servicio educativo. La última vez, el 16 de mayo de 2017, tuve que cerrar mis puertas y trasladarme completamente a otra sede en la que estamos muy apretados, pero hemos logrado organizarnos para salir adelante gracias al trabajo arduo de mi comunidad.

Te voy a contar detalladamente sobre los procesos de accesibilidad, proyección a la comunidad, participación, convivencia y prevención de riesgos que se han desarrollado en todos estos años para poder posicionarnos como una de las mejores instituciones educativas de Cauca y la subregión del Bajo Cauca antioqueño.

Un grupo de trabajo se ha empeñado, desde hace varios años, en construir las condiciones de accesibilidad para toda la comunidad educativa, es así como se han diseñado estrategias para acoger a las personas más vulnerables. En la institución educativa contamos con un maestro de apoyo y una psicorientadora, en

ellos apoyamos la atención a los estudiantes con discapacidades, así como la generación de logros específicos para la población con dificultades de aprendizaje, movilidad reducida, entre otros. Desde hace aproximadamente tres años venimos trabajando con el Diseño Universal del Aprendizaje (DUA), para hacer partícipe a toda la población de nuestro servicio educativo. Del mismo modo, propendemos por la inclusión desde una perspectiva social y cultural en la que todos somos la familia Divino Niño.

Otro de los aspectos con los que aseguramos la accesibilidad es nuestro proyecto de vida, orientado a toda la población estudiantil. Desde preescolar se acompaña a los estudiantes en la construcción de su proyecto de vida, integrando las diversas áreas del conocimiento a la proyección de sus sueños y deseos; asimismo, a su formación personal y profesional, que van en concordancia con la misión y la visión del establecimiento educativo.

Otro aspecto importante por el que trabajamos incansablemente es la proyección positiva ante la comunidad. Como institución, me he sentido muy orgullosa porque he ocupado lugares inimaginables en mi contexto, por ejemplo, he sido reconocida ante el ICFES por mis excelentes puntajes en las pruebas Saber, pero sobre todo, por la calidad de mis docentes, directivos, estudiantes, padres de familia y comunidad en general. Es importante resaltar el papel que ha venido realizando el comité de la Escuela de Padres, esta estrategia ha permitido visibilizar a un grupo de acudientes, padres y cuidadores que se interesan por mejorar y aportar a la institución de forma significativa.

Y ni qué decir del grupo de docentes que apoya el servicio social estudiantil y la media técnica dentro de la oferta de servicios a los estudiantes. Somos una familia comprometida con el bienestar social y cultural de nuestros educandos, es por esto por lo que anualmente renovamos las ofertas a partir de los intereses de nuestros estudiantes. Durante más de seis años brindamos a la población estudiantil la oportunidad de interactuar con su media a través de la atención a la población mediante el sistema de servicio social y la capacidad de formarse en carreras técnicas con el apoyo del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena).

Este trasegar de experiencias no sería completo si no mencionara la participación de padres de familias, estudiantes y comunidad en general en las acciones que promueve la institución educativa en cada año escolar. El Gobierno Escolar es un claro ejemplo de la democracia que circula como mecanismo de participación, y con este, las asambleas de padres y los diversos comités en los que los estudiantes son los protagonistas. Como te contaba, he estado en riesgo de hundirme, pero es esta sólida comunidad la que no me ha permitido sucumbir, pues siempre encuentro en ella el apoyo para proyectarme y ubicarme entre

los mejores establecimientos educativos por su visión, constancia y trabajo participativo. Resaltan dentro de las propuestas que se construyen en mi interior, los diversos equipos deportivos, los grupos artísticos y culturales, los comités y los proyectos transversales y, ante todo, la calidad humana de un grupo de directivos y docentes que busca diariamente sostener la calidad educativa que tanto nos ha caracterizado.

Esto somos, una familia que brilla a pesar de las adversidades; nos hemos construido con esfuerzos y con la organización diaria de los procesos. Para esto le hemos apuntado fuertemente a la prevención de los riesgos que nos opacan, tenemos el grupo de Programa de Gestión de Riesgos Escolares (PGRE) que se encarga, desde hace varios años, de diseñar y organizar todo lo relacionado con los riesgos de la planta física, poniendo a disposición de la ciudadanía ambientes más seguros y accesibles para todos. Como ya te conté, he sufrido muchísimo con mi infraestructura y he soñado con que me conviertan en un mejor lugar, pero las negligencias del Estado me tienen todavía en lista de espera. Aun así, todos los esfuerzos se han empeñado en ofrecer un mejor lugar a la comunidad educativa, podría decir que cuento con lugares muy seguros, en los que se puede estudiar, jugar y compartir. Me falta muchísimo aún porque la meta es contar con los espacios que hace más de diez años nos han negado.

También le hemos apuntado a otros riesgos, ya que la planta física debe hacer juego con los seres integrales que la habitan, por eso le apostamos fuertemente a combatir el uso de alucinógenos, la agresividad, la depresión y otras enfermedades a través de los comités de convivencia, desarrollo social y Escuela de Padres. Unimos todos los esfuerzos para que cada día los estudiantes tengan un lugar seguro, no solo en lo físico, también comportamentalmente. La pedagogía del amor y el afecto nos toma de la mano para mostrarnos que con fe, esperanza y amor todo es posible.

El trabajo constante nos ha demostrado que juntos podemos seguir construyendo futuro, que la proyección comunitaria no solo nos permite visibilizarnos, sino organizar nuestra labor para que la participación y el trabajo colectivo y cooperativo arrojen mejores resultados y nos ayuden a sostener la calidad educativa que nos caracteriza.

Pude haberme hundido, pero decidí abrazar en mis paredes a 68 docentes, 5 directivos, 3 celadores, 2 secretarías, 2.111 estudiantes, personal de servicios generales... y a toda una comunidad que me apoya, que construye día a día y que sigue apostándole a la educación como el mejor camino que nos conduce a la paz, a la convivencia y el amor.

Nuestra meta será siempre apropiarnos de nuestros procesos, mientras tanto, seguiremos en el mejoramiento continuo,

ese que nos permite vernos en el espejo, fortalecer, avanzar y resurgir, siempre convencidos de que mañana vendrán mayores retos y mejores oportunidades, y con la convicción de que cuando yo hable, lo haga en la voz de todos.

Bibliografía

Institución Educativa Divino Niño. (2019). Proyecto Educativo Institucional Institución Educativa Divino Niño.

MEN. (2008). Guía Para el Mejoramiento Institucional. De la autoevaluación al Plan de Mejoramiento. Guía 34. www.mineducacion.gov.co/1759articles-177745_archivo_pdf.



Aprender setenta veces siete: aprender siempre

Marinela Mendoza Rodríguez

Institución Educativa Marco Fidel Suárez
mn-ella@hotmail.com

Recuerdo como si hubiera sido ayer el día que llegué a la I. E. Marco Fidel Suarez; el día anterior había sido mi cumpleaños, fue como una especie de regalo que me dio la vida el llegar ahí, pues venía trasladada de Cáceres a Caucasia; todo quedó grabado en mi mente. Estaba feliz, ansiosa y a la expectativa por conocer mis compañeros docentes e interactuar con mis nuevos estudiantes. De la institución sabía que atendía niños sordos, que la profe Noris Morales era la gestora principal de este proyecto y la encargada de atender directamente la población con discapacidad.

Para nada me asustaba todo esto, dentro de mí habitaba una tímida tranquilidad y ese derecho me lo daba pensar que si yo había superado trabajar en Escuela Nueva sin conocer mucho

de esta modalidad de enseñanza y salir victoriosa, estaría en capacidad de enfrentar cualquier reto sin miedo alguno, porque definitivamente sí que aprendí bastante durante el proceso con mis pequeños estudiantes de aquella vereda, sin embargo, nunca imaginé que mi estadia en la I. E. Marco Fidel Suárez estaría llena de desafíos, como enseñarle a niños sordos, y que esto lograría marcar mi vida profesional y personal, haciéndome aún más sensible a la necesidad de los otros, de los que físicamente no tienen voz, pero que se les nota el deseo de hacer lo mejor.

Para mi primer día de clase planeé una y otra vez todo lo que haría junto con mis estudiantes, incluí ejercicios de lectoescritura, juegos de pensamiento, acertijos y adivinanzas, pues siempre me he dicho: la primera, la segunda, la tercera y todas las impresiones que como docente les cause a mis estudiantes valen oro. Deseaba que aprendieran mucho, que se alegraran no solo de ir a la escuela, sino de tener una profe como yo; en otras palabras, marcar la diferencia, alejarlos de la rutina y de los «no me gusta leer», «no me gusta escribir», que se sintieran acogidos y se enamoraran del área de Lengua Castellana al saber que aprenderían de una manera no tan convencional.

Entrar al aula del grado sexto A me llevó a entender que quien aprendería más en esta aventura sería yo, pues la vida no se daba por vencida en ponerme un nuevo reto; aprender como docente no había acabado, solo cambiaba el escenario, los actores y el contexto que, por cierto, era muy particular.

Esa gran tranquilidad y supuesta valentía que habitaban en mí quedaron relegadas por completo. Sí, sentí miedo, ver un aula con treinta y ocho estudiantes, y cuatro de ellos sordos no era para menos —me decía yo—, y más sin saber la forma de comunicarme con ellos. Para completar mi situación, la institución no contaba en ese momento con intérpretes de lengua de señas para la secundaria. ¡Claro!, por lo de todos los años, no los habían contratado a pesar de los esfuerzos de la profe Noris. «Sálvese quien pueda» fue la frase que jocosamente resonó en mi mente.

Dicen por ahí que «la necesidad hace al maestro», y así fue, tuve que echar mano de la sabiduría de la profe Noris para salir adelante y no darme por vencida. Ella, con mucha amabilidad, a través de sus sabias palabras, hizo un recorrido maravilloso que dibujó en mi mente una línea de tiempo que me permitió comprender y cambiar la visión que tenía inicialmente sobre la institución y el programa dirigido a niños sordos.

En este recorrido, que fue el mejor aprendizaje, supe que la I. E. Marco Fidel Suárez, desde 1990, se había constituido, a pesar de muchos altibajos, como líder en educación inclusiva, que atendía a personas no solo con discapacidad auditiva, sino con diferentes patologías y talentos excepcionales; que había surgi-

do del aula especial que estaba ubicada en la I. E. Guillermo Cano Isaza —antiguo nombre de nuestra institución—, pasando a ser lo que hoy se conoce como Aula Multigradual para Sordos.

Fue agradable saber que, además de la profe Noris, docente bilingüe y persona que representa a la población sorda dentro y fuera de la institución, líder en los procesos de formación de estos estudiantes, existían otros profesionales, como dos chicos sordos egresados de la I. E. que hacían las veces de modelos lingüísticos. Eran normalistas superiores competentes en lengua de señas colombiana (LSC) que desarrollaban contenido académico para los procesos de enseñanza y aprendizaje en el Aula Multigradual, mediante diferentes herramientas tecnológicas y visuales como libros, láminas, carteles, videos y juegos didácticos.

Asimismo, supe que se contaba con el docente de apoyo David Roos y los intérpretes que, integrados a la básica secundaria y media, eran el puente perfecto entre los docentes regulares y los estudiantes con discapacidad auditiva, cuestión que me alegró realmente, pues sentí un gran alivio, comprendí que no estaba desamparada en este pequeño mundo de sordos y oyentes.

Poco a poco me fui enterando de muchas cosas muy interesantes, uno de ellos es que la oferta educativa brindada por la institución durante estos años le da la oportunidad a la población sorda de acceder a todos los niveles educativos, permitiéndole proyectarse a la educación superior, ser modelos a seguir, visibilizarse como una cultura que se comunica por medio de la lengua de señas colombiana con intereses y sueños dignos de ser hechos realidad.

¿Pero saben qué? Toda esta información amplió mi horizonte y supe que debía actuar, y desde entonces no dejé de pensar en cómo aprender lenguas de señas, cómo hacer para que mis estudiantes con discapacidad auditiva se acercaran al conocimiento de la manera más fiel posible, qué hacer para que pudieran captar el sentido de un texto, cómo evaluarlos de manera honesta, cómo hacer para que desarrollen competencias teniendo en cuenta sus posibilidades y limitaciones.

En realidad, fueron muchos los interrogantes y, así mismo, las ideas que surgieron en mi cabeza. Lo primero que hice fue entender que una persona sorda tenía la capacidad de aprender con y como los oyentes, obviamente, con una ayuda adicional, de ahí que en las clases de lengua castellana el trabajo entre pares académicos oyentes/sordos era el pan de cada día. Al decir esto y mirar atrás me embarga un sentimiento de gratitud hacia mis estudiantes oyentes que en 2017 cursaban el grado sexto A; fueron mi mano derecha, mis lazarillos, para mí eran una gran fortuna, porque de otra manera no hubiera existido ese primer

vínculo entre Natalia, Dayana, Heidi y Daniel con su profe de Lengua Castellana.

Es así como el trabajo cooperativo y el juego de roles se convirtieron en una fuerte estrategia; eran la forma más directa de llegar a ellos, de animarlos, porque al estar sin intérprete se sentían como un pájaro sin alas deseando alzar vuelo y sin poder despegar los pies del suelo. Esto fue muy motivante para crear lazos de amistad, solidaridad y sentimientos de amor por el otro, sobre todo, de tener la capacidad de ponerse en los zapatos del compañero.

Este inicio no fue fácil, pero sé que tanto los estudiantes sordos y oyentes en este trasegar aprendieron a ser resilientes, y más aún esta profe a la que le tocó aprender muchas cosas desde cero porque no tuvo otra opción.

Han pasado ya cuatro años desde que llegué a la gloriosa Marco Fidel Suárez, como suelen llamarla muchos compañeros docentes. En realidad, sí que los es, porque en ella he tenido muchos aprendizajes que he llevado a la práctica con buenos resultados. Desde el Programa Todos a Aprender (PTA) descubrí cuán importante es articular los referentes de calidad de la educación con la planeación escolar, aprendí que una evaluación formativa es oportuna y pertinente al evidenciar fortalezas y debilidades en los estudiantes, haciéndolos conscientes de su proceso de aprendizaje; igualmente, el Diseño Universal de Aprendizaje aporta bases sobre cómo diseñar una clase que responda a la diversidad del aula, y el Plan Individual de Ajustes Razonables (PIAR) que permite identificar en los estudiantes sus gustos, intereses, motivaciones y características particulares.

No obstante, lo que más me ha gustado de este tiempo en la institución es el aprendizaje que me ha dejado la sonrisa de los estudiantes al ver a su profe cantar y hablar en lengua de señas —aunque todavía me falta muchísimo por aprender—. Ver la alegría de niños, niñas y jóvenes con discapacidades de diferentes patologías sintiéndose igual que los demás, recitar una poesía, bailar, explicar una lección frente a todos, entonar las notas de un himno antioqueño o nacional, no tiene comparación.

Sentirse parte activa de una comunidad educativa que promueve, desde muchos ámbitos, la inclusión como lo hace el Proyecto de Lectura Institucional Mil Maneras de Leer y Escribir (Mieles) no tiene comparación.

Sin embargo, y a pesar de todo lo anterior, sé que no existe una fórmula mágica que nos diga qué hacer para que los niños con una discapacidad aprendan; todos son tan diversos, cada uno es mundo lleno de sueños, algunos con luces y otros con sombras, con aciertos y desaciertos, diamantes en bruto deseando ser pulidos. Pero soy consciente de que la imaginación y la creatividad de un docente pueden ayudar a encontrar la técnica

o la estrategia adecuada; no darse por vencidos en el aprendizaje, una y otra vez, es la verdadera clave.

Para finalizar, quiero decirles a los maestros y demás personas que tengan la oportunidad de leer estas líneas, que aprender cada día debería ser un acto de amor propio para un docente, no solo por la ocasión, sino como una actitud permanente, atreviéndome a comparar esto con aquella respuesta que le da Jesús a su discípulo Pedro cuando este le pregunta cuántas veces debe perdonar y Jesús le contesta que setenta veces siete. Esto significa solo una cosa: siempre. Así debería ser la vida y la actitud de un maestro: aprender setenta veces siete... Aprender siempre.



De la sombra a la luz

Jenny Henao Rodríguez ■
Institución Educativa América
jenao68@hotmail.com

Eran los primeros meses del 2019, la resplandeciente luz del sol brillaba de la forma acostumbrada y sus rayos, después de caer en el pavimento de la calle, se reflejaban produciendo un vapor que me abrazaba mientras caminaba hacia mi nueva experiencia; no sentía temor, por mi mente pasaban muchos pensamientos llenos de expectativas, era una constante recordar lo que había aprendido acerca de este programa y ahora inevitablemente todo se recreaba en mi mente.

Después de haber gestionado la resolución de la media para la Institución Educativa América de manera exitosa por parte del rector, en el 2010, el entonces Secretario de Educación propone presentar un proyecto ante la Gobernación de Antioquia para acceder a un programa de educación para adultos dirigido a una población de reinsertados que hacían parte de un programa del Gobierno Nacional y que habían quedado a la deriva por parte

de una entidad privada. La población era numerosa y era la Institución Educativa América la que certificaría sus estudios por un beneficio económico dominical relacionado con el programa de reinserción. Fue así como, en el 2011, una resolución permite a la Institución Educativa América el desarrollo del programa de educación para adultos y jóvenes en extraedad, no solo para la población del programa de reinserción social, sino para otros adultos que, al enterarse, deseaban terminar el bachillerato. En el 2013, un dragoneante del programa penitenciario tiene un acercamiento con el señor rector para indagar sobre la posibilidad de que se impartiera educación a la población carcelaria, algo que era viable. Así que los directivos organizan el programa para realizarlo en el Inpec bajo parámetros y reglamentaciones que el centro penitenciario tenía en cuanto a los días y los horarios pertinentes. La institución facilita las sillas necesarias, los tableros y los elementos esenciales para hacer posible este proyecto y, de esta manera, se da inicio en el 2014. Desde entonces, una gran cantidad de adultos se hacen bachilleres académicos de la Institución Educativa América, pues quedan registrados en el acta conjunta con los egresados de la jornada ordinaria.

Detrás de un logro siempre hay un camino recorrido, pensaba, y ahora, ahí estaba yo, como una forastera frente a la reja de esa edificación cuyos dos colores la caracterizan en la población y que ocupa una manzana completa del lugar; esperaba pacientemente que me permitieran la entrada para tener la entrevista con el director del centro penitenciario, quien me daría algunas instrucciones —quizá, precauciones—, luego una requisa y un registro. Para entonces, los latidos de mi corazón me hacían percibir la ansiedad de lo desconocido, y ya lista con mis dos compañeras, los barrotes de la puerta se abren para darnos la entrada. En segundos me encontraba caminando por un estrecho pasillo que me generaba una sensación de presión interna, que al combinarse con el hedor pesado que produce la mezcla del calor y el sudor humano presente en el encierro, me daban la bienvenida. «Con el tiempo uno se acostumbra», pensé, mientras me sentí rodeada de miradas que cruzaban los barrotes con curiosidad; pude mirar sus rostros fácilmente, me gusta mirar a los ojos, era inevitable pensar que para esta nueva asignación se necesitaba, más que ser profesional, cualidades, atributos del ser humano, pues en este lugar no solo se hace un trabajo docente, es un trabajo social.

Recibir una clase de inglés para ellos se convirtió en un reto para darse cuenta de lo que pueden alcanzar, y poco a poco su atención se fue contagiando de interés hasta por parte de los guardas de turno, que en ocasiones se detenían a escuchar la clase también. Así, a medida que pasaba el tiempo, las expresiones «teacher», «¿how are you?», «hello», entre otras, se convirtieron en mi bienvenida cada día, añadiéndole una sonrisa de gusto al

momento. Ya fuera una clase de inglés, religión, sociales o ética, siempre en el grupo se encontraba una gran variedad de personajes; el ausente que no tuvo el valor para vencer la depresión del amanecer al recordar dónde se encuentra, y entonces, desanimado decide no salir; el que llega y en sus ojos, en su caminar, en su actuar, deja ver cómo está siendo atropellado por el consumo de alguna droga; aquel que hace el esfuerzo por salir, sin embargo, recostarse a la pared le parece placentero, y así encontramos un amplio número de estudiantes que se convierten en personajes totalmente distintos en clase, pues cada día está cubierto de alguna sombra que solo ellos conocen. Una clase con ellos es un episodio diferente, cada uno esconde su propia historia —generalmente no son de las mejores—, pero yo no estaba ahí para emitir un juicio sobre sus actos, sino para aportar algo a sus vidas si así lo permitían, y si no a todos, al menos a algunos, por lo menos uno que pudiese aprovechar todo esto; ahí es cuando todo este esfuerzo realmente vale la pena.

En uno de esos días de clase de ética, uno a uno iban entrando y el salón se llenó, cuando empecé a explicar el principio planeado, experimenté algo diferente, había una extraña sensación de tranquilidad, hablaba y percibía que hasta el que solía estar más distraído en clase, no lo estaba. Pude explicar principios que parecían tener propósitos específicos en cada uno; lo percibí al mirarles el rostro y el movimiento de sus cabezas era una respuesta asertiva para mí. No hablaba sola, ellos también lo hacían, de manera no verbal o con alguna que otra intervención; parecía que las palabras creaban una empatía precisa a sus pensamientos. Cuando llegué al final de mi lección, la sonrisa, los aplausos, el estrechón de manos con frases de agradecimiento me sobrecogieron, parecía que mis palabras no solo habían llegado a sus oídos, parecía que les había tocado el alma. No necesito conocer sus vidas para entender que no se encuentran en la mejor de las situaciones, pero sí puedo entender que podría añadirles una esperanza que les enseñe a mejorar la visión de sí con la aspiración de construir un futuro mejor. Si alguno lo logra, será satisfactorio no solo para ellos mismos, sino para cada una de sus familias, que seguro anhelan mejores resultados después de este paréntesis en sus vidas.

Los meses transcurrieron y llegó el momento de encontrarnos reunidos en un pequeño salón del lugar: los directivos, los docentes, los graduandos y algunos acudientes invitados. Aunque pequeño, el salón estaba decorado bellamente y con una mesa elegante, digna de cualquier ceremonia solemne. Me detuve un momento para mirarlos ahí sentados con su toga, ¿quién podría juzgar sus actos? Mi corazón se alegró por lo que sus rostros reflejaban, lucían tan radiantes como cualquier otro estudiante que en mejores condiciones pudiera estar alcanzando algún logro importante en su vida: un diploma, una foto, algo delicioso

para comer que hiciera la diferencia con el usual menú que para ellos llega a volverse rutinario, todo para volver este momento único y especial. Con gran emoción tuve el privilegio de expresar mis palabras de orgullo por encontrarme en ese lugar y por el proceso experimentado. Su vida continúa, con limitaciones aún por causa de algunas decisiones mal tomadas, pero este momento les permitía visualizar con esperanza una luz en su camino futuro, pues son ellos los que algún día podrán darle un vuelco a sus vidas si saben aprovechar lo que en ese momento la Institución Educativa América ponía a su alcance. Ellos mismos se convertirán en testigos del proceso cuando al pasar el tiempo puedan mirar con agradecimiento este programa con el que lograron ser bachilleres, aun bajo sus limitadas condiciones.

De esta manera podemos ver cómo una interacción efectiva de una institución puede dar la mano a una comunidad que muchas veces espera anhelosamente una oportunidad de ser mejor.

En la actualidad, se tiene conocimiento de jóvenes que están en la universidad, otros que han encontrado la manera de desarrollar algún oficio en la población gracias a que tuvieron la oportunidad de hacerse bachilleres cuando se encontraban privados de la libertad, esas personas son testigos de la importancia y el valor que este programa aporta a la comunidad; que a pesar de los errores pasados, los embarga un profundo agradecimiento por la Institución Educativa América, por los directivos y los docentes que tuvieron el valor y la responsabilidad para no excluirlos de la posibilidad de ser mejores para ellos mismos y más valiosos para la sociedad.

En Puerto Berrío, cuya historia está ligada al Ferrocarril de Antioquia, al río Magdalena y a su rivera que sirvió de camino a los conquistadores para entrar al centro del país tras la búsqueda del oro, sí, aquí, en la institución educativa América y el programa de educación para adultos, se trabaja con la comunidad, en la cárcel, y hemos aprendido cómo los seres humanos cambian y pasan de las sombras a la luz.



Nos han enseñado tanto

Ómar Alberto Mogollón Murillo

Institución Educativa América

omar.mogollon@gmail.com

«El educador ya no es solo el que educa, sino aquel que, en tanto que educa, es educado a través del diálogo con el educando, quien, al ser educado, también educa».
Paulo Freire - *Pedagogía del oprimido*

En la Grecia antigua, la educación era un proceso bastante tardío que, adicionalmente, era exclusivo de quienes pudieran pagarla. Fue Sócrates el primer gran revolucionario —liberador, en términos de Freire—, quien con una dialéctica simple demostró que educar no es «depositar» conocimientos en el estudiante, sino «extraer» los conocimientos que en él habitan. Y si bien es cierto que los sofistas no pasaron inadvertidos para la historia, fue Sócrates quien fundó las bases de la educación, que aún en nuestros días son vigentes. Es decir, los inicios de la educación en occidente, realmente, se dan desde una educación en el hombre joven, incluso adulto.

La educación para adultos en Colombia, tal como la concebimos en nuestros días, está precedida por ejercicios como el bachillerato por radio o la primaria por televisión, programas estatales de cobertura educativa que atendían y beneficiaban a una reducida parte de la población adulta que no había tenido acceso al sistema educativo, pero que no tenían autonomía curricular ni estaban estructurados como escuela. Dependían de cualquier manera de escuelas o colegios que validaran el proceso «autónomo» de los estudiantes. El Decreto 3011 de 1997 reglamenta lo que en la Ley 115 de 1994 (Ley General de Educación) ya se había considerado; establece normas para la educación de adultos, si se quiere, la «formaliza». Pero este decreto, fundamentalmente, traza unos lineamientos generales en cuanto a la organización de los tiempos y la flexibilización de la metodología, aunque explícitamente favorece el desarrollo humano integral y se propone recuperar saberes, prácticas y experiencias de manera significativa. Sin embargo, en los aspectos cu-

rriculares y metodológicos, se remite a la Ley General, es decir: equipara este tipo de formación a la regular de niños y jóvenes. Razón por la cual, no en pocos casos, encontramos procesos de educación para adultos que «infantilizan» al adulto y pretenden, «remendar» anacrónicamente un tramo de su proceso formativo; un buen propósito con un método errado. El individuo no es el mismo, definitivamente no es ese «ser en formación» que llega a la escuela sediento de conocimiento y acompañado por una familia; ahora es un adulto que, en muchos casos, regresa a finalizar algo que dejó empezado o aquello a lo que no tuvo acceso, o sencillamente regresa porque necesita cumplir un requisito laboral o legal —casos de reinsertados—, o incluso es un joven que rechazó el sistema porque simplemente no cabía allí, no lo soportaba. Estos son solo algunos aspectos por los que regresan los adultos y los jóvenes en extraedad, pero más allá de los factores genéricos, existen miles de historias, a decir verdad, más de una historia tras cada estudiante; conocerlas enriquece el proceso de enseñanza-aprendizaje, valorarlas le da un verdadero sentido al proceso formativo, que trasciende la educación formal y la convierte en un verdadero proceso liberador. Ahora la escuela es territorio de paz, es el oasis que los retrae de sus conflictos, es allí donde son valorados.

Así lo ha entendido la I. E. América de Puerto Berrío, que desde el 2011, una vez obtuvo la resolución que le autorizó la prestación de este servicio, inició con una población, en su mayoría reinsertados de procesos de desmovilización, quienes, valga decirlo, necesitaban el programa más que quererlo. De hecho, la institución educativa inicia dicho proceso con la más buena voluntad, aunque es necesario reconocer que no había todavía la conciencia social que con los años se ha ido desarrollando; porque el eje fundamental alrededor de cual gira el Programa de Educación para Jóvenes Extraedad es, precisamente, la conciencia social.

Partiendo de los principios básicos establecidos en el Decreto 3011 —Desarrollo Humano Integral, Pertinencia, Flexibilidad y Participación— se ha ido desarrollando una idea articuladora que permita incorporarlos e identificar una metodología, no solo para dar cumplimiento al desarrollo curricular del programa, sino para, verdaderamente, atender a la población de manera integral, entendiendo su entorno, valorando sus saberes, respetando su identidad y, lo más importante, estimulando y generando la promoción social de los estudiantes. Si bien es cierto que el decreto plantea una obligatoriedad curricular —se deben servir las mismas áreas básicas y fundamentales de la educación regular—, también lo es que en cuanto a la metodología existe, más que la libertad, la necesidad institucional para determinar la manera como se sirven dichas áreas; de la misma forma, la evaluación se convierte en la oportunidad de reconocer los avan-

ces de los estudiantes, en este caso, trascender de la evaluación punitiva a una evaluación formadora, que no solo de cuenta del proceso, sino que estimula al estudiante a continuar con su desarrollo integral, con su permanente superación como ciudadano para enfrentar un mundo que en muchos casos le ha sido agreste y lo ha excluido, precisamente por su falta de formación.

Factores como la evaluación y la asistencia misma se convierten en variables que, si bien es cierto no pierden su valor, sí lo es que se miran de acuerdo con cada caso, es decir, en este programa, el centro es el estudiante. Esta idea, inicialmente, es difícil de entender para quien llega, sea estudiante o docente; no es lo mismo el estudiante joven, en extraedad, que vive en la municipalidad y durante la semana no desempeña ningún oficio, al estudiante de vereda que solo viene los domingos a clases, trabaja en una finca durante toda la semana y difícilmente puede realizar tareas y obligaciones, además sortea circunstancias como el clima y el transporte —hay casos de estudiantes que se demoran dos o más horas para llegar a clases—, pero ello no quiere decir que haya tratamientos preestablecidos para unos y para otros, la I. E. y el docente deben desarrollar la sensibilidad para conocer y comprender cada caso.

Se necesitarían cientos de páginas para referenciar las historias conocidas y particularmente padecidas por los estudiantes, como aquellos que sortean la distancia y el transporte, desde los treinta minutos hasta las tres horas; en moto, bicicleta, motomesa, escalera, chalupa o a pie, sorteando, además, las diversas circunstancias laborales o familiares que se interponen entre ellos y sus sueños.

Y si se cree que solo la distancia, el tiempo y el transporte son las difíciles circunstancias que gambetea los estudiantes, puede darse una mirada a los que han llegado en repetidas ocasiones a iniciar el proceso del bachillerato —CLEI III— y cada año que comienzan es una nueva ilusión que se va diluyendo pronto y anualmente de manera repetitiva. «Son jíbaros que vienen a estudiar la plaza», sentenció alguna vez un docente, pero, a pesar de ello, su destino en muchos casos les ha sido adverso, pues no pocos han caído en su propia ley; son —fueron— jóvenes, a los que el entorno absorbió y escupió con toda la fuerza de la ley de la calle.

Pero hay todavía una población que no se ha referenciado, la I. E. América atiende cada año alrededor de 130 estudiantes privados de la libertad en el Establecimiento Penitenciario de Puerto Berrío. Esa sí que es una labor social, llevar los docentes y el colegio el proceso educativo de quienes han perdido el bien más preciado para el ser humano: la libertad. Ello implica mucho más que darles clase, es llevarles el sueño de la libertad, la posi-

bilidad de crecer en sus precarias condiciones, pensando que su futuro siempre será mejor que su pasado.

Por estos jóvenes y adultos, por sus historias, por sus proyectos de vida, la I. E. América se la ha «jugado» en los últimos años, porque es la jornada más numerosa —más de quinientos estudiantes, en tanto que las jornadas de mañana y tarde en semana difícilmente superan los cuatrocientos estudiantes cada una—; en el último lustro, el programa ha graduado alrededor de cien estudiantes por año, en tanto que la jornada regular diurna lo hace con treinta o menos, un fenómeno sociológico que da cuenta de la deserción y la pérdida del sentido de superación de los jóvenes, de la ausencia del Estado en sus proyectos de vida, y la ausencia de interés que caracteriza a los jóvenes promedio en continuar con una educación superior.

Institucionalmente, este es un momento trascendental, pues, además de un fugaz acompañamiento que tuvo como resultado un corto texto —aún no incorporado al PEI— del modelo A Crecer; ahora, la I. E. América ha sido invitada a formar parte del proyecto «Acompañamiento a establecimientos educativos de municipios no certificados de Antioquia para fortalecimiento del PEI», que pretende revisar y mejorar su PEI, con el acompañamiento de la Secretaría Departamental de Educación y la asesoría de la Universidad de Antioquia. Esto, en el mejor momento, pues además de revisar la totalidad del texto, se presenta como una oportunidad de oro para incorporar la experiencia ya madura de la prestación del servicio a la población adulta y de jóvenes en extraedad del municipio y la subregión. Esos jóvenes y adultos que no desfallecen en su deseo de salir adelante, que llegan convencidos de que van a aprender y que con el pasar de los años nos han enseñado tanto.

In memoriam

Ella era apenas una jovencita de diecisiete años que cursaba el CLEI IV, vivía en una vereda cercana —quince minutos en moto— y, como era apenas natural, tenía unas ganas inmensas de salir adelante, con todo lo todo lo que ello implica, y una inconfundible sonrisa que a veces fastidiaba a quienes no la podían entender. Un domingo, su exnovio la fue a buscar a la hora del almuerzo con el propósito de hablar y reconciliarse, durante el camino a casa discutieron y su expareja la apuñaló en una moto taxi, ella iba en el medio de él y el conductor. Cuando este se percató, fue demasiado tarde, al parar al lado de la vía ella cayó y el exnovio huyó. La chica murió, su agresor se entregó y hoy purga su pena.

Él era un joven retraído y recio, en algunas ocasiones se mostraba altanero y respondón. Era la tercera vez que iniciaba el

CLEI III, se especulaba que era consumidor de alucinógenos y algunos, incluso, afirmaban que expendía. Una tarde, muy cerca de su casa, en un barrio aledaño al colegio, sin mediar argumentos —como si los hubiera—, le dispararon a él y a algunos amigos que lo acompañaban; cayó en la acera aún vivo, dicen que murió en el hospital pidiéndole a su madre que lo perdonara por haberle dado tantos dolores de cabeza.

Nosotros, los maestros, seguimos sembrando vida en medio de tantas tristes muertes...



Carta de una maestra con los sueños de casabe en tiempos de pandemia

Tatiana Guerrero Avilés

Institución Educativa Rural San Miguel del Tigre
tatianaguerreroaviles@hotmail.com

Yondó, Antioquia, 28 de agosto del 2035

Querido colega:

Respondiendo a su solicitud sobre mi experiencia vivida durante el tiempo de pandemia, comparto con ustedv mi experiencia en un municipio antioqueño llamado Yondó, ubicado en la subregión del Magdalena Medio, cercano al municipio de Barrancabermeja, Santander.

Yondó, antes Casabe, surgió en sus inicios como un campamento de trabajadores de la empresa petrolera Shell Cóndor, administrada por holandeses, situación que llevó a convertirlo en poco tiempo en uno de los territorios más prósperos, prometedores y llamativos del país debido a la facilidad para emplear mano de obra, al diseño arquitectónico de sus construcciones,

único en la región; llegando a contar con uno de los mejores hospitales de Latinoamérica por su estructura física, dotación y profesionalismo de su personal.

Sus habitantes llegaron, en su mayoría, desde diferentes regiones del país en busca de «oro negro» o petróleo, por la explotación forestal o desplazados por distintos conflictos sociales. Esta mezcla de orígenes ha impedido una identidad sociocultural propia.

El vasto territorio pasa de ser corregimiento de Remedios, a municipio independiente en 1979, según el artículo 187 de la Constitución Nacional y la Ley 164, por Ordenanza Departamental n.º 38 del 23 de noviembre de 1978. Yondó tiene una división territorial que la compone el área urbana con 17 barrios, y el área rural con 64 veredas y un corregimiento; cuenta con 6.410 personas víctimas del conflicto armado, siendo el municipio más receptor y beneficiado de programas de desarrollo con enfoque territorial (PDET) como resultado de la violencia de la que ha sido víctima su población por varios años.

Le cuento, mi querido colega, que este hermoso y próspero municipio, especialmente en las zonas rurales, permaneció en constante riesgo de desplazamientos masivos e individuales y que la población del área urbana se mantenía en zozobra ante la posibilidad de verse, en cualquier momento, amenazada o intimidada por los grupos al margen de la ley. Estos aún operan y tienen gran capacidad de movilidad y acoso a la población civil, en nuestra localidad y en la región, o ante un riesgo de la naturaleza.

El municipio tiene una doble condición como expulsor de población, desde lo urbano y lo rural, siendo también receptor del desplazamiento interno y de otros municipios del país. En educación y primera infancia es un municipio no certificado. La población en edad escolar en el rango de 5 a 17 años es aproximadamente 4.722. Imaginaré, entonces, que somos varios maestros en esta labor. Existe la Institución Educativa Luis Eduardo Díaz en el área urbana y su sede anexa, La Patria; la Institución Educativa Rural San Miguel del Tigre, con 7 sedes; el C. E. R. La Primavera, con 13 sedes; La Raya, con 12 sedes; Caño Blanco, con 10 sedes, donde trabajo en este momento y desde donde escribo esta historia.

Yondó cuenta con un corregimiento llamado San Miguel del Tigre, ubicado a quince minutos de la cabecera municipal, donde funciona un establecimiento educativo de propiedad del municipio, de naturaleza pública y de carácter académico. Este ofrece servicios educativos a la población yondosina para impartir enseñanza formal en niveles de educación preescolar, básica primaria, básica secundaria y media vocacional en forma diurna con calendario A.

Este es el centro de atención al que convergemos hoy, ya que, como puede intuirlo, le hablaré de mi escuela. Espero que, al leer estas notas, pueda detallar en su mente todo lo quiero plasmar, lo que mis sueños de maestra quieren expresar y que esta carta, también en un futuro, le inspire a narrar sobre los sueños de Casabe en tiempos de pandemia, produciendo aprendizajes en ambientes emergentes, situación que tomó de improviso a toda la humanidad, en especial al sector educativo, que no fue la excepción y vivió el impacto generado ante las circunstancias que durante más de un semestre la comunidad educativa experimentó. Esto nos trajo a todos diferentes aventuras.

La Institución Educativa Rural San Miguel del Tigre asumió de la mejor manera el reto de la vida, lo que conllevó a que nos fuéramos a trabajar a nuestros hogares, cambiando por completo la dinámica de la vida de los estudiantes, sus familias y las de los docentes. Ninguno estaba preparado para este cambio tan inesperado, hubo momentos en los que la sobrecarga de trabajo nos enfermó, hasta el punto de que, en mi caso, las horas del día no eran suficientes para cumplir con mis roles de maestra, madre, esposa, hija, amiga, hermana, compañera.

Uno de los grandes retos que asumimos de manera inmediata fue lograr contactar a la totalidad de los estudiantes y sus familias, ante las limitantes que trae consigo la ruralidad: familias sin conectividad, sin las condiciones económicas para sostener un plan de datos y minutos. Esto agudizó mucho nuestra labor docente, pero se logró coordinar con los padres de familias la entrega en físico del material de trabajo para los estudiantes; en nuestro modelo se llaman: guías de aprendizaje. Este instrumento pedagógico fue muy útil durante la pandemia. Las guías se convirtieron en nuestra voz, eran las voces de los maestros plasmadas en esas páginas, guiando a los estudiantes y a sus familias en el aprendizaje en casa; a través de ellas dábamos las instrucciones, semana a semana, de las actividades a desarrollar en las diversas áreas del conocimiento. El currículo de la institución fue ajustado y eso permitió seleccionar los aprendizajes más necesarios durante este año en particular.

Las guías de aprendizaje se caracterizaban por la transversalización de los aprendizajes, por la integración de las familias y la vinculación del contexto en el desarrollo de las actividades. Sentí que estábamos preparados, y que el material nos apoyaría en esta labor.

El papel del padre de familia fue fundamental en este año ya que fue un aliado estratégico entre la institución y el estudiante. Hubo casos de familias en las que los acudientes tomaron la determinación de que era mejor que sus hijos repitieran el año escolar, ya que ellos no contaban con el tiempo ni la paciencia para hacer la labor que le corresponde a un maestro, o porque

sentían que ellos no contaban con la capacidad para brindar ese apoyo a sus hijos. Debe tener en cuenta, mi estimado colega, que siendo esta una zona rural, algunos de los padres o madres no cuentan con estudios superiores.

Los meses de abril y mayo fueron los más difíciles para nuestra labor docente, pero a medida que fueron transcurriendo las semanas se pudieron notar algunos frutos evidenciados en los estudiantes y sus familias, lo que permitió que, en medio de tanto obstáculo, se abriera una luz en el camino. Esto hizo que nos fuéramos motivando, nos reinventáramos y pensáramos en mejorar las prácticas pedagógicas en las que la virtualidad era el principal instrumento de trabajo.

Recuerdo mucho las formaciones recibidas por la tutora del Programa Todos a Aprender, quien fue guiando a los maestros sobre el diseño de las guías de aprendizaje y nos motivó a realizar productos que dejábamos como evidencia en los módulos de los tres ciclos de formación que cursamos en ese año de pandemia.

Uno de los primeros retos que evidenció nuestro trabajo en equipo fue enviar un saludo por la emisora comunitaria del municipio a los estudiantes y sus familias. Recuerdo los audios enviados por los estudiantes, emocionados al escuchar la voz de su maestra en la emisora, ese trabajo fue motivante para todos y se realizó en los dos meses más duros de la pandemia. Aún se me eriza la piel al escuchar mi voz por la emisora y sentir el calor de nuestros niños a través de sus agradecimientos. Estábamos en la distancia, pero unidos.

Las celebraciones como el Día del Niño, Día del Maestro, Día de las Madres, entre otras, quedaron pendientes por conmemorar; la que si nos arriesgamos a no pasar desapercibida fue la del Día de la Antioqueñidad. Fue admirable el liderazgo de un grupo de docentes, padres de familias y estudiantes que se unieron para realizar un hermoso video con presentaciones de grupos de estudiantes de las sedes anexas y la sede principal. El video recibió muchas visitas y fue compartido en redes sociales. Lo escribo para usted, mi querido maestro del futuro, y hoy me emociono.

Todo lo anterior nos motivó a asumir un reto mayor de organizar y realizar la primera izada de bandera virtual. Recuerdo lo dicho por la rectora al finalizar el acto; ella se había emocionado mucho al ver estudiantes y padres de familias en una sala de Zoom que se llenó con la asistencia máxima de 100 personas, aun ante tantas dificultades de conectividad que presenta el sector rural donde se encuentra ubicada la institución educativa.

En fin, son muchos los recuerdos que hoy llegan a mi cabeza y me asombro de todas las acciones que se desarrollaron desde la institución educativa y el impacto positivo que se generó en

los estudiantes y sus familias ante las circunstancias tan particulares que se estaban viviendo.

Uno de los logros que puedo destacar de la pandemia es que el coronavirus generó en los maestros la renovación de sus prácticas pedagógicas; la verdad, colega, es que los maestros que entramos en cuarentena no fuimos los mismos que regresamos a las aulas en pospandemia. Se realizó un trabajo grande de alfabetización digital en muchos de nosotros y eso ayudó al empoderamiento de la tecnología dentro del quehacer pedagógico. También recuerdo el uso del Drive de Google para el almacenamiento de las guías de aprendizaje y las evidencias de aprendizaje enviada por los estudiantes, ese proceso fue muy complejo de asimilar en la mayoría de los compañeros, pero al final lo dominamos y se institucionalizó.

Mi querido colega, todo lo anterior son ahora recuerdos, historias de la pandemia, que quedaron marcadas en mi vida y que hoy, 28 de agosto del 2035, quiero que tenga de manera escrita, a través de esta carta, para que no olvide que, siempre, lo más importante es la disposición y el amor a la labor educativa, y que pase lo que pase, los maestros, de manera conjunta, siempre encontramos soluciones.

En gratitud y memoria, siempre
T. G. A.



Mi experiencia docente como acto de aprendizaje bidireccional

Daniela Quiroz Builes

*Institución Educativa Rural San José del Nus
danibuiles94@gmail.com*

Para empezar, quiero admitir que esta no es la historia de la profe de inglés, es la historia de más de trescientos estudiantes, una institución educativa agropecuaria y una asignatura del plan de estudios que suele gustar a pocos y aterrar a un montón. Así es, la Institución Educativa Rural San José del Nus, ubicada en el municipio de San Roque, nordeste Antioqueño; cuenta con aproximadamente 312 estudiantes en la básica secundaria, cada uno de ellos con condiciones bastante heterogéneas, y para no pintarles pajaritos en el aire, debo admitir que no todos tan deseosos de saber como uno esperaría, pero, finalmente, adolescentes cargados de ilusiones, que cursan desde el grado sexto hasta once y que son quienes realmente me permiten ser considerada profesora, lo demás son títulos universitarios que no tendrían sentido si no estuviese ejerciendo.

Pues bien, mi primer encuentro con estos chicos se da en marzo del 2019. En ese momento, como es común cuando se es nuevo, empiezo a hacer una lectura del contexto, a identificar al que sabe mucho, al que sabe un poquito y al que sabe casi nada. A lidiar con el que interrumpe, regañar al que no deja dar clase y pretender enseñar ese idioma tan importante que todo colombiano debe aprender. Y digo pretender porque el Ministerio de Educación puede establecer estándares, lineamientos, derechos básicos de aprendizaje y cuanta política se le ocurra, pero cuando uno llega a un corregimiento, donde ni si quiera hay agua potable, el único contacto con la educación es la escuela, los procesos culturales y deportivos existen, pero son limitados... Es cuando se entiende de verdad que el B+ con el que se deben graduar los estudiantes del grado undécimo solo existe en el imaginario del Estado, ya que, siendo sinceros, a veces ni las universidades consiguen que sus estudiantes alcancen el nivel esperado.

Para no darle más vueltas al asunto, enseñar inglés en una zona rural, donde para los estudiantes no es una necesidad, y solo para unos pocos es un gusto, no es difícil, es imposible, o bueno, enseñar algunas estructuras y vocabulario básico se puede, pero garantizar que los estudiantes desarrollen todas las habilidades y alcancen un nivel elevado en el uso de la lengua, eso sí que es un reto.

Aun así, atendiendo al compromiso ético y profesional que tengo con mi labor, intento llevar a cabo de la mejor manera la pretenciosa misión de enseñar. Espero no decepcionarlos si al leer no encuentran en esta una historia extraordinaria de esas que no abundan pero que sí escuchamos o leemos a menudo en nuestra profesión. En esta historia, que apenas empieza, no puedo hablarles de los estudiantes perfectos porque no los tengo, tampoco de una metodología eficiente que los llevará a todos a hablar inglés con solo dos horas de clase a la semana, porque aún no la conozco. Y mucho menos van a encontrar en mí a la profesora cariñosa, que además de enseñar es médica, psicóloga, administradora, y todas esas cosas que se suelen decir sobre los buenos de nuestra profesión, porque tampoco lo soy.

A decir verdad, me considero una profesora promedio, cumpla con mis funciones, preparo mis clases, las ejecuto, dirijo mi proyecto y participo en procesos institucionales como lo hace la mayoría. Tampoco creo que sea necesario emprender proyectos extraordinarios, pues considero que esta profesión, en sí, ya implica hacer cosas que se salen de lo ordinario.

Ahora bien, ya he aportado aquí algunas generalidades sobre la institución a la que pertenezco, mis estudiantes y mi concepción respecto a la profesión. Lo que espero hacer en las siguientes páginas es hablar un poco sobre mi trabajo en el aula, pues es allí donde realmente se constituye el horizonte de una institución educativa que, si bien se encuentra enmarcado en un Proyecto Educativo Institucional, no tendría ningún sentido si no se visibiliza en las prácticas pedagógicas de cada docente.

Creo firmemente que no se aprende lo que no se disfruta, y como todos no disfrutamos lo mismo, a veces se me dificulta llevar esa creencia a la realidad de mis prácticas. Aun así, hay dos cosas que forman parte esencial de mi proceso de planeación y ejecución de las clases; la primera es la articulación del saber específico, el inglés, con el contexto inmediato del estudiante, es decir, con la ruralidad y la vocación agropecuaria de la institución educativa. La segunda es la vinculación de mis estrategias de enseñanza al juego, el arte y la literatura.

¿Por qué es importante la relación con el contexto? Porque, como ya lo dije inicialmente, los estudiantes de esta institución no tienen la necesidad de utilizar el inglés en su comunidad, y las personas aprendemos por gusto o por obligación, la segunda

parece cruel pero es muy cierta, y más en este caso, cuando el adolescente puede aprender una gran cantidad de expresiones y vocabulario útil en el aula, pero si solo es ahí donde las va a necesitar, su aprendizaje se convierte en algo sistemático que solo servirá para obtener buenas calificaciones y pasar un examen.

Es por lo anterior por lo que procuro mezclar las actividades que contienen textos y preguntas estándar e información generalmente relacionada con culturas extranjeras, con espacios de aprendizaje en los que al estudiante se le permita emplear el lenguaje, en el nivel que le es posible, pero para referirse a lo que le es conocido, a su familia, su casa, sus amigos, los lugares de su corregimiento, las actividades que puede practicar allí; en suma, su entorno inmediato, y dentro de este se encuentra, por supuesto, la institución educativa, de ahí que se procure transversalizar el contenido del área con algunos de los temas que los estudiantes tratan desde la agropecuaria y, por consiguiente, con la granja de estudio. Pues resulta más fácil, por ejemplo, para el estudiante de once, hacer una exposición sobre los animales de la granja en la que hace sus prácticas, que sobre animales salvajes que probablemente solo ha visto en internet o televisión.

Si bien este tipo de actividades no les genera una necesidad en el sentido planteado, sí permiten simularla, al generarles situaciones hipotéticas en las que se les recrea la posibilidad futura de hablar sobre sí mismos y el espacio que le es familiar, empleando para ello el inglés. Debo aclarar que el nivel de la mayoría de los estudiantes es -A, y podría decirse que solo unos cuantos alcanzan A2, y eso, gracias a su práctica autónoma. Esto lo digo porque cuando me refiero al uso del lenguaje no quiero dar a entender que ellos manejan discursos totalmente estructurados en los que pueden comunicarse fluidamente. Me refiero más bien al uso de expresiones, vocabulario clave y algunas estructuras gramaticales en la comunicación de mensajes simples sobre lo que son, les acontece y les rodea.

Otra forma de acercar el inglés a su cotidianidad ha sido la aceptación de las redes sociales como parte de la vida de cada persona y, claro está, de los adolescentes. Para lograrlo, he creado una cuenta de Facebook, con fines exclusivamente académicos, en la que comparto videos, memes, afiches, encuestas, preguntas y desafíos para que los estudiantes visualicen e interactúen. Toda esta información se publica en inglés o está relacionada con métodos para aprenderlo de manera autodidacta, así, algunos estudiantes que han mostrado especial interés por aprender el idioma se comunican conmigo, descargan las aplicaciones que les sugiero y practican de forma autónoma, complementando el aprendizaje de la clase, y encontrando la oportunidad de poner

en práctica lo que aprende en algo tan cotidiano como el uso de una red social.

El otro aspecto al que me referí fue la vinculación del juego, el arte y la literatura al proceso de enseñanza, que cobra especial relevancia si tenemos en cuenta que todos los seres humanos, aunque de diferente manera, tenemos necesidad lúdica, practicamos o mínimamente nos gusta algún arte o forma de la literatura. Todas estas asociadas al disfrute, que es fundamental en el proceso de aprendizaje, pues me atrevería a decir que no hay mejor forma de aprender algo que cuando no somos conscientes de que nos están enseñando, y es lo que sucede muchas veces al aplicar estas estrategias.

En las clases de inglés, si bien muchas veces los estudiantes tienen que limitarse a escuchar lo que les pretendo enseñar, también tienen su oportunidad de ser partícipes de su proceso de aprendizaje, y como en un momento inicial encontré que no son muy participativos desde el diálogo, pues algunos son tímidos, otros muestran poco interés, y quienes quieren hablar en ocasiones se cohiben por evitar ser burlados por sus compañeros, vi en el juego, la música, el dibujo, la culinaria, el cine y la lectura una oportunidad para que cada uno, desde sus intereses y habilidades, encontrara el espacio en el que se le facilitara la participación. De esta manera se generan en el aula diferentes contextos conversacionales, en los que ya sea para indagar saberes previos, para practicar el tema de la clase o para evaluar lo aprendido, los estudiantes tienen la oportunidad de usar el inglés a partir de juegos colaborativos o individuales, desde la expresión corporal o con el uso de material físico y digital. También, mediante la lectura y el análisis de textos continuos o discontinuos, o el aprovechamiento de material audiovisual como videolibros, cortometrajes, capítulos de series o películas; y, finalmente, a través de la inclusión de manifestaciones artísticas en actividades de escucha o karaoke con canciones, realización de dibujos para ilustrar conceptos, representaciones para poner en práctica diálogos cortos o juegos de roles, preparación de recetas simples, entre otras actividades que surgen en la cotidianidad del aula.

En medio de la implementación de estas estrategias se presentan tanto satisfacciones como dificultades, y así como encuentro estudiantes que comprenden su fin pedagógico, también hay quienes siguen considerando que el día que no escriben algo en su cuaderno no se hizo nada en clase. De otro lado, me resulta más sencillo el manejo de autoridad en las clases magistrales que en aquellas en las que se vinculan este tipo de actividades, pues muchas veces el estudiante confunde la libertad de aprender como quiera, con la de hacer lo que quiera, y ha resultado complejo, especialmente con grados como séptimo y octavo,

generar consciencia en torno a ello. Sin embargo, sigue siendo satisfactorio encontrar cada vez más participación en las clases, recibir palabras de agradecimiento por parte de quienes se sienten a gusto con esta metodología y ver el avance lento pero progresivo que han tenido muchos en la asignatura.

Pareciera que estas estrategias aquí narradas se remitieran únicamente a lo pedagógico, pero en realidad son muchas las formas de generar emociones positivas en los estudiantes, y no siempre es necesario escuchar sus problemas o secar sus lágrimas, a veces generar un ambiente de aprendizaje propicio puede motivar al estudiante en su vida académica y personal, pues si un niño o un joven que llega triste de casa se siente cómodo y a gusto en su clase, probablemente su estado de ánimo mejore, y en este caso habrá indiscutiblemente una repercusión de lo pedagógico en su vida emocional. Por eso, aunque es complejo con grupos tan grandes y heterogéneos, considero que el modo en que oriento mi área permite a cada estudiante sentirse cómodo aunque sea con una de las actividades de clase, pues aquel que no es el mejor escritor, puede ser el mejor cantante o dibujante, y puede de esta manera, en primer lugar, usar el inglés mientras explota sus capacidades, y en segundo lugar comprender que aunque tiene algunas debilidades, pueden ser más las fortalezas, y solo en ese sentido podrá tomar sus gustos y habilidades como el medio adecuado para aprender en este caso un segundo idioma.

Quiero finalizar dando fuerza a la afirmación que hice inicialmente, al expresar que esta no era la historia de la profe de inglés, pues la mía es la que está detrás de todas esas estrategias mencionadas, que no hubiesen sido articuladas en pro del aprendizaje, si no hubiera encontrado los estudiantes que tengo, ya que cada comunidad educativa posee una cultura escolar que marca el ritmo de trabajo del docente. Antes de llegar a esta institución no había sentido la necesidad de combinar tantas estrategias en la enseñanza, pues ya había encontrado unas pocas que me habían resultado efectivas. Pero el hecho de encontrar un colectivo de estudiantes con poca motivación por el aprendizaje del inglés, con una gran cantidad de vacíos conceptuales y con algunas dificultades comportamentales que interfieren en el proceso, dio lugar a una resignificación de mi labor docente. Por lo tanto, son ellos los protagonistas de esta historia, porque me han enseñado en poco más de un año a descubrir nuevas formas de enseñar, pero también a reconocer lo mucho que puedo aprender de mis estudiantes y a ver al ser humano que ocupa cada pupitre, que, aunque no lo parezca, está ansioso por aprender, solo que en ocasiones de una forma diferente a la que yo pretendo enseñarle.



Remanso minero

Héctor Alejandro Gómez Barrera
John Wilder Álvarez Espinosa

Institución Educativa Rural Providencia
alejo.2581@hotmail.com / ierprovidencia@gmail.com

Soy Héctor Alejandro, al realizar una retrospectiva de mi trasegar como docente, considero que he sido bendecido con la mejor de las profesiones, sobre todo por el lugar en el que he prestado mis servicios durante muchos años. Providencia es un corregimiento de San Roque, Nordeste antioqueño; es una región dedicada a la minería con todas las características y las consecuencias propias que implica el apelativo de pueblo minero.

Mi inicio en «Provi», como normalmente la llamamos, se remonta tres lustros atrás; además de la inexperiencia propia de mi inicio como educador, había que sumarle el temor de llegar a un sitio calificado de zona roja por la violencia que lo caracterizaba, con una fama que alcanzaba niveles nacionales. Precaución era el consejo recibido, «no se meta con nadie» era el decir de allegados y familiares, lo que acaté durante mis primeros meses, pero con el tiempo las circunstancias te brindan una visión diferente del entorno en el que te desempeñas y te das cuenta de que este poblado está habitado por gente amable, cariñosa y trabajadora, y que ese estigma de violencia es completamente ajeno a ellos; el conflicto era un factor externo que llegaba antes a golpear a la comunidad, azolando su paz y sano vivir.

Con el tiempo se fueron fomentando la amistad y el cariño, inicialmente con los padres de mis alumnos y posteriormente con otras personas de la comunidad. Así, de primera mano, conoce uno el verdadero rostro de las historias, muy diferente del que uno percibía y que le cambian completamente las ideas preconcebidas con las que llegamos a este poblado.

Fue así como a principios del milenio, ya transcurridos los primeros años de nuestra labor, ya identificados los aliados, comenzamos evidenciar las necesidades de la comunidad y, en

compañía de mi compañero Juan Espinosa, se propuso fomentar para la tradicional conmemoración de la antioqueñidad algo diferente a lo acostumbrado en la institución, que no fuera tan «formal», y se propuso ampliar a una «celebración» y dejar de hacer solo un acto protocolario para convertirlo en todo un festejo que incluyera toldos típicos con ventas de comidas, salir de las instalaciones del colegio y realizar un desfile con roles característicos de cultura paisa. Además, conseguimos una papayera para amenizar. Todo esto redundó y ayudó a que la comunidad que no se relacionaba con el colegio participara en esta ocasión teniendo un primer acercamiento a la institución.

Para el segundo año, algunas personas ajenas al colegio, pero del poblado, preguntaban que, si se realizarían actividades iguales a la anterior, por lo que con Juan y otros compañeros nos animamos y programamos las actividades, pero ya no solo un día, sino dos; los toldos, las comidas y el desfile. En esta ocasión conseguimos una orquesta que animó aún más a la gente. Así nos dimos cuenta de que esta celebración, además de acercar a la comunidad, nos retribuía unos recursos económicos que nos servirían para la institución.

El tercer año, miembros de la comunidad empezaron a llamar la celebración las Fiestas de la Antioqueñidad y se veían más interesados en que se realizaran y participar; esto nos motivó para reforzar ideas y acciones para una mejor programación. A pesar del traslado de Juan, la Providencia nos favoreció, ya que el docente que lo reemplazó, el compañero John Wilder Álvarez, fue el mejor apoyo que me pudo llegar, ya que sus ideas, propuestas y trabajo contribuyeron para que ese año las actividades se renovaran, ampliando la celebración por tres días con invitación abierta a la comunidad. Realizamos un concurso de toldos con venta de comidas; se propuso realizar el desfile con personajes típicos en una comparsa por cada grado, que se apropiaba de una caracterización en la que docentes y alumnos se disfrazaban y aprendían de nuestras tradiciones compartiéndolas con toda la comunidad.

Las nuevas actividades incluyeron concurso de baile —aprovechando nuevamente la orquesta—, un bingo y, como evento principal, un reinado —cuando aún era socialmente aceptable—, con la participación de todas las instituciones del municipio, justificando así los tres días de festejos. En todas las actividades realizadas se notó más la presencia y la colaboración de la comunidad, lo que nos trajo mejores beneficios económicos que nuevamente se invirtieron en el colegio; además, el idilio de la comunidad con la institución se consolidó.

Este esquema de las Fiestas de la Antioqueñidad se mantuvo por cuatro años más, se volvió un referente en la región, ya no solo participaban personas de Providencia, sino que llegaban de

otros lugares y municipios cercanos como: San José, Cristales, Cisneros, Santo Domingo, Caracol y el propio San Roque en delegaciones que acompañaban a sus candidatas y aprovechaban para quedarse a festejar con las orquestas que llevábamos para el cierre del evento.

Las fiestas de Providencia alcanzaron una dimensión tan relevante que, en el 2011, el Concejo Municipal de San Roque promulgó un acuerdo institucionalizando las Fiestas de la Antioqueñidad y el Reinado de la Minería como las festividades oficiales anuales del corregimiento. La responsabilidad de su organización era del colegio con colaboración de la comunidad; los beneficios económicos eran para la institución.

Pero como sucede normalmente en la vida, «lo bueno no dura para siempre» y las «malas noticias» llegaron finalizando el 2012, cuando mediante un decreto departamental se prohibían los reinados en los colegios públicos, lo que nos cambiaba completamente la forma como estábamos desarrollando nuestras fiestas. Al principio no sabíamos cómo reaccionar ni qué íbamos a realizar para compensar la forma como veníamos trabajando; pero con el paso del tiempo se aprende que las adversidades bien llevadas conllevan oportunidades y algo que sabe hacer un docente es reinventarse; eso es lo que aplicamos en la institución. Gracias a que somos una planta de docentes muy estable, logramos sumar nuevas ideas y decidimos darle un giro a las Fiestas de la Antioqueñidad con una propuesta mucho más cultural. Mantuvimos todas las actividades que realizábamos, excepto el reinado, que reemplazamos por un concurso de danza y aprovechamos los contactos adquiridos en años anteriores para hacer invitaciones a las delegaciones de los municipios que asistían para que trajeran grupos de baile. El primer año del cambio fue relativamente bueno, se presentó una menor asistencia y disminuyeron los beneficios económicos, pero los que se fueron, los reemplazaron otros que preferían la cultura sobre la fiesta, lo que en la realidad educativa es lo que realmente importa y cuenta.

En los años siguientes, las actividades culturales alrededor de las fiestas se han incrementado; logramos que nos visiten delegaciones con un mejor reconocimiento departamental y nacional, se incrementó la participación cultural comunitaria, los concursos y las actividades siempre incluyen una invitación abierta para toda la comunicada provincial, lo que ha redundado en un beneficio recíproco institución-comunidad.

Este año, 2020, en el que a todo el planeta se le trastornó la vida por causa de un virus, nuestra institución no fue inmune, pero nos dimos cuenta de lo fuerte que es la relación que tiene la institución con la población de Providencia; alumnos, padres familia, comerciantes e inclusive la principal empresa del

poblado se comunicaron con varios docentes, ofreciendo ayuda e ideas para que se realizaran las festividades de este año, por lo que se proyectó realizar una serie de concursos virtuales de danza, coplas y trovas, dibujos, silletas, relatos de mitos y leyendas, y adicionamos uno de baile urbano. En todos ellos no solo participaron los miembros de la institución, sino que se adhirió la población, lo que demuestra que la relación con nuestra comunidad ha sobrepasado una proyección y se ha convertido en un fuerte vínculo, fruto de una relación continua de varios años entre el equipo de docentes estable en el tiempo y toda la población de Providencia, que reconoce el compromiso de este grupo.

Si miramos en retrospectiva como iniciamos este relato, podemos concluir que en estos tres lustros se ha logrado mucho en la institución y con la comunidad: mejorar la infraestructura física, como el aula múltiple, que sirve de punto de encuentro de los grupos y los entes de la comunidad; dotar de artículos y equipos necesarios para el beneficio de todos. Pero no es solo lo material que ayuda, lo más importante son los logros inmateriales que consideramos el mayor aporte que hemos logrado: cambiar la percepción de zona violenta, nuestra Providencia pasó de una época trágica a estar en confort de convivencia a pesar de no tener una presencia policial permanente; proyectar que se puede adquirir, acceder y disfrutar de actividades variadas de cultura; realizar capacitaciones, encuentros y talleres comunitarios en los que se tratan diversos temas con el apoyo de diferentes entidades; promoción de acuerdos interinstitucionales de gran beneficio para los habitantes del poblado.

Todo esto demuestra que cuando se fomentan, mantienen y proyectan actividades en pro y con la comunidad todo redundará en un beneficio mutuo. Por eso, hoy en día en Providencia se puede disfrutar no solo de sus bellos recursos naturales, sino de su gente y de la convivencia social que lo hace un verdadero remanso de paz.



El arribo

Manuel Eleazar Gómez Adasme

Institución Educativa Liborio Bataller
mega2304@gmail.com

«Mamá, creo que en este lugar no voy a durar más de quince o veinte días».

Estas fueron algunas las palabras que escribí en una carta a mi madre, en Medellín, después de haber estado siete días en la escuela de Santa Isabel de Amará, Segovia, Nordeste antioqueño; ubicada a unos treinta kilómetros de la cabecera municipal y a donde llegar es cosa de locos. El camino de herradura que empieza en Remedios, en el sector de La Cruzada, de solo verlo, cré que lo recorreríamos en bestia, pero ya saben, ¿en qué pueblo no hay buses de escalera? Vehículos algo incómodos, pero se pueden sorber con agrado si hacemos de cuenta que esto es un paseo. El polvo y el vaivén que se sienten por la inestabilidad del terreno, lo entretienes con ese paisaje verde y majestuoso que es lo primero que tienes a tu vista desde la salida del pueblo; luego descienes por esa carretera destapada que surca al río Pocuné, un lugar donde la selva cobra vida y observas el hermoso correr de las aguas bajando por las laderas del monte y el innumerable pasar de aves y de animales que se cruzan por toda la carretera; todo un safari que hace cortas las cuatro horas de viaje.

Menos mal corrí con la suerte de invitar a Hernán, mi suegro, un viejo pensionado, de casi setenta años, que aceptó acompañarme mientras me acomodaba en mi nuevo sitio de trabajo y, sobre todo, a llevar los chécheres para poderme instalar. Ya sabía que no podía estar de aquí para allá constantemente. Íbamos un poco encartados con bolsos y varios bultos. ¡Esto es... lejos!, las ocho horas de viaje tienes pelos, cuatro de Medellín a Segovia y otras cuatro de Segovia a la vereda, así que no se alcanzan a imaginar como llegamos. Sí, ¡rendidos! Imaginen que apenas nos alcanzaron las fuerzas para armar un tendido y a dormir sobre unas tablas sueltas que encontramos al entrar.

Al otro día, después de haber llegado, empezó el calvario; la casa del docente, un sitio invivable; nunca me había imaginado tanta miseria por la que tiene que pasar un docente en este país y mucho menos en Antioquia, «la más educada». Al menos, hacía muy poco habían instalado la luz eléctrica en esta vereda, calculada en once casas; la más cercana, la de la señora Luz y su esposo Aurelio, una pareja de ancianos que con sus tres hijos y varios nietos servían como vecinos al nuevo docente.

Una escuela de madera en pleno siglo veintiuno, totalmente deteriorada por los animales y sin ni siquiera una tiza. Con tableros de madera y diecisiete sillas de las —solo diez en buen estado—, el techo roto en todas partes, las goteras por montones, imagínense ustedes en épocas de lluvia, el terror que se siente en la noche cuando unas simples goteritas suenan en el techo de zinc como piedras que aturden y no te dejan trabajar, te toca parar e ir a dormir, ya que en estos sitios las tormentas son algo aterradoras y no es nada de raro que caiga, por ahí cerca, un rayo y quedemos sin luz.

Todavía no alcanzo a entender cómo la maestra que reemplace pudo haber durado tanto tiempo. Esto era un criadero de comejenes y cucarachas de selva. Si les empiezo a contar todos los pormenores de mi nueva escuela, creo que quedaré corto y los aburriré pronto.

El mismo día, y luego de una exhaustiva lavada de la escuela y la habitación del docente, organizamos los objetos personales para estar próximos a laborar.

Llego el día de empezar, muy de mañana, teniendo organizado todo, empezaron a llegar los nuevos pupilos. Solo seis alumnos retornaron a la escuela y, pensándolo bien, fueron muchos, ya que la docente anterior se había marchado en abril, poco antes de semana santa, ahora en agosto estos pelados estaban más perdidos que Laika, la perra rusa enviada al espacio. Iniciamos un trabajo de presentación personal con ellos y uno que otro padre de familia que vino a recibirme, hablamos de temas que han estudiado, de los lugares donde viven, de la distancia que hay para llegar a la escuela. De solo ver sus rostros, imaginé el interés que tenían por mí; hasta me animaron a que continuará con este proceso y señalaron lo mucho que me necesitaban. Ustedes ya entienden, nadie quiere ir a Segovia y mucho menos a trabajar, por muchas razones: que brujas, que guerrilla, que paracos y un sinnúmero de motivos; así pasaron mis primeros días en la escuela mientras me adaptaba. «Estoy casi seguro de que el trabajo de análisis que hice a mis nuevos alumnos, lo hicieron ellos también conmigo».

Un día de clases

En otra ocasión, después de un corto fin de semana de descanso de haber llegado en la noche anterior de Medellín, me levanté como siempre, bien de madrugada, y luego de un baño rápido y un café llegó la hora de empezar la jornada y de ir recibiendo los alumnos para iniciar clases.

Como es común en todas las escuelas del campo, hay algo muy controvertido y sé que a muchos de ustedes les ha sucedido, creo que esto pasa a diario en todo Colombia y más en las escuelas rurales: ¿por qué será que los estudiantes que viven más lejos son los primeros en llegar a la escuela? Y más cuando les ha tocado caminar por lo menos una o dos horas por una espesa selva. Así sucedió un lunes que, como es costumbre aquí en Segovia, había amanecido muy nublado, ya que la noche anterior se había desatado una fuerte tempestad. No eran ni las 7:30 a. m., cuando se escuchó un ruido de la primera sacudida de botas, que traían pantano y cuanto musgo hallaron en el camino; sí, ese era Camilo, un alumno de nueve años del grado tercero, el niño más querido por todos en la escuela. «Bejuco», así le llaman sus primos y amigos por cariño, ya que desde muy pequeño fue abandonado por sus padres y ahora se encuentra al cuidado de sus abuelos paternos, dos ancianos que han pasado gran parte de su vida en estas tierras y que a punta de yuca y plátano han sacado adelante a una familia numerosa, y les digo de yuca y plátano porque es lo que más se ve en estas tierras del Nordeste antioqueño.

Bejuco es un niño de mirada triste pero picarona, sincero, no muy buen estudiante, bueno en el deporte y de los que a todo lo que hace le pone mucho empeño; saludador y siempre cada día con una nueva anécdota, sobre lo visto en el camino hacia la escuela, algo ocurrido en su casa y algunas veces de lo que pasa con sus vecinos cercanos. Precisamente, ese era el tema del que nos ocuparíamos en la clase de Castellano a la primera hora. Recordemos que una historia alimenta otra, así que de esto se trataría la clase.

Al llegar todos, iniciamos con el saludo de bienvenida y la oración habitual. Pedro, un alumno de quinto grado, monitor, llenaba con cruces el pequeño tablero que habitualmente colocamos como control de asistencia, Jimena, su compañera de grado, me ayudaba con la entrega de guías de trabajo a los demás niños; yo, mientras tanto, entregaba unas fichas a los niños de preescolar y también escribía en los dos tableros existentes la fecha del inicio de cada labor, con un título que abordé y que me causo mucho agrado: ¡Qué ocurrió en el camino! Este era el tema, contemos qué nos pasó rumbo a la escuela. Luego de una charla y el relato que hice de mi viaje desde Medellín el día anterior hasta la vereda, se desató un desorden de bulla queriendo pedir la pala-

bra; el primero que levantó su mano fue Bejuco, varios quisieron que empezara él, ya que siempre sus historias nos hacían reír. La narración la inició de la manera más simpática con la que un protagonista puede constatar la veracidad de su locución.

De sus bolsillos sacó un puñado de pepas de color naranja, del tamaño de un huevo de pascua, evidencias del propio camino por donde anduvo; las recogió y compartió con nosotros. Eran unos frutos de un árbol llamado «caima»; sosteniéndolos con nuestras manos, no le quitamos ni un instante la mirada a aquel tartamudo narrador que con sus gestos nos trajo a la mente el retrato vivo del instante que vivió en esa parte del camino. Habló sobre el constante paso de cada mañana por aquel árbol de caima y aseveró en su discurso que este no fue un día como lo otros, que tenía otro tinte, un riesgo al que se enfrentó. Y no se asusten, que lo que Bejuco vio es uno de esos animales que nadie quiere toparse y mucho menos ser su víctima: la equis; «¿Cómo?», gritaron todos al oírla mencionar. «¿Dónde?, ¿de qué tamaño?, ¿cómo hiciste?, ¿te atacó?, ¿la mataste?». Saltaron de sus puestos para hacerse más cerca de él, nos tenía perplejos, nadie dijo nada, todos querían escuchar el desenlace de la historia. Contó que en el árbol que acostumbraba visitar a diario para saborear esas dulces frutas, se había encontrado con la serpiente más venenosa que ustedes, ciudadanos, podrían imaginarse. Era una Bothorpos a trox, de la familia de las víboras comúnmente conocida como equis, mapaná criolla, una serpiente de aspecto sanguinario y de mimetismo perfecto en medio de las hojas secas. Bejuco, después de haber descrito el animal, su tamaño y especificar su grosor, nos dijo todo lo que una persona adulta que conoce de estos animales y sabe de su peligro haría al percatarse de su presencia, cautelosamente se retiró, ya que es mejor dejarla quieta. Tuvo que conformarse con lo que había alcanzado a coleccionar del árbol. Una sabia decisión que no habría tomado cualquiera. Por eso advirtió que a sus compañeros que tuvieran cuidado en esos caminos en los que los animales silvestres abundan, y más aquellos tan peligrosos. Le replicaron por no haberla matado.

Ese día ocurrió lo inusual, aunque muchos pidieron la palabra para reprochar lo hecho por Bejuco. Luego de escuchar a otros niños, terminamos hablando de animales sorprendentes que se han visto en la región, de mitos y de hombres que han acabado con la vida de múltiples animales silvestres. Pero lo de Bejuco era algo grandioso, nos dio lecciones de vida, de respeto por la naturaleza, de la utilidad de los animales y plantas, de lo frágiles que son, además nos compartió una enseñanza acerca de las mariposas, que todos admiramos por su belleza y delicadeza, pero no alcanzamos a ver su fragilidad, pues una simple caricia humana puede llegar significarles la muerte. Reconoció que nosotros éramos intrusos en esta selva, así que fue un notable ejemplo del comportamiento que debe tener un humano con

la naturaleza y los animales silvestres. Lo anterior dio pie para continuar con las demás áreas del día, Ciencias Naturales, Ética y Valores Humanos. ¡Qué día! Todos aprendimos.

El día de grados

Hemos tenido muchos momentos agradables durante todo el año, pero hablar de las graduaciones es fabuloso, es el momento que muchos esperan: niños, padres de familia, personas de la comunidad y, en general, todos los que deseen participar de este agasajo, ya que, desde hace varios años, hemos hecho de esta celebración un certamen inolvidable. Todas las graduaciones que hemos realizado en la escuela se han convertido en la fecha más anhelada en la vereda.

Para mí, no tanto, en este momento, yo todavía tengo en mente que hace falta otra semana más de trabajo para pasar Navidad en casa. Pensar que hacen falta varios días en el pueblo con mis compañeros rurales, entregando textos, inventarios, diarios de campo y demás documentos que hacen parte de nuestro desempeño docente, me tenía intranquilo y más aún este último asunto del que les quiero hablar: la evaluación docente. Aunque no debiera de sentirme preocupado, ya que a mí nunca me han faltado evidencias o proyectos por demostrar durante lo transcurrido en el año, el solo pensar en enfrentarme a la jefa de núcleo para relatarle y mostrarle mi desempeño anual me causaba terror, sí, mucho susto, ella es de esas personas que le busca el pero a cualquier cosa, escudriña hasta en lo más profundo para encontrar algo con qué corregir y disminuir puntos de lo hecho sin ninguna consideración. Nunca pude entender la actitud con las que nos trataba esta señora; era de esas personas a la que nunca les ha importado el bienestar del docente —si le falta algo, si come bien, si tiene materiales para trabajar, si pudo llegar a la vereda, cosas que cualquier ser humano preguntaría—, una persona con más de veinte años de trabajo en el municipio y ni siquiera conocía todas las escuelas rurales. Siempre sacaba a relucir uno que otro desplante de algún docente rural en su historia como jefa, de modo que nos llevaba con la máxima desconfianza, inclusive insinuaba que nosotros no hacíamos nada y que constantemente evadíamos el trabajo. Cuánto me habría gustado que visitara o tuviera la oportunidad de trabajar en algún momento de su vida en un escenario rural para que conociera las dificultades que padecemos los docentes en estas zonas. Les comento que desde el primer día que viajé al municipio ya me habían advertido sobre ella.

Se preguntarán por qué nos evaluaba la jefa de núcleo y no un rector o un coordinador, créanlo, no teníamos sede que nos

acogiera. ¡Qué pesar! Así que el trabajo de evaluadora de desempeño lo tenía que realizar la funcionaria.

Dejemos esto de un lado y concentrémonos en todos los preparativos para la graduación de mis alumnos. Primero, para una celebración de estas proporciones no puede faltar un cerdo, antes los platos rotos los pagaban las gallinas y como es de esperar siempre traían las más viejas. Ahora conseguimos un animal bien gordito para el que siempre ha resultado el dinero para comprarlo; casi siempre, se aparece un ángel con uno que otro pesito para ajustar. Hombre, que fulano mando cien mil, que perano colaboro con doscientos y así nos vamos yendo; luego el arroz que no puede faltar y el revuelto que traían los propios alumnos con sus madres, siempre hubo de sobra. Los diplomas estaban listos desde hacía más de un mes, cinco de preescolar y ocho para el grado quinto.

Desde muy temprano en la mañana, ya estaba Toño, el padre de Fabián, tocando la puerta y despertándome para iniciar labores de carnicería. Eran como las 4:00 a. m. y había que despedir al animal. Este acto solo tardaba unos quince minutos; al mismo instante se empezó con la chamuscada y la arreglada del cerdo. No eran ni las 8:00 a. m. y ya teníamos todos casi listo, así que, un baño y mi mejor traje.

En cuestión de minutos fueron llegando los alumnos y así hubo con quien ir organizando el salón de clase y su respectiva decoración, niñas y niños inflando globos, organizando las sillas, decorando tableros con frases de despedida y de felicitaciones con la alegría que caracteriza el inicio de una fiesta.

Yo, en mi lugar, estaba organizando las actividades del acto cívico cultural, asignando obligaciones y responsabilidades. En ese momento llegó un personaje muy querido por todos en la escuela, el padre Yonay Tuberquia, cura de la parroquia del corregimiento de Fraguas, un excelente ser humano, joven, con un don de solidaridad enorme y con mucha disposición; además, como buen hincha del América de Cali, bajó de su moto y enseguida salió corriendo con todos los niños a patear un balón de fútbol; esto lo realizaba cada que iba a la vereda, no le faltaba el partidito y la buena empantanada.

Este es uno de esos sitios en los que no se tiene muy a menu-do un consejero religioso, así que, si pasan por ahí los hermanos evangélicos o el cura, lo reciben de igual modo; para todos es una grata compañía. Figúrense ustedes que esta vereda está tan lejos, que hay personas que no conocen siquiera el pueblo, Segovia; de los 18 alumnos que hubo este año, solo tres conocen la capital antioqueña y viajaron solo a recibir asistencia médica porque fueron mordidos por serpientes.

Continuemos, siendo las 10:00 a. m., después de haber conseguido una mesa y la cortina para la celebración religiosa, se

iniciaron las conmemoraciones, con un saludo de bienvenida y unas palabras sobre el orden del día a casi cuarenta personas entre alumnos y padres de familia; sabiendo que después del medio día llegarán más asistentes. Dimos inicio a la celebración; los niños y las niñas, acompañados de sus padres o acudientes, fueron tomando posición y participando de cada acto realizado. Otros hacían parte del comité de alimentación, ya que, en ese mismo instante, tres pailones encendidos cocinaban las presas del cerdo, todo esto para ir adelantando. Luego de la celebración religiosa se inició el acto de entrega de diplomas.

Todavía tengo en mente a aquel estudiante que nadie acompañó. Edier, un niño de doce años que había salido de la escuela de Fray Martín de Porres, en Fraguas, por mal comportamiento y bajo rendimiento; uno de tantos a los que sus padres no quieren ni ver. Estuvo con nosotros dos temporadas, los grados cuarto y quinto. A mí, como docente, me gustan los retos y siempre analizo el porqué del comportamiento bueno o malo de mis alumnos y alumnas. Este, por ejemplo, es uno de muchos que nacieron por accidente y no como resultado del amor familiar; un estudiante de los que hay que salvar y apadrinar. Su mal comportamiento era el reflejo de la soledad del abandono familiar y del poco amor que le dieron en su hogar.

Llegó a esta vereda hace unos dos años a vivir con sus tíos, quienes, sin tener mucha educación, le brindaron techo, comida y un poco del amor que no conoció con los suyos. En un acto de rebeldía y de superación personal, que es raro encontrar en un niño de esta edad, les correspondió con un excelente comportamiento y un maravilloso desempeño escolar.

Al notar este acto de ausencia familiar, una amiga de la vereda, y no precisamente familiar, lo acompañó a recibir su diploma de graduado, manteniendo la discreción ante los demás niños para que no hicieran comentarios mal intencionados y así motivar más el trabajo hecho por el alumno.

Esta graduación fue diferente, con las fotografías tomadas por el padre Yonay y mi esposa Marcela, realizamos el archivo fotográfico de los alumnos agasajados, y allí estaba Edier, un niño del que cualquier padre de familia se hubiera sentido honroso por sus virtudes y talentos en las manualidades, oratoria y un especial dominio de las matemáticas. Me alegré mucho al verlo hace poco en el pueblo cursando el grado noveno y demostrando con hechos ser un buen ciudadano.



Soy el maestro que siempre quise tener en la escuela

Gustavo Andrés Leyton Agudelo

*Institución Educativa Efe Gómez
andres-0119@hotmail.com*

Hace un par de años, un día de mayo, recibí una invitación por parte del canal de televisión del municipio donde laboro; querían entrevistar a algunos de los maestros a propósito de que en ese mes se celebra nuestro día. Una de las preguntas y que es casi obligatoria cuando alguien está indagando sobre nuestra vocación fue: «Si no fuera maestro, ¿a qué se habría dedicado?». Mi respuesta es siempre la misma cada vez que me interrogan al respecto: «La única cosa diferente a la que me podría dedicar si no fuera maestro, sería a ser millonario». Y aunque confieso que la intención jocosa sobre el asunto es adrede, con esta respuesta lo que quiero decir es que no me veo realizando ningún otro tipo de profesión; mi vocación es inherente y mi convicción lo confirma.

Soy Gustavo Andrés Leyton Agudelo, antioqueño de 34 años, hijo de un tolimense y una antioqueña, hermano mayor entre cuatro hijos de una familia convencional, nacido al nordeste de Antioquia, primer profesional por parte de la familia de mi madre y, aunque no he finalizado mis estudios en Licenciatura en Básica Primaria con la Universidad de Antioquia, me siento tan, e incluso en algunas ocasiones, más profesional que muchos de los que han pasado más de cinco años por una universidad. Siempre he pensado que el profesionalismo no lo certifica nada ni nadie, se acredita siendo una persona ética, actuando bajo parámetros de respeto, consideración, responsabilidad, pero, sobre todo, haciendo lo que se hace con amor y con la plena convicción que solo la vocación puede dar.

Aunque me siento antioqueño de pura cepa —los fríjoles y la mazamorra como predilección lo legitiman—, no fue en estas tierras donde me hice maestro, pero sí aquí mismo, donde

nació la intención de serlo cuando por el año 1998 mi familia llegó a establecerse en Marinilla, al oriente de Antioquia. Eso de establecernos cada cierto tiempo se había vuelto una costumbre debido a los negocios de mis padres, pero llegar Marinilla planteaba una situación en la que nunca había tenido oportunidad de pensar; en este municipio no había solo un colegio como acontecía en los municipios donde ya habíamos vivido. En Marinilla había cuatro colegios: un colegio industrial, un colegio católico masculino, un colegio femenino —por supuesto este estaba descartado, a pesar de mi gran empatía con el género opuesto— y una escuela normal; la referencia de este último es que era un colegio donde se estudiaba para ser maestro.

Mis estudios en el bachillerato empezaron en la Escuela Normal Superior Rafael María Giraldo, en Marinilla, allí solo alcance a estar un año porque, como ya era costumbre mis padres, decidieron trasladarse de nuevo y esta vez sería fuera del departamento. Nos erradicamos en Flandes, Tolima, un municipio pequeño, vecino de uno no tan pequeño llamado Girardot, en Cundinamarca, con la fortuna de que este contaba también con varios colegios públicos y privados, entre ellos la Escuela Normal Superior María Auxiliadora, allí continué con mi bachillerato y posteriormente con el ciclo complementario que me acreditó como normalista superior.

Ya a los diecinueve años contaba con el título de docente de básica primaria, título que pesa bastante cuando eres joven y hombre; sobre todo porque la educación en los primeros años de un niño, casi siempre ha estado concebida bajo paradigmas de la experiencia que dan los años y la maternidad que, por derecho, les corresponde a las mujeres; así que un hombre joven, siendo maestro, algunas veces pareció un problema. Solo tendrían que pasar los años para zafar de mi mente aquella forma de concebir la educación, romper con el esquema del que quizás yo mismo me había convencido y llegar a la conclusión de que la educación es la actividad más humana y humanizadora, compartir lo que sabes y aprenderlo todo cada día no es cuestión de hombres o mujeres exclusivamente, es un propósito determinante de algunos seres humanos a los que llamamos maestros y maestras.

Mis primeras experiencias laborales como maestro las conseguí en Pequeños Talentos, un jardín infantil en Girardot, un preescolar semipersonalizado con no más de quince estudiantes por grupo, con estudiantes entre tres y cinco años. Allí tuve la oportunidad de ejercer mi rol de maestro dirigiendo las clases de inglés y teatro. Esta es de las experiencias más enternedoras y mejor recordada; me enseñó que no solo las mujeres pueden ser empáticas con los niños y que la capacidad de asombro de los más pequeños sería mi herramienta fundamental para dar

mis clases. En este lugar me di cuenta de que los maestros también aprendemos de los estudiantes. Recuerdo una ocasión en la que una de mis estudiantes, Laura Sofía, se encontraba jugando con unas figuritas de plástico, eran animales y tenía uno en sus manos, yo me acerqué y le dije:

—¡Qué tigre tan bonito!

—Profe, no es un tigre, es un leopardo, los tigres tienen rayas y los leopardos manchas, este tiene manchas, entonces es un leopardo —respondió.

Yo quedé completamente sorprendido con la explicación de Laura Sofía, tanto que es de mis anécdotas predilectas cuando con mis colegas estamos hablando de enseñar en un aula de clase.

Años más tarde, tuve otra de las oportunidades laborales que más enriquecieron mis cimientos como maestro, empecé a laborar en Bogotá en el Liceo Vida, Amor y Luz (VAL) un colegio con características muy particulares, una institución convencida de que la inclusión de los estudiantes con necesidades educativas especiales en las aulas regulares es la mejor estrategia para comprender que, a pesar de nuestras individualidades, todos somos iguales. En el Liceo VAL las aulas estaban abiertas para estudiantes con diversas condiciones físicas y cognitivas, los grupos no superaban los veinte alumnos y el término adaptación curricular y promoción continua eran los pilares con los que los profesores planeábamos las clases.

Allí tuve la oportunidad de impartir clases en grado quinto, a niños con diversas capacidades intelectuales: síndrome de Down, hidrocefalia, niños ávidos por aprender y otros con ritmos menos ansiosos por descubrir el mundo. Las clases en aquel lugar estaban libres de prejuicios, no había religión, ni ética, ni urbanidad, en su lugar, los estudiantes recibían clases de artes, deportes y ajedrez. Yo, en mi aula de clase, debía centrarme en lenguaje, matemáticas, ciencias sociales y naturales. Mi paso por el VAL dejó en mí un maestro sensible a las realidades humanas, consciente de que aprendemos a ritmos casi individuales, convencido de que no se necesita clase de religión para cultivar el espíritu, ni clases de ética para respetar las diferencias o tolerar al que no piensa igual que uno.

Hasta ese momento de mi vida, no había contado con experiencia profesional en el sector público, conseguir empleo como docente provisional resulta bastante complejo y aprobar las convocatorias para vincularse de manera definitiva parecía un sueño de nunca alcanzar; hasta que en el 2009 el sueño lejano parecía alcanzarse, aprobé el examen escrito, pasé la valoración de antecedentes y la entrevista. Solo faltaba esperar la audiencia pública en la que me nombrarían como docente en propiedad del distrito capital, sí, inicialmente pensé que mi vida profesio-

nal en el magisterio la haría en Bogotá, pero, por cuestiones de la vida, transcurrían ya casi dos años desde la aprobación del examen, la lista de elegibles a nombrar en la capital se movía lentamente y otras entidades, mientras, se quedaban sin participantes, caso puntual de Antioquia, donde figuraban cientos de vacantes en básica primaria y ya no tenían aspirantes para vincular. Fue así como brindaron la opción, a quienes no hubiésemos sido nombrados en alguna entidad, para postularnos por entidades que requerían participantes y entonces terminé escogiendo una plaza de trabajo en Segovia, al nordeste de Antioquia, a mediados del 2011.

Cuando llegué a recibir mi carga laboral en la Institución Educativa Santo Domingo Savio se avecinaba un nuevo gran reto laboral, nunca había enseñado a leer y la docente a la que llegaba a reemplazar era directora de curso de un grado primero. Aquella situación me generaba ciertos miedos, me hacía recordar cuando, algunos años atrás, no conseguí un trabajo en un colegio privado luego de que me preguntaran que si alguna vez había enseñado a leer. Mi respuesta fue negativa, pero a ese no le faltó estar acompañado de afirmaciones como: «Sé que puedo hacer el trabajo, puedo asumir el reto y demostrar de la mejor manera mis capacidades». El no de mi respuesta fue un no resignado y silencioso que me cerró una oportunidad para demostrar cuán bien podía llegar a hacer mi trabajo en un aula de clase, fuese cual fuese su grado de escolaridad.

Con ese, mi primer grado para enseñar a leer, reafirmé lo que ya había aprendido, que la empatía de los niños más pequeños y su capacidad de asombro hacían de mi trabajo un laboratorio perfecto para ser el maestro que siempre he querido ser. La institución a la que llegaba enseñaba a leer y escribir por medio del programa Letras, de Juan Carlos Negret, un psicólogo colombiano que había diseñado un modelo para enseñar a leer y escribir. En palabras de Negret: «La escritura está hecha para contar historias y el niño nunca deja de contar. Tal como aprende a hablar, aprende a escribir». Esta metodología de aprendizaje es hoy mi referente para trabajar el proceso de adquisición de la lectura y la escritura, tanto así que, desde el 2011, he venido trabajando casi que exclusivamente en este primer ciclo de enseñanza, grado primero y luego segundo.

Enseñar a leer es de las acciones más valiosas que puede hacer un maestro, enseñar a leer pasó de ser un temor, a ser uno de mis fuertes pedagógicamente hablando. Cuando enseñas a leer estás enseñando algo para la vida, algo permanente. Se sobreentiende que el proceso lectoescritural se va perfeccionando día a día, pero ser quien pone los primeros granitos de arena para que este proceso inicie, me hace sentir profundamente orgulloso de ser maestro de básica primaria. Mi profesión habla de mi parte

más humana, me hace sentir útil, con un propósito, como escribió alguna vez una de mis mejores amigas, Marcela Lugo: «Siempre me ha gustado enseñar, así sea a amarrar los zapatos».

Actualmente, y desde hace ya cuatro años y medio, laboro en Vegachí, el denominado municipio dulce del nordeste de Antioquia, en la Institución Educativa Efe Gómez. Desde mi llegada, la comunidad me ha acogido con los brazos abiertos. Es una comunidad receptiva, colaboradora y abierta a los cambios; esta última característica hace que los docentes podamos proponer y ejecutar acciones contando con la plena disposición de la comunidad en general. Puedo decir, con plena conciencia, que en Vegachí tengo el trabajo de mis sueños.

Aquí en la Institución Educativa Efe Gómez he venido trabajando en los primeros grados de escolaridad, enseñando a leer y escribir. Ahora mismo estoy con los estudiantes que en el 2016 inicié grado primero, con este grupo trabajé primero, segundo, tercero, actualmente estamos cursando el quinto grado desde los retos que nos impone la nueva normalidad producida por la covid-19.

La experiencia de trabajar de forma continua en un proceso con un mismo grupo de estudiantes ha sido una labor ardua pero muy gratificante, he encontrado apoyo incondicional en los padres de familia, un gran cariño en los estudiantes que año tras año te demuestran su aprecio y unos directivos docentes que creen en el trabajo que hago en el aula de clase.

En estos casi cinco años he podido ejercer mi rol como docente llevando diversas iniciativas pedagógicas dentro y fuera del aula de clase. Respecto a esta última, siempre he pensado que el ambiente físico puede ser un factor positivo para que los estudiantes se sientan cómodos, se identifiquen con el espacio y lo sientan suyo, de ahí que en conjunto con los padres de familia procuramos siempre tener un aula estéticamente agradable y con los implementos necesarios para facilitar el proceso educativo de nuestros niños, el clima de aula es determinante para que los procesos de enseñanza, aprendizaje y convivencia se lleven a cabalidad, además, el salón de clase es al maestro como la oficina al abogado, y qué mejor manera de demostrarlo que haciendo de nuestras aulas un lugar en el que disfrutemos estar.

En la Institución Educativa Efe Gómez he encontrado no solo un lugar de trabajo donde puedo ser un docente creativo, innovador y proactivo, sino también un hogar; veo a Vegachí como el lugar donde me quiero establecer y crecer profesionalmente para retribuir a la comunidad la colaboración, la acogida y el cariño con el que siempre me han tratado, en Vegachí soy el maestro que siempre quise tener cuando estaba en la escuela.



Sumatoria de sueño

Alexandra Gutiérrez Castrillón ■
Institución Educativa Rural Villanueva
alexagc80@gmail.com

■ Buen día! ¿Cómo están? ¡Qué vida tan buena! ¡Se ven muy estresados! —les dije a cuatro personas muy especiales de la comunidad en la tienda de don Abel.

—¡Ay, profe!, ¿sí habrá una vida más buena que la del maestro? —dice Álvaro—. Si no están en vacaciones, están en paro, y cuando están en el colegio se la pasan es charlando entre ustedes mientras los muchachos acaban con todo y aprenden lo que no deben.

Los presentes se ríen y no sé qué reacción tomar porque, obvio, iba a estar sola en esta discusión, ya que por sus expresiones todos pensaban lo mismo.

—¡Pero, profe, siéntese! —continúa Álvaro—. De todas maneras, nos cae bien.

De hecho, lo hice, me senté con ellos porque necesitaba escuchar sus argumentos y, ¿por qué no?, defenderme.

La defensa era imposible porque querían aprovechar la oportunidad para desahogarse; el sentir general era que los muchachos de ahora iban al colegio pero a deformarse, que eran maleducados, no hacían una operación matemática básica y si les pedían el favor de hacer una carta, manifestaban que no tenían idea de cómo hacerla. Para ellos, era lo mismo dejarlos en la casa que mandarlos al colegio. Mencionaron ejemplos muy puntuales y se comparaban con ellos cuando tenían esa edad y cómo con menor grado de escolaridad se defendían más que ellos en la cotidianidad.

De esta «tintiada» me queda la idea de que es muy importante el impacto de la institución en la comunidad, no por la imagen o por lo que piensen de los profes, sino porque la institución está llamada a transformar y a reflejar los avances de los muchachos en la comunidad y en el mundo. De alguna manera, Álvaro y su

combo tenía razón, lo que dijeron es lo que conocen o lo que han vivido con nuestros estudiantes.

Álvaro ya no está con nosotros, siempre tenía una sonrisa en su rostro, un dicho popular en casi cada frase de su conversación y de los que siempre estaba atenta para aprender porque eran pertinentes y justos a la situación. Ojalá se haya ido con otra opinión de la escuela y de su importancia para transformar y potenciar vidas.

Mi sueño era tener una actividad en la que los muchachos formaran su disciplina y voluntad, ¿quién no desea eso?, que se apropiaran de sus acciones y aumentaran su espíritu de lucha, que aunque encontrarán dificultades conservaran la esperanza y fueran conscientes de que para lograr algo se debe trabajar en ello. El sueño del rector era consolidar una banda marcial para que representara a la institución y los muchachos hicieran un buen uso del tiempo libre; el de los padres de familia era tenerlos ocupados, el de la administración era incluir en su informe de gestión el apoyo al arte y la cultura, y el de los muchachos: brillar y ser más importantes que los demás. Aunque no parezca, el mismo sueño con distintos puntos de vista pero con los mismos protagonistas, nuestros estudiantes.

Como diría Álvaro, no hay peor diligencia que la que no se hace, sin negar que uno arranca con mucho pesimismo porque se cree que la rosca siempre es la que gana, sin embargo, aquí nos enseñaron que no, que los prejuicios te limitan y que siempre vale la pena intentarlo para no arrepentirse de aquello que no se hizo. Pasamos entonces el proyecto para concursar por una dotación de banda marcial al Instituto de Cultura y fuimos parte de los felices ganadores, quiere decir que se torna posible un sueño.

«Yo quiero la trompeta», «yo quiero los platillos», «yo quiero ser bastonera», y sin entender mucho la razón, todos los aspirantes tenían una inclinación por uno de los instrumentos, teniendo en cuenta que ninguno había tenido contacto con ellos nunca. La convocatoria tuvo entonces la esencia de que participaran aquellos estudiantes que quisieran estar, es decir, por su iniciativa, no se cuestionó si tenían el talento o no, podían elegir el instrumento, claro, entre los disponibles. Se empieza entonces a percibir un aire de entusiasmo, se activa en ellos un motor interior que conecta de energía. Entusiasmo y esperanza, los sentimientos que todos necesitamos y no solo por parte de los estudiantes, ya para este momento los padres de familia hacían parte del camino, ya tal vez no solo querían que estuvieran ocupados, sino que tal vez ya soñaban con verlos en una presentación y sentían un orgullo inicial. Así, fácilmente autorizaron su asistencia a ensayos y acompañaron el proceso con ideas de vestuario, de cómo recoger dinero para ello y para comprar más instrumentos.

Inicia entonces la vida real. El instrumento no se toca solo, hay que dedicar tiempo a la técnica y luego sincronizarse con el equipo y con los requerimientos de la profe, por cierto, una profe muy entusiasta y efectiva en el trabajo con los chicos. Simultáneamente: «profe, cámbieme de instrumento», «profe, me voy a salir», «profe, no soy capaz», «profe, me aburrí»; pero también: «profe, estoy muy feliz», «la profe me dijo que era muy bueno con el instrumento», «profe. ¿cuándo será que salimos?», expresiones que uno sabe que tarde o temprano va a escuchar, unas trabajables, otras no, sobre todo porque en este tipo de actividades, como en casi todo en la vida, es muy importante querer, sin embargo, no olvidemos que uno de los puntos de vista del sueño era formar su voluntad y disciplina, y era posible que uno de ellos quisiera estar ahí, pero ante la dificultad con el instrumento prefería desistir e inventar una excusa. Era muy importante evitar esto.

Finalmente, se consolida el grupo, cosas lindas y no esperadas empiezan a surgir. Trabajo en equipo, alegría de asistir al colegio, motivación con sus labores académicas, incluso, mayor compromiso con las labores en el hogar con tal de no perderse los permisos para ir a los ensayos. Nace un deseo de que no solo les vaya bien a nivel individual, sino como equipo. Entienden que sincronizarse es fundamental porque los resultados, buenos o malos, son visibles a nivel grupal. En vez de rivalidad o competencia, apoyo entre ellos y admiración para aquellos con desempeño destacado. También inicia algo muy importante y es el trabajo extra autónomo con la ayuda de YouTube o con la profe por el simple deseo de mejorar y hacer buenos aportes a la banda.

No sé si suene demasiado maravilloso, pero todo esto fue real. Representaba lograr un montón de cosas en poco tiempo. ¿Cómo más podría lograrse esto de no ser con el arte o con el deporte? ¿Quién sabe que podría pensar Álvaro y su combo si vieran este proceso de cerca? Mejor dicho, no solo ellos, cualquiera que viva este proceso de cerca reconocería sus bondades y, tal vez, recuperaría el optimismo al pensar que sí se puede, y lo más importante, vale la pena.

Inician presentaciones y participaciones en eventos, también la voz a voz de lo lindos que se veían y los logros que habían tenido en tan poco tiempo. Sus padres y la comunidad se sienten orgullosos de los muchachos y quizá no puedan concebir una Semana Santa o una fiesta patria sin la participación de ellos. Y aunque no lo manifiesten, saben que es un logro como escuela, pero que impacta positivamente a toda la comunidad.

¿Pero entonces no tuvimos dificultades? Sí, como en casi todo lo que se emprende en la vida. Había críticas, por ejemplo, porque a la banda pertenecían jóvenes indisciplinados y malos

estudiantes. ¿No merecían una oportunidad?, ¿esa era la única etiqueta que podían tener?, ¿no está llamada la escuela a potencializar talentos y forjar proyectos de vida? También cuando iniciaron las salidas se complicaba su comportamiento en el alojamiento y el transporte, pero fue el trabajo en equipo con los padres de familia y la motivación de los estudiantes de hacer parte lo que permitió mejorar estas actitudes.

Este proyecto inicial permitió, además de recordar que Villanueva tiene raíces artísticas, reconocer que la inversión en el arte y el deporte pueden generar transformaciones de los estudiantes y su entorno de forma mucho más rápida y masiva. Permitted replantear el horizonte de la Institución como una cuna de artistas, incentivar estos procesos y gestionar recursos para que cada vez más estudiantes y sus familias puedan participar.

Un par de años más tarde, a través de convocatorias departamentales, se lograron dotaciones de chirimía, banda tropical, teatro, más las inversiones propias. Después de un tiempo, con cambios generacionales, siguen siendo un orgullo institucional y de la comunidad, pero lo más importante de todo es que estos procesos han transformado vidas y se ha logrado evidenciar que la escuela vale la pena y que Álvaro estaba equivocado. No es lo mismo dejarlos en la casa que mandarlos a estudiar.



Una propuesta estratégica y participativa hacia la formación efectiva del ser humano

*Alfredo España Contreras
Jhon Fredy Quesada Montiel
Maribel Correa
Gustavo Adolfo Moreno Restrepo*
Institución Educativa Rural Labores
ierlabores@tareanet.edu.co

La comunidad Educativa del corregimiento de Labores está conformada por familias campesinas con altos rasgos de disfuncionalidad, donde predomina el analfabetismo y el trabajo rústico que denota una situación difícil en cuanto al contexto social por la inconstancia que demuestran los niños y los jóvenes de la región, situación que repercute negativamente en el desarrollo de potencialidades intelectuales al ser parte de una población flotante producto de la actividad económica propia del sector. Además, carecen de oportunidades académicas y laborales, de la reducida sensibilidad para la lectura y el estudio personal, secuelas de un conglomerado familiar, social y cultural rodeado por los juegos de azar, el consumo de alcohol y el tabaquismo.

La mayor parte de la tierra del corregimiento es de propiedad de terratenientes, en su mayoría son usadas para la ganadería, gran parte de los pobladores son jornaleros quienes no poseen tierras para cultivar. Las familias basan el sustento económico en la explotación del ganado de leche y especies menores como el ganado porcino y arriendo de tierras para el cultivo de la papa que se encuentra en proceso de iniciación. (PEI Labores, 2016, p. 7)

Realidad que a su vez es acompañada por la falta de inversión social, irregularidad de servicios públicos, falta de vías apropiadas y la ausencia de instituciones que promuevan la educación técnica y superior, que motiven a la realización profesional de los graduados en la zona, de hecho, muchos de sus habitantes

no consideran la vida universitaria dentro de su proyecto personal a raíz de las inicuas oportunidades de formación que se brindan.

La hoja de ruta en las instituciones educativas es el fundamento que sostiene el edificio de la labor formativa en diferentes escenarios y ambientes, por lo que resulta importante adecuar-se a unas condiciones específicas en la gestión escolar para responder a las necesidades donde se halla inmersa. En adelante entenderemos el PEI como una propuesta estratégica y participativa

con el fin de lograr la formación integral del educando, cada establecimiento educativo deberá elaborar y poner en práctica un Proyecto Educativo Institucional en el que se especifiquen y se contemplen de forma real determinando entre otros aspectos, los principios, fundamentos y fines del establecimiento, los recursos docentes, el perfil del docente dentro de su entorno y sus características idóneas de su área, los procesos didácticos disponibles y necesarios, la estrategia pedagógica, las metodologías, el reglamento para docentes y educandos en conjunto con el sistema de gestión, todo ello encaminado a cumplir con las disposiciones de las leyes actuales y sus reglamentos. (Ley 115, 1994, art. 73)

Concepción legislativa que no se está cumpliendo a cabalidad porque no es ecuánime con las necesidades reales de la institución y porque persisten una serie de contradicciones e inconsistencias de fondo a nivel pedagógico, administrativo, directivo y de proyección a la comunidad que requieren ser evaluadas y repensadas para corresponder con la demanda del entorno educativo, pues dicho documento rector no ha sido actualizado en el cuatrienio reciente y por ello se hace urgente una deconstrucción que aporte a las condiciones fácticas de la comunidad educativa y que responda a las pedagogías vanguardistas, globalizantes e integradoras.

Si la educación no logra su cometido al ser «un derecho de la persona y un servicio público que tiene una función social: con ella se busca el acceso al conocimiento, a la ciencia, y a los demás bienes y valores de la cultura» (Constitución Política de Colombia, 1991, art. 67), todo esfuerzo resulta en vano, de ahí que sea prescriptivo analizar si los instrumentos de planificación orientadores de la formación rural responden a los fines de la educación, situaciones, expectativas e intereses de los educandos, puesto que una de las tensiones de mayor espectro son los PEI de las instituciones educativas y los objetivos de este en relación a las comunidades, pues en ocasiones no corresponden con la realidad porque se han considerado como un requisito formal para la prestación del servicio educativo y no han sido construidos con base en la reflexión, la territorialidad y el arraigo.

Un intento de reflexión sobre la formación de los sujetos

Desde la década de los noventa, las instituciones educativas de nuestro país deben guiar su accionar educador apoyadas en la existencia de un proyecto educativo institucional que establezca, principalmente, el tipo —o un ideal— de sujeto pedagógico a formar acorde con las demandas circunstanciales de un determinado contexto sociocultural donde la participación de todos los actores de la comunidad educativa deben fijar una serie de lineamientos, propósitos y objetivos que apunten a la formación de ese sujeto anhelado. Y que ha de plasmarse en el terreno práctico de la acción escolar.

Entonces, sin desligarnos sobre la urgencia de disponer de un PEI para nuestra institución educativa que responda al querer de las comunidades, se requiere un pertinente ejercicio de reflexión y debate crítico sobre qué marco pedagógico es el adecuado para la formación de tal sujeto ideal. Pero este asunto no es sencillo pues es necesario reconocer la existencia del orden sociopolítico y económico característico que define el orden de relación societal de nuestro país. En otras palabras, un tipo de sociedad determina la formación de los sujetos que requiere fijando las líneas de referencia prescriptivas para todo el conjunto social sin excepción. Y esto lo podemos evidenciar cuando un Estado, en consonancia a un sistema político, con sus respectivos regímenes de gobierno, crea para la acción educativa las legislaciones o decretos —obedientes a un marco constitucional—, para formar un tipo de ser que se encuadre en el ideal de ciudadano, fiel a las normativas del país.

Lo aquí señalado nos obliga a todos los involucrados en la tarea educativa a preguntarnos o, en otros términos, a caracterizar desde múltiples aristas del conocimiento humano, sobre el tipo de país y de sociedad que tenemos. Si somos capaces de reconocer la génesis de nuestra realidad para interpretar, a la luz de la objetividad histórica, las problemáticas de antaño, tal vez se pueden ir descubriendo las posibilidades de implementar otras prácticas de aula sujetas a un acervo pedagógico respondiente a las necesidades intrínsecas, inconscientes o espontáneas de la comunidad educativa.

Construir un Proyecto Educativo Institucional con un modelo pedagógico alternativo atado a las demandas de la población local, puede no ser dificultoso. Pero, lo que puede representar cierto grado de dificultad estriba en el profundo cuestionamiento que cada maestro ha de hacerse sobre la adopción consciente de una nueva doctrina y praxis pedagógica previamente acordada, vía consenso, con todos los participantes activos del ámbito educativo, en aras de su implementación en el escenario de

interacción escolar con sus respectivos educandos. Es decir, si los maestros no establecen mediante un ejercicio profundo de reflexión crítica para superar su habitual ejercicio educador para migrar hacia otras concepciones de la labor formadora de sujetos, pues cualquier proyecto de educación institucional estará condenado a no rebasar el universo de lo ideal y cumpliendo, sin más, con un requisito de índole legal ordenada por un poder público civil. Entonces, a nuestro modo de ver, la práctica desplegada por cada educador en el aula, con sus educandos a cargo, seguirá guardando el principio de identidad con los discursos pedagógicos oficiales definidos por el Estado para todo el sistema educativo aplicable a la mayoría de los sectores sociales de nuestra nación.

Lo anterior nos sugiere estas líneas de interrogación. Por un lado, está la posición que debe asumir el maestro frente a su quehacer pedagógico en la realidad escolar que le asiste ante las exigencias consensuadas de un proyecto de educación institucional. Y por otro lado, qué claridades tiene el maestro sobre los discursos pedagógicos oficiales que soportan un tipo de sujeto que desea formar el Estado para toda la sociedad. Es más, cabría también preguntarse si el maestro es conocedor de las problemáticas que afectan a la humanidad toda, reflejada en el contexto local que, a su vez, es el lugar para tomar los riesgos de seguir los caminos de una práctica pedagógica servicial a las demandas de su comunidad educativa o, simplemente, es un operador eficiente de un currículo sin precaver en el tipo de sujeto que está formando, ya que lo importante en esta condición es cumplir con los objetivos del mandato pedagógico que orienta su labor docente.

Un proyecto indica una idea que aspira a convertirse en realidad; es un querer dictado por el pensamiento buscando materializarse en un tiempo y en un espacio; es el sueño de ser tangible y apreciable; un ejercicio visionario hecho testimonio; de que lo ideado se prefigura paulatinamente en un hecho capaz de modificar condiciones particulares de una realidad.

En consecuencia, todo proyecto, para que dé unos resultados esperados, precisa que sus autores tengan convencimiento pleno de que lo que se avizora para el futuro es realizable. Si los docentes y los directivos docentes de cualquier institución educativa no invierten los debidos esfuerzos teóricos y prácticos para proponer y defender una propuesta pedagógica necesaria para sus comunidades educativas, nunca abandonarán la función de ser meros reproductores de doctrinas y currículos no cuestionados, formando, desde su práctica de aula particular, sujetos reconciliados con la habitual realidad.

Y siguiendo en el camino de la reflexión

Todo ser humano, desde que aparece en la faz de la Tierra, es acogido por un orden de mundo —o Weltanschauung— establecido, el constructo social humano reinante, cuando apenas empieza el deambular del sujeto en formación en dicho escenario; este orden procede a la implantación progresiva en el alma de este ser humano en proyecto de toda una red de valores y códigos sociales afines a las demandas de las estructuras económicas y políticas dominantes de una sociedad en particular. Es decir, un sujeto no es una creación libre y espontánea. Es resultado de un proceso de interacción sociocultural atado a unas circunstancias espaciotemporales que le rodean. Esto significa que el medio donde ha sido criado el individuo juega un papel determinante en la constitución de su carácter, su comportamiento, su conducta o modo de ser. En definitiva, la persona en formación será la prédica de las sutiles prescripciones de lo establecido. El ser humano, en últimas, es imagen y semejanza de esa sociedad que lo ha criado y educado en el seno de sus directrices.

Todo lo dicho aquí amerita el debido reconocimiento por parte de aquellos involucrados en el campo del saber pedagógico, deseosos de llevar a cabo en las escuelas nuevas acciones educativas, ligadas a un discurso pedagógico al servicio de la comunidad y se adscriba, por ende, en un proyecto educativo institucional cuya intencionalidad es generar en su contexto específico —macro o micro— toda clase de situaciones favorables de cambio a los intereses del universo social comunitario donde están insertos todos los seres humanos sin exclusión alguna. Por tanto, el docente debe ser consciente de que su actuar como educador, como formador de sujetos, no es inocente a la hora de desarrollar su proceder didáctico en el educando, porque su praxis puede crear profundas incidencias en la constitución del carácter de niños, niñas y jóvenes que tiene a su cargo al momento que estos tengan que confrontar, con claridad meridiana, la realidad que les asiste, es decir, seres humanos, según el fundamento de formación recibido en la escuela, que serán capaces de alterar su realidad, creando, con sus semejantes, condiciones adecuadas para la convivencia, o entrarán en el circuito adaptativo de la competencia, distintivo del actual orbe, donde se privilegia la fortuna, el éxito y el reconocimiento individual a cualquier precio... ¡He ahí el dilema!



Una mirada reflexiva hacia el principio de practicidad de las narrativas del Proyecto Educativo Institucional

Beatriz Elena Garcés Rodríguez

Institución Educativa Don Matías

elen_rodrig@hotmail.com

Se podría hablar de «érase una vez» en educación, pero no cabe duda de que conceptos, metodologías, enfoques y toda una agenda académica nos ha mantenido en constante vaivén de buscar lo ideal, lo contextualizado, lo válido dentro de los quehaceres que a la academia respecta. No obstante, hoy día seguimos índices que nos piloten a satisfacer y seguir rutas que encajen dentro de los diferentes contextos ya conocidos y hasta llegar a grupos focales hablando de una forma muy cercana e inclusiva de grupos que ameritan ser tenidos en cuenta.

Es así, entonces, dentro del marco de una política escolar abierta para todos buscando flexibilización de los procesos educativos, como empieza hace más de veinte años la laboriosa tarea de llegar a acuerdos en busca de una identidad escolar. En consecuencia, para fortalecimiento de la narrativa académica, aparecen los PEI, aquellas brújulas de direccionamiento de cada una de las rutas institucionales.

De lo anterior, llegamos al punto del reflexionar y el repensar de los PEI. ¿Para qué están? ¿Para qué los necesitamos? ¿Cómo beneficia esta reflexión académica a la comunidad educativa? Esta deliberación y el repensar no debe estar estrictamente ligados a los requisitos de la Ley 115 y el Decreto 1860, su trascendencia debe estar focalizada en un «por fin» del sustentar las bases de la autonomía escolar en su eje de practicidad. Incluso desde este sentido práctico dejar el «vicio» del facsímil o, como manifiestan Mosquera Mosquera y Rodríguez Lozano:

El Proyecto Educativo Institucional, siendo el instrumento mediante el cual las Instituciones Educativas tienen libertades para pensar y planear la educación, se ha convertido en una col-

cha de retazo por el «corte y pegue» que hacen algunas instituciones educativas, cuando tratan de construir o actualizar sus propios PEI. (2018, p. 257)

Esto implica emprender un diálogo narrativo que conlleve al reconocimiento sociocultural de escuchar voces y, por supuesto, para reconstrucción del quehacer formativo partiendo de nuestros propios contextos sin dejar de lado la referenciación de otros; estos pueden aportarnos al enriquecimiento de la practicidad de estos. En otras palabras, la construcción de un PEI con un sentido narrativo de autenticidad desde los patrones originarios del contexto.

Campos Marín y Cardona Gómez destacan el discurso de Bolívar (2016) en *Identidad narrativa de la escuela, memoria institucional y dirección escolar*:

Comprender el establecimiento escolar como una realidad construida socialmente, conduce a verlo como una institución que tiene su propia historia, que —por eso mismo— ha generado estructuras, roles, patrones de acción, significados, rituales, etc.; es decir, su cultura organizativa. Las escuelas, en lugar de realidades objetivas, tienen su propia biografía institucional, historia y procesos de desarrollo, que pueden ser objeto de estudio. Cada escuela tiene una cultura singular, con una memoria institucional, subjetivamente vivenciada y, por lo tanto, que se desarrolla a lo largo de un ciclo de vida. En el encuentra sentido y continuidad cada cambio, momento, acción, impacto, resistencia, etc. (2019, p. 15)

De acuerdo con Bolívar, la identidad, la memoria y todo el compendio de las tipologías de cada institución no deben ser ajenas a la narrativa escolar, no son fragmentos, sino un paquete articulado rumbo a generar la práctica del devenir de la cultura institucional. Por consiguiente, de ser así, desde el mismo auge de la practicidad ya se estaría exhortando la ganancia académica a la que se debe la identidad escolar.

Por otra parte, dentro de la creación narrativa, seguimiento y praxis del PEI, si nos referimos al contexto local no se pueden minorizar los esfuerzos conjuntos de participación para llegar a acuerdos. Permítanme explicarles, no puede ser imperceptible la significación de la trayectoria narrativa constituyéndose una disconformidad de los saberes y las percepciones. Por el contrario, se trata de percibir el PEI desde un lenguaje desde la memoria de la identidad escolar, permitiendo concebir los diversos ingredientes que hasta ahora se han logrado desde una planeación educativa y las diferentes pericias para hacerlo. En otras palabras, lo que se tiene y se puede construir desde lo ya pactado y analizar las rutas que anteriormente dieron asiento a los primeros indicios del PEI institucional.

¿Ahora qué? Resulta lógico, naturalmente, fortalecer lo construido y seguir construyendo la narrativa con fines de practicidad. En definitiva, ampliar la visión y la orientación integradora de las gestiones, que inciten al trabajo mancomunado y correlacionado pero que según mi criterio, se vea reflejado desde el actuar del aula y más allá de esta.

Siendo más específica, me atrevería a suscitar que dentro de la retórica de la estrategia pedagógica hay que encauzarse en los siguientes criterios.

Una política de la verticalidad a la praxis crítica

La nueva cara al PEI, en su proceso de desatomización, depende a dejar de lado la tradicionalidad de los saberes y buscar un enfoque que nos remita ser conscientes de su realidad y transformación. Freire, Giroux y McLaren (como son citados en Sánchez, Sandoval, Goyeneche, Gallego & Aristizábal, 2017) sugieren crear nuevas estructuras de conocimiento a través del diálogo, la democracia, la libertad por medio de su razón; convergen en una pedagogía para la investigación y lo social, respondiendo a su autonomía, formando a individuos críticos y reflexivos, motivados por el cambio y la transformación.

Traduciendo a nuestro contexto local, lo vertical y lo crítico se estacionaría en formar educandos más independientes, autónomos, responsables de sí; enfocados en una estrategia que nos involucre a todos, que nuestros sujetos no solo se reconozcan a sí mismos como seres pensantes, solucionadores de problemas, «críticos» y que un maestro no aislado se incline a la diversidad del aula y su currículo hable de procesos, condiciones para la participación, la aceptación y la investigación, y exponga competencias sin ser el centro del proceso educativo enseñanza-aprendizaje, mejor que se torne el protagonismo del sujeto de aprendizaje-enseñanza.

Del pensamiento crítico

No lejos de lo anterior, el discurso de la estrategia pedagógica conlleva al conocimiento estratégico. Este proceso es uno de los «érase una vez» de la historia sin fin. El eslabón perdido, aún visible, nos lo empezó a regalar Sócrates con su círculo socrático o método socrático. Luego Bloom (1956), Anderson y Krathwohl (2001) y Paul y Elder (2006, 2008). No obstante, en pleno siglo XXI continúa siendo nuestro desempeño pendiente.

En momentos de resignificación del PEI, sería aconsejable estrechar la brecha del pensamiento aislado a un pensamiento que garantice las habilidades del pensamiento a un nivel más

alto de entendimiento estructural. De hecho, el mismo Ministerio de Educación Nacional enmarca la taxonomía de Bloom en los distintos niveles de escolaridad, aunque dentro de lo personal prefiero la reestructuración de Anderson y Krathwohl (2001). Esto supone apoyarnos y diagnosticar las habilidades de pensamiento de los individuos dentro del contexto institucional. Dónde estamos y hacia dónde queremos exceder sus habilidades metacognitivas.

Una política de la igualdad inclusiva

No implica esta seguir la ruta de estandarización y verticalidad del aula dentro del discurso narrativo institucional; no estaríamos siendo críticos realmente. Aunque el mismo término no sobrepone el uno del otro, el discurso crítico institucional apunta a escuchar la voz del que es diferente y si su «estándar» de aprendizaje «aparentemente» no converge en lo tradicionalmente establecido, incluso si su cultura, orientación sexual, raza y culto no pertenecen al común denominador de lo cotidiano, se debe afianzar a la praxis de la diversidad dentro y fuera del aula. Bajo la mirada de Bruzzo, Halperin y Lanci (2011) se establece que la diversidad en el ambiente escolar fortalece el proceso de enseñanza-aprendizaje; tanto para alumnos y docentes como para toda la institución que la vivencia. Esta experiencia educativa permite construir una sociedad más justa en lo que haya lugar para todos. Volviendo a McLaren, con su perspectiva de lo crítico, una escuela ayudada por la democracia y la libertad; esto sucinta de un contexto y de una institución involucrada en las vivencias, el conocimiento y entendimiento del otro, para el otro y junto a otros.

Una política para la autonomía

Esta estrategia pedagógica resalta la verdadera dimensión, que implica que los aprendices son los verdaderos dueños de su proceso. En el sentir tradicional, el docente es su núcleo, distribuye sus quehaceres y se puede decir en él se manifiesta un rol de poder. En cambio, en el rol crítico, la estrategia pedagógica debe apuntar a ser constructores de decisiones. «Algunas de las características de los aprendices autónomos son la utilidad de transformar sus propios objetivos de aprendizajes, los seleccionan y los implementan identificando cuáles son útiles para ellos y cuáles no» (Posada Ortiz, 2006, p. 57). Sumado a esto, como el constructo de autonomía no es innato, corresponde al discurso estratégico del PEI incentivar el grado de autonomía del sujeto, ya que esta puede ser variable. En la medida en que aumenta el

grado de autonomía no se tornarían difícil fortalecer conciencia crítica.

En una idea global, se ve pertinente reflexionar sobre la resignificación del PEI a nivel institucional. Este debe estar pensado en una reconstrucción narrativa, partiendo de la memoria y la identidad propia escolar. Es urgente estudiar el constructo que se ha estado elaborando para fortalecer el direccionamiento escolar a partir de un nuevo análisis organizativo. Como sugiero anteriormente, no se busca desechar, pero tampoco actuar por pequeñas fracciones. La resignificación del PEI, desde la práctica narrativa, es mirar desde distintos momentos y que al final de cuentas sea el aula, y más allá de esta, el reflejo del liderazgo pedagógico institucional.

Una mirada reflexiva es abordar nuestro contexto desde un sentido crítico y lo que implica la criticidad para una praxis de direccionamiento efectiva. Es decir, cobijar la institución desde nuestra identidad y llevar a cabo enfoques que nos muestren sujetos con perfiles idóneos, estrategias con respecto al coaching de su propio aprendizaje; en general, una narrativa articulada que muestre el sentido inclusivo, no homogenizado y participativo, propios de la organización escolar.

Bibliografía

Bruzzo, M.; Halperin, E., y Lanci, C. (2011). *Cómo Integrar a niños con necesidades especiales en la escuela común*. Editora Cultural Internacional.

Campos Marín, L. F. y Cardona Gómez, E. (2019). *Reflexiones para la transformación del proyecto educativo institucional (PEI) a partir de las narrativas de un colegio para la ciencia y la innovación (tesis de pregrado)*. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Mosquera Mosquera, C. E., y Rodríguez Lozano, M. N. (2018). Proyecto educativo como fundamento para pensar la subjetividad política desde la cultura escolar. *El Ágora USB*, 18(1), 255-267. doi:http://dx.doi.

Posada Ortiz, J. Z. (2006). Evaluating students' autonomous learning through their uses of a self-access centre. *Colombian Applied Linguistics Journal*, (8), 53-73. https://doi.org/10.14483/22487085.172.

Sánchez, N.; Sandoval, E.; Goyeneche, R.; Gallego, E., y Arizabal, L. (2018). La pedagogía crítica desde la perspectiva de Freire, Giroux, y McLaren: su pertinencia en el contexto de Colombia y América Latina. *Espacios*, (39), 41-47. https://www.revistaespacios.com/a18v39n10/a18v39n10p41.pdf.



Comunidad educativa, un reto

Elizabeth Borja Barbarán

Centro Educativo Rural La Angosturita
elibarbaran04@gmail.com

Quiero, en esta oportunidad, centrar mis palabras y sentimientos en algunas comunidades con las que me ha tocado trabajar a lo largo de 39 años de experiencia docente. Distan unas de otras por sus niveles económico y de formación académica, estilos de vida, costumbres y, por supuesto, ubicación geográfica; pero las unen sus prácticas laborales, su lucha constante por la supervivencia y la visión que tienen de la educación para sus hijos e hijas. En mi trabajo he estado muy de cerca ellas porque he tenido la posibilidad de ser la educadora que acompaña a los niños y niñas en la escuela primaria desde la educación pública.

Las instituciones educativas se deben a la comunidad donde se encuentran inmersas, porque de esa manera se construye día a día la sociedad. Por lo tanto, los Centros Educativos Rurales son los llamados a atender de primera mano a sus comunidades. La escuela está concebida como espacio académico, sociocultural, recreativo y de convivencia.

¿Qué tan cierto puede ser? En la actualidad, trabajo en un centro educativo rural muy grande para los once estudiantes que recibe; una estructura estéticamente linda, iluminada, aireada, que ofrece espacios de encuentro y recreación, pero lamentablemente se encuentra distante de la población escolar, dos familias de adultos mayores son sus vecinos.

Durante los cinco años de labores en este establecimiento, mi mayor angustia ha sido cómo sostenerlo mediante las matrículas y, a su vez, cómo sostener la matrícula durante todo el año. Es desgastante. Exige una gran cantidad de estrategias que van desde las actividades pedagógicas, pasando por los eventos comunitarios, hasta sostener económicamente algunas áreas; tanto esfuerzo ha dado resultados en este lapso, pero el costo emocional docente ha sido muy alto.

Sucede que las comunidades saben de la necesidad que tiene el centro educativo de la presencia de los estudiantes; constantemente amenazan con retirar a sus hijos por cualquier motivo. Corresponde a la docente «hilar muy delgadito», como decían las abuelas, para que el hilo no se rompa, situación que no es nada placentera porque no se puede trabajar desde el querer ser y hacer propio, sino del querer ser de los otros. ¿Conciliación? Diría que busco frecuentemente llegar a acuerdos que los favorezca a ellos a pesar de que yo me desdibuje.

En los padres de familia no hay capacidad para reconocer errores, asimilar cambios, aceptar propuestas que los saquen de su zona de confort. Las comunidades de los últimos veinte años se acostumbraron a las políticas de paternalismo y lo que no les da bienestar no les sirve, no les funciona; la idea de pobreza la determinan por las pocas oportunidades que les ofrece el campo frente a la ciudad, no comprendiendo que es en el campo donde reside gran parte de la riqueza que desean las personas que habitan las grandes urbes, pues les es difícil entender que el aire puro que respiran, los alimentos frescos que disfrutan en abundancia, la no contaminación por ruido, el paisajismo del que gozan son bienes invaluableles que tienen al alcance de sus manos cada instante del día; para ellos todo debe ser dado por agentes externos y tampoco tienen la necesidad de agradecer, porque ellos se lo merecen por su «pobreza».

La prioridad de los padres no es precisamente el estudio, ellos dicen querer que sus hijos e hijas «salgan adelante», pero no quieren asumir responsabilidades con la institución, mejor sin ningún esfuerzo; en el momento que se sienten exigidos es fácil anunciar la retirada. La escuela para ellos es un aula de clases donde los estudiantes trabajan con una profesora cosas que ellos no tienen interés de conocer, lo importante es que sus hijos asistan, jueguen y se alimenten; las tareas no son su fuerte por dos razones: los niños y las niñas llegan tarde a sus casas y cansados, los padres desconocen la manera de acompañarlos y están agotados de sus largas jornadas de trabajo. Las tareas académicas, en lugar de ser momentos gratos, pueden ser de conflicto; es por esta razón por la que prefiero trabajar las actividades en las clases, dejar lo mínimo para la casa por el ejercicio de responsabilidad que cada estudiante puede ir adquiriendo, pero sin muchas expectativas.

Los padres, por lo general, no asisten a las reuniones, para ellos es perder el tiempo; las madres, si no tienen un oficio muy importante, asisten, pero no tienen capacidad de decisión, argumentan que deben contar con sus compañeros para poder responder o participar, entonces la comunicación de planes y proyectos no llega de manera fiel y ellos toman las decisiones desde sus perspectivas.

Como les dije, la comunidad educativa con la que trabajo es campesina, dedicada a la ganadería bovina, cuidado de ganado porcino, pequeños galpones, mayordomía, cultivo del café y productos pancoger; en general las familias gozan de solvencia económica, esto da pie para que muchos de los padres piensen que el estudio no es tan importante, porque ellos cuentan con un bienestar sin necesidad de haberlo terminado.

Aclaro que la solvencia de la mayoría de las familias se puede medir por la abundancia de alimentos, la adquisición de herramientas para sus labores e implementos para el hogar; entonces, pedir una cuota extra también es un problema, y la escuela requiere de gastos inmediatos que no pueden esperar los protocolos de la administración municipal para ser solucionados: guadañar, por los menos cada dos meses, representa dos jornales, pagar el arreglo de lavamanos o sanitarios, contratar para el cuidado del jardín en periodos de vacaciones, contratar a una persona que conecte el agua cuando se desconectan las mangueras desde la quebrada, ejecutar un proyecto, realizar una actividad que sea diferente y llamativa, supone costos que la comunidad educativa no está interesada en financiar.

Por otro lado, al centro han llegado otras familias, al contrario de las primeras que tienen asiento en las veredas que la rodean, llegaron sin muchas expectativas, sin posibilidades de empleo, siendo para ellas la escuela un salvavidas. Una alegría saber que los nuevos estudiantes ampliaban la cobertura de la escuela, pero aceptarlos implicó a la docente sostenerlos económicamente: desayuno, pago de cuota alimentaria, útiles y hasta vestuario. Imposible que fuera de otra manera, pues a la manipuladora de alimentos debía pagársele cuota por ración servida, los útiles eran indispensables, ¿cómo aceptar que fuesen los únicos niños y niñas que no desayunaran, mientras los otros lo hacían?

Me dirán, ¿y la comunidad por qué no se apropió del caso? Porque las familias recién llegadas no querían que otros conocieran su situación económica, y en una vereda que todo se comenta, la docente debe guardar algunos secretos.

Me dirán, ¿y el Estado? ¿y el Gobierno local? Ya conozco de sobra las respuestas, por lo tanto, no toquemos el tema.

Muchos son los recursos económicos que he invertido, nunca había hablado de esto, pero la Gestión Comunitaria requiere de inversión inmediata para que los eventos culturales y recreativos salgan de la mejor manera posible. Lo hago con generosidad, concientizando a mi núcleo familiar de que es una labor loable, que vale el esfuerzo compartir, pero no es posible hablar de ese aspecto sin mencionar cómo funciona. El panorama no es del todo negativo, de hecho, así no lo estoy calificando. Cada año, sin buscarlo, la vida me presenta una familia que alcanza a com-

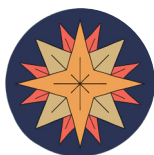
prender el trabajo que se realiza y colabora en algunos gastos sin tener que pedirles, toda regla tiene excepciones.

Preguntarán, ¿qué ha aportado la comunidad educativa y la comunidad en general a su labor profesional? Todo aprendizaje ha sido definitivamente en el campo personal. Es aprendizaje olvidarse de sí misma, no es fácil, causa dolor y tiempo, vivir en humildad, desaprendiendo los esquemas establecidos mentalmente y aprehendiendo lo que se tiene necesariamente que aprender para poder cargar la vida, vivir en generosidad porque dando recibo más, no hablo de bienes materiales, la ganancia la descubro en otras dimensiones de mi vida. Es aprendizaje descubrir que la paciencia es la «ciencia de la paz», que la tolerancia se conquista porque me es muy esquivia. Aprendí a manejar el tiempo, a valorarlo, a planear desde la practicidad, a ejecutar con todas las energías requeridas en cada actividad, a evaluar, no los resultados que tantas veces no afloran a primera vista o en primera instancia, sino la actitud con la que se trabaja, a ser austera en lo que no es esencial para ser suntuosa en lo que se necesita.

También he aprendido de la comunidad, de su capacidad de trabajo, admiro la fuerza en hombres y mujeres para realizar sus labores del campo, su habilidad para transformar los productos en exquisitas viandas tradicionales, herencia que han transmitido fielmente a sus hijos e hijas. Es sorprendente cómo los estudiantes demuestran el amor por sus oficios de la tierra y el cuidado de los animales. Son los integrantes de la comunidad, incansables, amantes de su familia, alegres en la relación con sus vecinos, ceremoniosos en los ritos religiosos, respetuosos con las autoridades civiles y eclesíásticas, espontáneos al hablar. Ellos encarnan muchos valores de la cultura.

Egoísta sería decir que no es importante el reconocimiento de la labor realizada, que el agradecimiento no se necesita, solo que hay que aprender a relativizarlos, aun así, no puedo dejar de hablarles de lo que constato en mi experiencia: Mi labor docente da algunos placenteros resultados a largo plazo, cuando no lo espero, cuando no lo busco, cuando no lo necesito, es ahí cuando aparece la palabra amable de un exalumno, el reconocimiento de una madre, la charla amena de un estudiante que acompañé en la niñez, el comentario alentador de otro que no aceptaba las mal calificadas exigencias, la visita en el aula del estudiante que tuve que frenar tantas veces por su irrespeto a los compañeros y ahora se muestra caballero; es agradable escuchar a las colegas del bachillerato admirar los buenos hábitos de los estudiantes que preparé para esa nueva etapa de su formación académica, es lindo encontrarme en la calle del pueblo con los adolescentes que me saludan con cariño y en las redes aceptar la solicitud de amistad virtual de los que fueron mis estudiantes

y ahora me cuentan en confianza sobre sus vidas. Entonces, solo sonrío y digo al cielo: llegó tarde, me alegra el corazón, muchas gracias



Sandra tiene una estrella en el firmamento

Sandra Milena Hernández López ■
C. E. R La Estrella, sede Ernestina Palacio
samihelo9@gmail.com

Sandra es una profesora que lleva varios años trabajando con niños y niñas de comunidades en situación de desplazamiento, tiene la oportunidad de conocer de primera mano muchas de las problemáticas que genera este fenómeno en la educación y en la sociedad en general.

Desde hace muchos años, Sandra se había preguntado por qué la gente del campo debe vivir las consecuencias de la violencia en nuestro país, por qué los grupos armados —no importa su nombre, ni del bando al que pertenezcan— los sacan de sus tierras y los reducen a la vida más indigna y a la situación más injusta, como el desplazamiento,

Ya le son claras, en un principio, las respuestas, pero no suficientes, pues al saber más acerca de ello, aumentan su desconcierto e impotencia, porque entiende que el poder de cambiar esto, está tan arriba que «parece» inalcanzable.

Tiene, en su corazón, la certidumbre triste de que el desplazamiento por la violencia en el país no es nada nuevo, según muchas historias que ha escuchado de los abuelos y sus amigos. Son casi setenta años en esta dinámica que ha acabado con gran parte de lo que era una cultura campesina de gentes sencillas, nobles y trabajadoras, que enriquecían al país con el sudor de su frente, cultivando con esmero la variedad de productos ma-

ravillosos que procura la madre tierra, en este suelo de clima privilegiado.

Sabe que los desplazados, ante su situación, se han visto reducidos a ocupar espacios dentro de la ciudad que no son aptos para la vivienda. Se han ubicado en la periferia, pues es allí donde se encuentra su escuela, junto al cerro, en un espacio casi invisible que se confunde en la inmensidad del paisaje. Esa misma que fue hecha del sudor, de los sueños que se creían imposibles, de las añoranzas y los anhelos de mujeres, hombres, ancianos y muchos, muchos niños y niñas.

Unas cuantas tablas, empezaron a ser los muros y unos ladrillos, los escritorios, una puerta vieja, el tablero, y un plástico, la puerta. No era precisamente un palacio, pero se estaban peleando ese solarcito. Lo importante era empezar.

Estas sencillas y sufridas personas, que llevaban sobre sí tantas cargas, no se iban a poner de exigentes. Sobre todo ellos, para quienes la ciudad es una locura; la realidad del campo es sustancialmente diferente; si la tierra te da el trabajo, el sustento, la comida y la alegría de vivir, ¿qué más le puedes pedir? No tienes lujos, ni artefactos modernos, ¡pero es que no se necesitan! El silencio hace cantar, el trabajo une a la familia, todos juntos con un mismo objetivo. Es bella esa vida en la que hay tanta agua limpia para tomar, hay quebradas donde puedes nadar, campos verdes para correr y jugar, animales para querer, admirar y hasta alimentarte. Con toda esa naturaleza tienes una relación casi simbiótica, no podría ser mejor, es como un sueño, esa sencillez, ese vivir en lo importante y esencial, esa paz... Pero se cierran los ojos y aparece la pesadilla de la guerra:

«Un día, seis horas, dos horas, para que se vayan o, si no, los matamos». Nadie entiende, todos lloran, cerca o lejos se oye el retumbar de las balas. «No hay de otra, vámonos». Así, con lo que se tiene puesto, pues no hay tiempo de más, la casa, los animales, las cosechas, ¡la vida!, se quedan atrás. En el camino, los muertos son muchos conocidos que no quisieron entregar.

Estas son las historias que se repiten en las bocas de los padres de familia, de los niños que fueron testigos, de los abuelos que siempre lloran y lamentan.

De aquella gente amable y feliz que vivía en el campo solo quedan recuerdos, el medio los transforma, se vuelven sobrevivientes y para lograrlo tienen que superar obstáculos impensables que van por encima de lo físico, de sus valores, de sus creencias y hasta de su humanidad. Por sus hijos hacen lo que sea y en muchas ocasiones también eso sale mal, porque en condiciones de tanta miseria y exclusión se deben dejar solos a los niños para ir a trabajar, y en ese abandono involuntario se exponen al abuso, a modificar su comportamiento, a irse para la calle y recibir

influencias externas negativas, aspectos que pueden afectarlos de manera irreversible.

Sandra sabe que los niños y las niñas llegan a la escuela, no solo con la finalidad que debería ser; aprender, regocijarse con el conocimiento, usarlo como estrategia para desarrollar y potencializar sus habilidades, aptitudes y destrezas para ir en pos de sus sueños; llegan también buscando un refugio: para esconderse del abandono, del maltrato físico y verbal, de la explotación sexual y laboral, para escapar del hambre, aunque sea con el sencillo desayuno que se ofrece allí, porque en el «rancho» no hay nada o hay muy poco; para recibir al menos la compañía, la mirada o la caricia de la profesora, ya que, donde viven, no les prestan atención.

Sabía que había mucho por hacer, y con su espíritu de lucha quiso cambiarlo todo, lograr que esas injusticias se acabaran lo más pronto posible. Pero entendió que no es un asunto sencillo, llegar con discursos floridos y reclamaciones al sistema, solo sirve para hacer un poco de catarsis, pero las transformaciones no son inmediatas, ni todos quieren hacer parte de ellas. Por ello, muchas veces se sintió impotente, cansada, desilusionada.

Se chocó con la realidad. Ha llorado, se ha enojado, ha hecho tantos intentos, ha utilizado tantas estrategias y todo para comprender que no tener todo lo que se quiere y como se quiere no es una derrota, que todos sus esfuerzos no han sido en vano. Ha conseguido «la esperanza», saber que a pesar de la adversidad no todo está perdido.

Todo esto pone a pensar a esta profe de primaria en lo que ha escuchado en la universidad o en libros que ha consultado y que, hasta ese momento, defendía a capa y espada, cuando se afirma que un niño negligentemente alimentado no pone atención, un niño que ha sido violentado actúa de igual forma con sus compañeros, un niño que no siente la alegría en su infancia se creará un adulto, pues ha perdido la inocencia y solo podrá reproducir los modelos que se le presentan en casa y en comunidad, un niño en condiciones de vulnerabilidad no logrará aprender eficazmente.

¡Cuánta admiración siente por esos pequeños valientes que se levantan todos los días para ir a estudiar! Sus pequeños rostros marcados por el hambre, la tristeza y la injusticia, como un monumento a la resiliencia, le regalan, al llegar, su más bella sonrisa y el más tierno de los abrazos, algunos, cargados con las florecillas silvestres o hurtadas de algún desprotegido jardín, coronan su cabeza con su detalle de amor, no importa si es el más travieso del grupo o el más callado, casi todos se acercan venciendo la timidez, buscando ese calor, ese contacto que se les ha hecho cada vez más extraño, para algunos, en el seno de su hogar o lo que queda de él.

Un cuaderno desvencijado, unos trazos todavía indefinidos, una voz que se confunde ante los símbolos, un ruido interior que no permite la concentración, unas ganas de pegarle al otro, unos motivos para llorar en cualquier momento, un ruido en el vientre que se oye de lejos, un recuerdo que se remonta al pasado cercano y corre por la hierba para subirse al árbol y coger guayabas, un pensamiento para la mamá que se fue y quizá no regresará, unas manitos que dibujan algo, una risa inesperada, un avión que se escapa por la ventana, un lápiz invisible, unos colores gastados, unos corazones que se han resignado, unas ganas de vivir, unas caritas extasiadas con el cuento, una esperanza que se deja descubrir, unas letras que cobran vida, una escritura que tiene sentido, un poema a viva voz, una canción con voz infantil. Toda esta inconmensurable mezcla, la encuentra Sandra todos los días en su escuela, en su pequeño salón, con sus 50 estudiantes de primer grado.

Piensa en los niños y las niñas, y en lo mucho que han debido padecer por causa del desplazamiento. La mayoría le dicen que les gustaría volver a la finquita, pero también, a pesar de su corta edad, le explican por qué no pueden volver. Los padres jóvenes y los abuelos, que se les ha delegado el papel de padres, hablan de lo mismo, con tanta timidez como el campo les enseñó. Al decirlo, sus ojos se llenan con el paisaje que tanto tiempo los acompañó en sus días de arduo jornal y en sus tardes de cafecito caliente y conversación familiar. «Qué más quisiera, profesora, volverme pa mi tierrita y dejar de sufrir, pero eso no tiene arriadero, primero la vida, cómo va a dejar uno este poco de muchachitos solos».

Sandra sabe que su misión es colosal; acunar la esperanza, ayudar a encontrar el sentido de la vida y sembrar valores sobre las áridas rocas de la realidad. Leer y escribir es muy importante, pero aquí todo eso se resignifica, hay otras prioridades.

Por ello, quiso con sus niños y niñas hacer cosas nuevas, ayudarlos a construir sus historias para que se dieran cuenta de su valía, para que derrumbaran los mitos que se tejían a su alrededor, y ellos mismos y otros aprendieran a verlos, a dimensionarse de maneras diferentes, positivas y sanadoras. Y en este laboratorio se empezaron a repetir rimas, a entonar canciones, a hacer formas de papel, a dibujar los pensamientos, a hablar con los abuelos, a jugar, sentir, reconocerse; en esta búsqueda se hallaron tesoros y en este encuentro se transformaron vidas, se crearon lazos, se entendió que escuchar es muy importante, que amar a los estudiantes no debe considerarse una ruptura al protocolo profesional docente, que conocer acerca de la historia de los niños y las niñas es una garantía para acompañarlos de una manera más edificante en su proceso escolar y que los sueños imposibles pueden hacerse realidad si nos movilizamos

en su realización, esos sueños que, al verse realizados, muchos llaman «milagros».

Vivimos en un tiempo de caos, ella lo tiene claro, hay que hacer lo que hay que hacer, pero bien. Lo que cada uno aporte es, en definitiva, lo que importa, porque cada grano de arena ayuda a hacer la diferencia, y en esa diferencia se edifican los sueños de hacer una patria más justa, más libre, más de todos, de ese pueblo bueno que somos la gran mayoría.

Sandra sigue trabajando con estas comunidades, convencida de que la riqueza humana se encuentra allí, donde lo material cambia de estatus, donde queda el alma desnuda y las palabras, los dibujos, los gestos dicen todo aquello hermoso que sabemos, pero que siempre ignoramos por el ruido de lo superfluo, por las tendencias de un mundo que se pierde obnubilado por el marketing, las modas y las banalidades.

Se siente muy agradecida por estar allí con esos pequeños que le recuerdan siempre que es pequeña también, aunque tenga la estatura de un adulto. Que su experiencia es una estrella maravillosa, pero no le dejan olvidar también de cuántas estrellas está formado el firmamento.

Sandra ha encontrado algo más que una idea que puede funcionar se ha descubierto. Sus estudiantes le regalan la frescura de ese lugar que sueña conquistar si la vida le alcanza, ese lugar para respirar hondo, regocijarse con el silencio y encontrarse a sí misma y sonreír.



La escuela de los sueños

Gabriela Patricia Areiza Tobón

*Institución Educativa Rural José Félix de Restrepo
gabrielapatriciaareiza@gmail.com*



Has leído cuentos sin final?

—¿Sin final? ¿Cómo es eso de cuentos sin final?

—Soy Gaby, te voy a narrar uno y sabrás, entonces, que existen los cuentos sin final:

Cuando emprendí mi camino en la educación, llegué a la Institución Educativa Luis María Preciado, un grupo de profesores muy amables me recibió y recuerdo la inquietud curiosa de una de las profesoras:

—Profe, ¿no va a preguntar por el P.E.I?

—¿PEI?

—Sí, el Proyecto Educativo Institucional —respondió la profesora Miladys.

El rector me dijo que, al finalizar la jornada, pasara por la oficina de la Rectoría; fue mi primer día como maestra, llegué al salón de 11, un grupo de 12 estudiantes muy particulares, casi todos entre los 18 y los 22 años, me pregunté entonces qué hacer, tendría que cambiar mi dinámica de conocimiento con ellos. Empecé con mi voz suave a contarles sobre mí... Me llamo Gabriela Patricia Areiza Tobón, soy ituangüina, pero desde muy niña vivo en Yarumal; tengo veinte años. Una voz en la parte de atrás, me interrumpió:

—Profesora, permiso, me llamo Gonzalo Patiño, tengo veinte años, ¿usted sí cree que nosotros, a esta edad, podamos aprender algo? ¿Usted nos va a enseñar química? ¿Para qué nos sirve la química si nosotros nos graduamos y para el cocal?

—Claro que vamos a aprender —le respondí—. Nunca es tarde y, a lo mejor, en la clase de química aprendas algo que te pueda servir para la vida, pero lo importante es que este año aprendamos.

Al final de la tarde me dirigí a la oficina de la Rectoría para conocer el PEI. El rector, Octavio, se dirigió a la estantería y tomó un libro de pasta azul, marcado con letras doradas, lo hojeé y me quedé leyendo las preliminares; comprendí entonces que el PEI era la vida institucional, algo que yo no conocí en mi vida de estudiante en el colegio y tampoco en los dos semestres de ingeniería informática, que había empezado a cursar, pero que esperaba aprender más en el curso de mi licenciatura.

Mientras lo miraba, Octavio me dijo que ese año estaban pensando hacerle algunas modificaciones y dejarlo en medio magnético. Para este entonces era el disquete y, así, me aventuré a poner toda mi disposición para esta nueva construcción.

Esa noche, me quedé con muchas ideas en mi cabeza y me propuse, empezar por saber qué esperaban los niños, los jóvenes, los docentes y de a poco en el contacto con los padres de familia fui recogiendo los insumos para esta estructura, además me apoyé en mi prima que llevaba mucho tiempo como docente, quien me compartió muchos documentos, entre leyes y decretos.

Así, durante los dos años que allí trabajé, entendí el concepto de PEI y dejé en mis estudiantes, la inquietud por la construcción de sus proyectos de vida, basados en la felicidad y el amor por aprender.

Luego, me trasladaron para el Centro Educativo Rural El Aro. Antes de que el profesor me hiciera la pregunta del PEI, lo hice yo y este me dijo que apenas llevaba seis meses allí y que lo único que había era un viejo historial que había sobrevivido a la toma paramilitar, en octubre de 1997, y algunos libros viejos. ¿Se imaginan qué pudo haber quedado después de semejante barbarie?

Pero ese año hubo una excelente oportunidad, el alcalde del municipio gestionó una capacitación sobre currículo y PEI, lo que facilitó la construcción de este documento, que fue la base para ir transformando una realidad que vivían los niños y las niñas de allí como consecuencia de la guerra.

¿Vas entendiendo por qué te pregunté si conocías los cuentos sin fin? Este cuento es muy especial porque, aunque no tenga fin, siempre hay una escuelita para visitar y así, en mi caminar por algunas instituciones educativas, he ido escribiendo el Proyecto Educativo de la Institución de los Sueños.

Te voy a invitar para que conozcas sobre este PEI tan especial.

En la institución de mis sueños también tenían un PEI y estaba digitalizado en el computador de la rectoría. Allí aprendí mucho más y conformamos el Comité de Calidad con los siguientes integrantes:

Directora de Calidad: una abogada, especialista en contratación estatal y en responsabilidad social y del Estado. Siempre una institución necesitará de una mujer con los valores de la nobleza, la justicia, la equidad, la asertividad, la capacidad de gestión, la vocación de servicio y el amor por la ruralidad. La directora de calidad tiene una misión muy importante y es direccionar todos los planes que se derivan de las cuatro gestiones del PEI.

Comunicadora: una estudiante de último semestre de Comunicación Social; es una joven responsable, altruista y con muy buenas capacidades para relacionarse con los demás, valores propios para un cargo que tiene gran funcionalidad para cada gestión del PEI

Jefe de redacción: un abogado, un hombre muy inteligente, crítico de las diferentes situaciones de la educación, respetuoso de la información y con muchas cualidades para la escritura, además ama profundamente la educación, pero en especial a Ituango.

Directora de arte y cultura: una mujer destacada por su seriedad y el respeto en el trato con los demás; es creativa, tiene muchas habilidades para las artes plásticas y para la danza, habilidades muy importantes en la Escuela de los Sueños.

Por último, estoy yo en la Secretaría de Calidad, un cargo muy importante porque soy quien realiza los informes, convoca a las reuniones y direcciona los informes a cada una de las gestiones del PEI; además tengo la capacidad de captar la atención necesaria para materializar las ideas que se proponen en los espacios institucionales.

En alguna de las reuniones del 2018 me surgió una idea para evaluar la Gestión Académica, en el marco del Día E, y esta se inspiró en la obra de Antonie de Saint-Exupéry. Para la elaboración de este taller, mi grupo de compañeros brindó gran apoyo en la materialización de esta idea un poco loca, pero que, con el compromiso, fue posible realizar un trabajo lleno de magia y color para reflexionar alrededor de cada proceso y resignificar así nuestra obra pedagógica.

He aquí las imágenes de esta idea loca, que cada día nos ha ido llevando a la búsqueda de la excelencia, no solo académica, también humana, desde un modelo pedagógico holístico, que busca la formación desde el ser.

Aquí, apenas empieza este cuento que cada día abre una página para escribir los sueños de un maestro y de una comunidad.

—¿Aprendiste sobre los cuentos sin fin? Como ya lo sabes, no me quiero despedir sin hacerte un obsequio.

—¿Obsequio?

—Sí, un obsequio. Te regalo mi sueño de maestra, resumido en un diálogo con mi hijo.

—Mamá, ¿cuáles son los sueños de un maestro?

—Hijo, para mí, los sueños de un maestro están enmarcados en que por encima de nuestra profesión prevalezcan los derechos, los sentimientos y las emociones de todos los estudiantes. Se elimine esa idea de que solo el docente tiene el conocimiento; se evalúe a cada niño, niña, joven, por las habilidades y las aptitudes; la educación emocional como la primera cátedra para el aprendizaje de las demás, y conocer a cada estudiante, no por un número, sino por su nombre y por la historia que lo hace diferente. Y en ese ser diferente, aprender a ser maestros.



Ruralidad, entre aguas cristalinas y turbulentas

Luz Ángela Hernández Castrillón ■
Institución Educativa los Llanos de Cuivá
rectoriallanosdecuiva@gmail.com

La maestra de la escuela rural representaba el ideal de las niñas campesinas, sueños tan grandes que parecían imposibles, como una urdimbre que se tejía entre la utopía y la asíntota.

Una autopista rodeada de árboles, con un paisaje hermoso característico de nuestra tierra antioqueña, específicamente de las montañas del norte cercano, combina la brisa fresca del clima frío con el verde de sus paisajes naturales, esta es la ruta conducente al lugar de mi primera experiencia en la rectoría de una institución educativa. El destino es los Llanos de Cuivá, un corregimiento del municipio de Yarumal, ubicado a unos 99 kilómetros de la capital antioqueña y a una altura de 2.800 metros sobre el nivel del mar; cuenta la historia que su nombre se debe a que en estas tierras habitaron los indígenas del cacique Cuivá y que a principios de siglo XX fue encontrado allí un cementerio indígena.

En este corregimiento se encuentra asentada la Institución Educativa Llanos de Cuivá, fundada en 1976. Es una institución rural, diseñada y pensada para una población del campo dispersa de otros tiempos, sus aulas son pequeñas, con medidas por fuera del estándar normativo y su infraestructura refleja el paso de los años. Está en medio de una zona que se ha industrializado y que hace parte de un importante corredor vial que comunica el centro del país con la costa, sin embargo, parece una escuela paisaje que ha visto pasar el progreso de lejos, sus pisos tan porosos como pueden, algunos techos arqueados, aulas que se inundan y un árbol tan reverdecido como el brillo de sus paisajes.

Allí he llegado, inicialmente, a contemplar la soledad que habita sus pasillos, aulas entre abiertas, sillas con grafitis, baños de puertas desgastadas, una escuela en la soledad, todos están con-

finados por la pandemia; empecé a preguntarme qué significa ser rectora cuando no sabes quiénes han estado en estos pasillos, qué motiva sus expresiones en los pupitres, quiénes son los que se sientan bajo el árbol, cómo son sus maestros, que caracteriza a sus familias; poco a poco, una voz en el teléfono, una narrativa tras otra, fueron dibujando la radiografía de la escuela, nombre que me gusta emplear para enunciar el espacio de la institucionalidad pedagógica. Con la mirada fija en el paisaje como buscando algún recuerdo entre la ruralidad que transita los mundos urbanos, vinieron a mi memoria algunas imágenes superpuestas de la primera representación de escuela que viví. Era una escuela de finales del siglo XX, con un aula y un patio grande de recreo. Todos éramos iguales, no porque usáramos uniforme —no teníamos— ni porque fuéramos los hijos de los campesinos que araban la tierra de sol a sol, sino porque teníamos una escuela, un espacio en común, en encuentro, un vínculo con el otro y con lo otro.

La genealogía de aquella primera escuela empezó a ser más recurrente en mí, aparecían escenas que se alternaban con los campos verdes, los cultivos de café, en los que toda una generación aprendió que no solo íbamos a la escuela, sino también a recolectar el café, a cuidar el almácigo o sacar la caña que luego se convertiría en el agua de panela del desayuno. Era la memoria de un campo con registros de lo que significó la ruralidad en el marco del conflicto armado colombiano en la década de los ochenta y principio de los noventa y que también enseñaron unos modos de ser y hacer, en los que, como dice Susan Sontag: «Si hemos sido testigos, ya no podemos ser inocentes» (2003).

La casa era grande, de tapia, en la parte de atrás había un cafetal, luego caña, después se encontraba una montaña y al fondo, en una meseta, estaba la escuela rural. En ese entonces tenía seis años, tras las plantaciones escuchaba la voz de la maestra que anunciaba que el descanso había terminado, me preguntaba cómo sería ir a la escuela, quería aprender a leer y a escribir. La escuela representaba el sueño de todos, el encuentro con los vecinos, los juegos, las clases, aprender, pero también enseñar. ¿Cómo era posible que uno pudiera llegar a ser como la maestra? ¿Cómo sería que uno pudiera enseñar a otros? Eran preguntas que más tarde surgían de forma natural como el agua cristalina del riachuelo en época de verano.

Así fue como un día llegó la hora de ir a la escuela, era el momento más esperado de todos, me puse el mejor vestido que mi mamá me había hecho en su máquina de coser y con mis hermanos emprendí el camino que me llevaría al otro lado de la vereda; el primer obstáculo que tuve al bajar por la montaña fue la quebrada, la vi inmensa ante mis ojos, ancha para mis cortos pies, mientras más me acercaba el pulso se me aceleraba. La quebrada

representaba un punto de conexión con la escuela muy significativo, porque durante más de cinco años la crucé cada mañana y cada tarde, fue el primer «detente» que la vida me puso: una quebrada sin puente, pero que a su vez me enseñó que, del otro lado, estaba la escuela y era necesario inventar formas de pasar el riachuelo manteniéndome a salvo.

Allí, frente a las aguas que en ocasiones eran muy turbulentas, estuvieron también las primeras lecciones de la paciencia, puesto que en temporada de invierno teníamos que esperar durante horas que el caudal del agua bajara para no ser arroyados por la creciente. Lo anterior, representaba llegar tarde al sitio más anhelado, esa escuela de puertas abiertas, surcada por un alambrado de púas que, al ser cruzado, nos dejaba en el espacio de todos, de los iguales.

La maestra era la «señorita Amparo», no había ido a la universidad, pero sabía lo que teníamos que aprender; no encontramos otro mundo más especial que la escuela con sus guías, unos libros que parecían tesoros invaluable, había que cuidarlos muchísimo y solo se podía tener una guía para todos los que estábamos en el mismo grado; entre otras cosas, por eso no nos gustaba llegar tarde, era muy difícil desatrasarnos de las unidades. Nos encantaba la actividad B, los cuentos nos hacían imaginar mundos que no sabíamos que existían. La maestra era amable y atenta, sentada detrás de su escritorio con un banquito en el que ponía sus pies por un problema de columna, que a su vez le impedía hacer educación física o caminar mucho, nos indicaba los trabajos a realizar de las guías, nos contaba historias y nos describía lo que pasaba en el pueblo. Recuerdo que éramos muy felices de estar en la escuela, había un gusto por aprender, alcanzar objetivos y aprobar los años escolares.

La escuela también era lo que pasaba en la vereda, porque todos éramos la suma de lo que sucedía en nuestro medio. El trinar de las aves, el sonido de la quebrada, el olor a café, el llamado de los vecinos que se comunicaban con un silbido o un grito, los cultivos de caña, el convite para arreglar el camino de herradura y la lucha por sacar los productos al pueblo. El campo podía ser tan tranquilo como la quebrada en verano o tan turbulento como la creciente del caudal en invierno, allí sorteábamos problemas que entrecruzaban alegrías y tristezas contenidas en un suspiro, la incertidumbre del pan coger o de los grupos armados, el paso de la certeza que teníamos en la escuela rural al mundo atrás de las montañas, un panorama incierto e inimaginable.

Vuelvo y miro al horizonte bajo el mismo cielo, pero son otras realidades, aquí estoy como rectora, ya han pasado tres meses y aunque sigo yendo cada semana a la escuela y me encuentro con personas maravillosas y comprometidas con el quehacer educativo, aún sigo anhelado el momento en que la escuela tenga

voz propia. Han sido noventa días de aprendizaje permanente, no hay estudiantes y los maestros hacen todo su mayor esfuerzo desde las diferentes coordenadas donde se encuentran: Medellín, Santa Rosa, Yarumal, Támesis, Santa Elena, por mantener el vínculo y hacer que la escuela permanezca abierta en la distancia.

Sin embargo, aunque ha sido una experiencia muy maravillosa, no soy la misma, he aprendido de la gestión en medio de la pandemia, he crecido como persona y como profesional; he vuelto a ver la quebrada ante mis ojos, hay días en que se presenta de forma cristalina, en otras ocasiones parece un caudal que se desborda, ruidoso y turbulento, pero es cuando más firme intento permanecer, incluso en silencio, procurando escuchar la agudeza de los sonidos, la fuerza de la corriente y la posibilidad de recuperar la normalidad. No es fácil alentar el vínculo pedagógico, cuando no se ha tenido la posibilidad de la experiencia cercana, de la palabra inscrita en un gesto o un saludo de mano. Trazar una ruta a partir de fragmentos implica agudizar más la mirada, despertar los sentidos, apreciar la existencia de lo que tanto han construido con esfuerzo y dedicación, todos los que nos han antecedido y los que hoy siguen haciendo posible la escuela en medio de la crisis sanitaria mundial que se vive.

Los momentos adversos nos mantienen humanos y humildes, pero los momentos felices nos mantiene un poco más cercanos y unidos, es por ello que una teja que se acomoda, un aula que se organice, el video de un baile en la sala de una casa, la siembra de hortensias o jazmines, la familia que atiende el llamado de la maestra, el coordinador, la rectora o la psicóloga, son motivos para tener esperanza, para sostenernos de hilos invisibles, pero que nos hacen sentir que estamos aquí, que somos parte del mismo sueño, que estamos en el mismo río, aunque rememos en orillas diferentes.

He ido aprendiendo que la comunidad, en parte, tiene una población flotante, algunas familias están una temporada mientras haya trabajo o posibilidades de subsistir y luego se mudan en busca de mejores oportunidades. Esto hace difícil intentar seguir la huella, hoy quisiera saber de tantos estudiantes que los maestros reportan sin contacto desde la sistematización del trabajo en casa, vuelvo a mirar, está el nombre y la fecha que por última vez estableció contacto. ¿A dónde fueron? ¿Qué pasó con su número de contacto? ¿A dónde ir a buscarlos? Detrás de cada nombre hay una historia, unas subjetividades que nos hacen ser o estar. Qué importante es poder conocer un poco más de sus vidas, sus necesidades, expectativas, sueños.

A lo lejos, sigue retumbando la quebrada entre sonidos y ruidos, a veces cristalina otras veces turbia, de momento se percibe el olor a café maduro y la voz de la maestra que anunciaba que el

descanso había terminado, entre tanto, escribo el día a día de la rectoría, los asuntos pendientes, las tensiones y los desafíos.

No sé cuánto tiempo estaré en los Llanos de Cuivá, mi plaza aquí es provisional, pero si hoy me fuera, ya he aprendido de forma acelerada lo que implica intentar gestionar una escuela en estos tiempos de pandemia; quizá lo que he hecho por la comunidad ha sido poco en comparación con lo que la comunidad educativa ha hecho en mí. Sin embargo, hasta el último día que esté aquí, amaré la posibilidad de tejer vínculos pedagógicos, de descubrir caminos, de escribir historias, de intentar caminar al lado de quienes, al igual que yo, creemos que la educación es el pasaporte a mundos impensables.



Llegó un profe nuevo

Gustavo Sanabria

*Institución Educativa Rural La Provincia
gustavosanabria5@gmail.com*

El anonimato no es elección para un profesor en un pueblo. Todas las miradas lo persiguen por las calles, algunos cuantos lo saludan, se acercan, le estrechan la mano, le regalan unos plátanos, mangos, aguacates, le preguntan por su vida, por la escuela, por el comportamiento de sus hijos. René no está acostumbrado a que lo llamen profesor. Cuando sale a merchar, cada tres pasos escuchan un «¡hola, profe!», que él responde con un intento vano de adivinar el nombre de la persona que lo saluda con un rostro sonriente. Demasiados nombres, demasiados rostros. Se siente en desventaja, debería haber una manera genérica para que los profes saluden a sus estudiantes. Quizás la hay: «¡Hola, mijo! ¡Hola, mija!». ¿En serio? No, René no siente esas palabras como adecuadas, serían impostadas.

Hasta el momento René ha sido un hombre solitario. Ahora, de lunes a viernes, doscientos o trescientos rostros pelean, cada uno a su manera, por llamar su atención. Durante el primer mes de trabajo en la escuela, cuando se acuesta agotado en la cama, justo antes de caer en el sueño profundo, un ejército desproporcionado de rostros gesticulantes invade su mirada como fantasmas que se desvanecen uno tras otro en la oscuridad. Una manera grotesca en que su memoria hace un repaso automático de las docenas de niños y niñas que ese día ha conocido. Pronto pudo responder con un correcto: «¡Hola, Kevin! ¡Hola, Leismy!».

—Profe, no lo dude, los paracos ya saben quién es usted —le dice un colega.

René ha notado que las llamadas en su celular se distorsionan, que las bolsas de basura amanecen derramadas en la calle antes de que pase el camión, que a veces suenan pasos que lo persiguen que parecen no pertenecer a nadie, que hay unos motociclistas sospechosos que rondan por el pueblo. Una vez más, su memoria, en un movimiento involuntario, lo acribilla con los datos no solicitados sobre las masacres, los trabajadores que bajaron de los buses para ser fusilados entre los cultivos, los fusiles ocultos entre los contenedores que atracaron en los puertos cercanos, el sindicato de bananeros diezmado.

Prefiere excusar a su paranoia. ¿Cómo no van a tener curiosidad por un tipo extraño que llega nuevo al pueblo? Seguro los caballos y los cerdos cimarrones que deambulan, más dueños de las calles que el alcalde, han derramado la basura. Seguro, nada sucede. Además, tiene peores problemas para preocuparse. ¿Cómo va a dictar una clase con el grupo de noveno, que son cincuenta jóvenes, cuando no hay salones?

La escuela son cuatro aulas para setecientos estudiantes. Súmele un patio, una cancha, un quiosco y un restaurante. Con eso, son ocho salones, con paredes imaginarias y un sol asesino; en el quiosco caben dos grupos, entonces 9 salones. No es suficiente. El lunes viene primaria, el martes viene bachillerato, divididos en una jornada matutina y en una jornada vespertina. Bienvenidos a la Institución Educativa La Provincia. Ahora sí, las clases pueden funcionar en un horario de emergencia, mientras se logra gestionar el edificio viejo —que parece una cárcel, pero al menos todos caben y pueden respirar—, donde, desde hace cinco años, se ha trabajado.

Cada inicio de año es el mismo lío. Un enredo entre la alcaldía, la gobernación departamental y la fundación católica que administra esos dineros públicos para ofrecer servicios educativos donde el Estado se ha declarado inútil para lograrlo. Qué curioso, piensa René, el estado es capaz de declararse incompetente para garantizar educación, pero incapaz de sincerarse al

momento de confesar cómo su incompetencia acumula tantos muertos por todo el país.

Durante el descanso, los profesores sirven como los vaqueros que canalizan el ganado por el establo. Los estudiantes compran en la tienda de cinco en cinco, para que no se atropellen en tumultos. Así es todos los años, los estudiantes hacinados hasta que les asignen nuevamente el edificio viejo. René conversa con un muchacho silencioso, su padre acaba de salir de prisión y trabaja como obrero en Cartagena. De ahí en adelante, cada descanso, el muchacho anhela viajar a Cartagena mientras René le cuenta algunas anécdotas sobre esa ciudad antigua. Los piratas, los castillos, las fortalezas, las brujas y la inquisición. Unas estudiantes de sexto se acercan a escuchar la historia. En un par de días, ese corrillo se convierte en una obra de teatro sobre brujas que vuelan con las escobas que sacaron del cuarto de aseo y unos sacerdotes que condenan con las reglas gigantes de la profesora de matemáticas. La imaginación siempre desborda cualquier establo.

En el municipio se construye un edificio nuevo, dos pisos de ladrillo brillante, veinte salones y un patio amplio en el que se puede andar con dignidad. El alcalde anterior había ilusionado a los estudiantes del colegio La Provincia con que ese edificio nuevo sería de ellos. Luego de tanta espera y hacinamiento, la recompensa merecida por el aguante.

Con el cambio de año hay cambio de alcalde. Un calvo de nuca abultada, con antecedentes de corrupción y alianzas paramilitares. De manera eufemística, lo llaman comerciante próspero. Este alcalde decidió que el edificio nuevo sería para otro colegio, el Luis Carlos Galán, mientras que La Provincia ocuparía las instalaciones que abandonaría este. El profesor René escucha las quejas de las estudiantes de grados superiores; desilusionadas, le preguntan si algo puede hacerse. Él les propone algunas ideas. En una semana, las estudiantes se reúnen con el alcalde y los medios de comunicación. En dos semanas, organizan una protesta frente a la alcaldía e intentan un boicot al mismo colegio, no asistiendo masivamente a clases hasta que se solucione el problema.

No obstante el ímpetu de las jóvenes, el capricho del alcalde sería la última palabra de la injusticia. Todo el colegio huele a una triste resignación. Durante un descanso, en uno de esos juegos inquisitoriales en que se revive la historia de Cartagena, René ve con una sonrisa cómo las pequeñas brujas pisotean algunos carteles propagandísticos con la cara del alcalde, a quien habían dibujado una sotana de cura con marcador permanente. Si en el ágora pública solo se escucha la voz de los tiranos, que al menos en la escuela se oiga la voz de los marginales y de los vencidos.

Durante sus primeras clases, René no ve esta locura magistral que manifiestan los estudiantes cuando sienten confianza y apoyo. Los encuentra como grabadoras de sonido que repiten lo que ellos creen que el profesor quiere oír. ¿Por qué ya no hay dinosaurios? Porque Dios lo quiere así. ¿Por qué el cielo es azul? Porque Dios lo quiere así. ¿Cuánto es uno más uno? Dios. Con cada respuesta predecible que recibe, René se va menguando, como la luna nueva cuando con cada noche pierde imperceptible un poco de su cuerpo. Las formaciones en el patio, al mejor estilo militar, son el espectáculo de un adiestramiento lamentable. René ve a esos niños y niñas haciendo los honores a la bandera como soldaditos nazis que ignoran cuánta sangre traerán sus creencias nacionalistas. ¿Dónde quedó eso de que la escuela es un hogar para la imaginación y un templo de conocimiento? Entre los ideales de Dios y Patria perdimos la humanidad.

Hasta que un día René pregunta en clase qué es la muerte. Un murmullo homogéneo responde que es el encuentro definitivo con Dios. Todos parecen estar de acuerdo en un tema tan complejo. Una mano de una estudiante queda paciente en el aire.

—Profe, la muerte es algo desconocido —dice tajante. Hubo un silencio, quizá de asombro, ante sus palabras—. Pille, si yo conozco que algo es salado por el sentido del gusto o que algo es verde por la vista, entonces yo conozco gracias al cuerpo, pero la muerte es cuando el cuerpo se pudre, entonces uno no siente nada, no podemos saber qué es la muerte.

Con esa intervención, por fin, se puede armar un debate con todo el salón. Unos a favor, otros en contra, otros con un cortocircuito notable en sus rostros en duda.

En otra ocasión, un miércoles de ceniza, un viejo entró al salón para ungir a los estudiantes en la frente. René observa desde el fondo del salón en silencio. Un estudiante de pronto pregunta:

—¿Todos estamos obligados a creer en una religión?

Y uno tras otro empiezan a cuestionar al viejo.

—¿Qué me garantiza que lo que usted me dice es cierto?

—Si no me pongo la ceniza, ¿iré al infierno?

El viejo queda pasmado. Ninguno parece interesado en ese ritual. Por fin, una joven se pone de pie para ser ungida. Luego, el viejo se marcha inquieto. René reanuda su clase, pero la joven estudiante, con la cruz en la frente, levanta la mano y dice:

—Profe, me dio tristeza ver que el señor quería que alguno se pusiera la cruz y ninguno de nosotros está interesado en eso, pero nadie en mi familia es católico. ¿Y si llego con esta mancha a mi casa? ¿Hice mal?

—No, no hiciste mal, actuaste con amor —le respondí.

Otra enseñanza valiosa para el novato de René es comprender el agotamiento de los profesores y su pérdida crónica de motivación. No es secreto el sueldo precario, eso lo puede asumir. A medida que pasa el año, René se descubre invirtiendo más energía en llenar los formatos absurdos que solicitan las directivas y la gobernación departamental, y que de pronto no tiene ánimos para planear las clases con la misma calidad con la que inició. Como en un cuento de Kafka, se siente atrapado en un laberinto burocrático disfrazado de circo.

La imaginación de los estudiantes, a pesar de tanta cárcel y burocracia, sigue siendo la esperanza. Cuando brilla en la creatividad y en la curiosidad, René recuerda que la educación no es sembrar certezas sino preguntas e inquietudes.

Uno de sus estudiantes, José Dulcey, está teniendo problemas serios por su desorden y grosería en las clases. Un día, José sale a codazos del salón y René de un jalonazo de la manija del maletín lo levanta del suelo y lo pone nuevamente en la silla. El estudiante, encendido en rabia escapa por la ventana. La clase terminó antes y René lloró sentado junto al único árbol del patio.

A la semana siguiente, luego de pedirle disculpas a José, René ve cómo el estudiante empieza a rendir como un genio en sus clases. Concentrado, entrega unos textos con ortografía correcta y bien argumentados. Lo felicita, nunca le pregunta por qué ha cambiado tan drásticamente. Las directivas del colegio, sin embargo, ya tienen fichado a José, y en su próximo error será expulsado de la institución. Nadie nota la esperanza brotar, deciden cortarla. José no tiene a dónde ir. Huye a Medellín donde recibe cinco puñaladas y muere desangrado esperando ser atendido en el hospital. La noticia llegó a René en boca de una de las estudiantes. No, definitivamente, todavía no creamos un país al alcance de los niños y las niñas, como propuso Gabriel García Márquez.



Un camino fascinante y complejo

Loyda Martínez Fernández

*Institución Educativa Rural Zungo Embarcadero
loydagestion@gmail.com*

Cuenta mi madre que, en un corregimiento del Urbá antioqueño, una mañana de noviembre, de suave brizna cerca de un caudaloso río, bajo el tormentoso dolor producido por la dicha de traer a una nueva criatura, nací radiante y con ojos semejantes al verde marino que encontramos cuando nos adentramos en la preciosa mar. Mi infancia transcurrió simple y sencilla entre trepar árboles, tirar piedras planas al río, nadar como un pecesito y hacer una que otra travesura en el espeso bosque que rodeaba mi casa. Un día, en medio de mi niñez, no comprendía por qué debíamos abandonar aquel lugar tan hermoso, tranquilo y agradable, por qué teníamos que dejar todo, por qué personas extrañas rodeaban mi casa. Todo lo comprendí años después.

Salir fue un cambio brusco, solía vivir libremente, sin miedos, sin ruidos ostentosos, con pocas personas, ahora era todo lo contrario, el barrio de la finca bananera no era tan callado, la ventaja era que había muchos niños para jugar, sin embargo, las salidas eran limitadas, decían mis padres que no era bueno estar tanto tiempo en la calle. Al poco tiempo volvimos a salir de este lugar, otro cambio, nos instalamos en la cabecera municipal, allí era aún más complejo, un municipio muy ruidoso y las salidas más limitadas, demasiados transeúntes que iban y venían de un lado a otro, viví con el bello recuerdo de una hermosa niñez interrumpida y empañada por el gran flagelo que ha afectado a nuestra región por años, el flagelo del desplazamiento forzado, que deja huellas en las diversas familias que vamos conociendo. Fue en el municipio de Turbo donde terminé mis estudios como bachiller académico, una gran amiga del colegio me preguntó si deseaba hacer las etapas para ingresar a la docencia, recuerdo mi respuesta tajante: «!Yo, estudiar educación, sería lo último que haría en la vida!». La sola idea de enseñar a niños o jóvenes me aterraba, creía carecer de la paciencia necesaria para esta

labor. Paradójicamente fue lo último que hice, pocos años después, un caluroso día, llegó mi hermano para que me inscribiera en la Universidad de Pamplona en una carrera docente, en ese momento no lo pensé a cabalidad, y no me movió el recuerdo de aquellas palabras de las que hoy hago mofa, simplemente deseaba prepararme académicamente en estudios superiores. En el colegio siempre me gustaron más las letras que los números, además, llevo en mi corazón gratos recuerdos de excelentes docentes de español que dejaron huellas imborrables en mi proceso formativo.

Me dejé seducir por esta maravillosa profesión, el amor, el cariño y el aprecio fueron absorbidos lentamente por mi corazón y los miedos y los temores al aula de clase pensados durante años, disminuyeron en la medida en que avanzaba en el estudio. Empecé a pensar que no quería ser una simple maestra, quería dejar huellas, huellas que impulsaran a mis chicos y chicas a seguirse formando, huellas que fueran motivación para su vida diaria, para su cotidianidad. Me tracé ese propósito en el tiempo que duró mi formación semipresencial y hoy hago lo posible por llevarlo al aula. Me gradué tomada de la mano de mi familia, pues en ese momento debí alternar entre el empleo, ser madre y esposa, nada fácil, pero valía el esfuerzo y el sacrificio.

Al incorporarme a este fascinante y a la vez complejo mundo con un sinnúmero de caminos, pero con un horizonte claro, en el 2004 debí separarme de mi familia, una cosa era pensarlo y otra vivirlo, la escuela me esperaba, era mi realidad mi primer trabajo en el colegio rural de Pueblo Bello. Recuerdo ese primer día, había dos profes de español, por supuesto llegué más tarde que la otra profe por lo que debí tomar otra área, al sentarme con la persona encargada lo primero que me dice es que solo está disponible el área de Tecnología e Informática, fue un golpe fulminante. ¿Tenía yo ideas sobre qué trabajar en esa área?, ¿aceptaría el reto? Mi mente estaba confundida, sin pensarlo le dije al profe que sí, que era un reto, que lo asumía; él, delicadamente, me preguntó: «¿Está segura?, ¿es usted capaz? El profe que había era muy bueno en su trabajo, ¡era excelente!». Enmudecí, no esperaba esta respuesta, yo, una primípara, ocupando el cargo de alguien tan bueno. En medio de la conmoción interna vivida me repetí: «soy capaz, asumo el reto». La semana fue complicada, me pasaba las tardes en la biblioteca investigando temáticas, revisando el plan y buscando cómo hacer para enseñar el área, el colegio solo contaba con un computador. Así que ni forma de llevarlo a un aula de sistemas, esa semana se me hizo más larga que todas; al finalizar, salí del corregimiento y en el pueblo empecé a consultar, luego asistí a la mesa de tecnología y allí pude encontrar recursos que me ayudaron a ser más práctica y a la consecución de material. Mi paso en este colegio fue corto, solo laboré cuatro meses, pues en ese momento estaba por orden de

prestación de servicios. Aprecio esa primera experiencia, me apoyé en mis compañeros, especialmente en la hermana que en ese momento orientaba clases de Ciencias Naturales. Mi relación con directivos y compañeros fue y es grata, me encontré con una población demasiado vulnerable y sensible por acontecimientos vividos en años anteriores, especialmente los años noventa, aun así, la ganas de trabajar sus tierras seguía fuerte en sus corazones. Los chicos vivían, en su mayoría, retirados del colegio; una vez, al preguntarle a uno donde estaba su casa, de manera cómica me dice que en «el pueblo de las dos mentiras», sonreí, pero me aclaró: «aquí en este lugar, pues ni es pueblo ni es bello». Esta expresión es conocida por sus habitantes y jocosamente la mencionan cuando se les preguntan dónde viven.

Más tarde me ubicaron en una escuela más cercana a mi hogar, con un contexto similar, había sufrido los estragos de la violencia, no obstante, seguía firme en sus ansias de vivir. Estando en ese lugar, ya en provisionalidad, mi plaza fue pedida por una docente que había ganado el concurso de méritos.

Una ventana de experiencia se abría a mis pies, una nueva aventura, un mundo posible. Inicé mis estudios en Gestión Cultural en la U. de A., mi alma mater, una gran oportunidad para seguir formándome. Sin embargo, al ubicarme nuevamente en una institución lejana al hogar fue muy complejo, pues estudiaba los fines de semana y sacrifiqué el tiempo de mi familia en los únicos días que podía pasar con ellos. Era San Pedro de Urabá Camilo Torres, un colegio urbano, laboré allí por nueve años en una población rica culturalmente, llena de esperanza, con un pasado marcado por la violencia, pero con gente amable y cariñosa, fue un lugar cálido y rico en historias de vida, las de mis estudiantes, que llegaron a lo más profundo de mi corazón. En este lugar, como en los otros, he comprendido la cantidad de problemáticas que se tejen dentro del hogar de los jóvenes a los que hoy tratamos de ayudarles en su formación integral. Cuántos jóvenes llegan al colegio como un escape a los abusos cometidos en las familias o simplemente en su comunidad; el colegio se convierte en un lugar de tranquilidad y de paz cuando son escuchados. De forma permanente hacía visitas domiciliarias de acuerdo con las situaciones de los educandos, estas se convirtieron en una lupa para mirar el núcleo del hogar y poder entender tantas complejidades y comportamientos de los jóvenes en el aula de clase. Cierta día, visité a un estudiante de sexto que presentaba algunas situaciones relacionadas con su aprendizaje; al visitarlo me encontré con una madre cabeza de familia, tres hijos, se sostenía económicamente de lo poco que podía hacer en los otros hogares y las ayudas del Gobierno, a veces el chico asistía a clase sin consumir algún alimento. Así como él, había otras familias. Este es un común denominador en nuestras instituciones, es a lo que me enfrento día a día; este lugar me ayudó a crecer en esta labor,

conservo de esta institución sus aprendizajes, la amistad de sus profes, especialmente, las mujeres que marcaron mi vida con su apoyo, pues estando en ese lugar, luego de dos años de laborar, mi hija, mi reina preciosa, se marchó para siempre. Ahora llevo en mi corazón la ausencia de mi primer amor que retoñó en mi vientre y creció en mis brazos por un tiempo que para mí fue corto, un dolor inefable que prevalecerá en mi vida y la de mi familia para siempre. En ese mismo año es mi padre quien «levanta el vuelo para nunca volver», como lo dice el poeta Porfirio Barba Jacob. El año 2011 ha sido el más duro de mi vida, comprendo debo continuar y sigo cosechando experiencias propias y compartidas.

A comienzos del 2018, en febrero, mes que es caluroso en la región, la noche anterior al 28 tenía sentimientos encontrados ya no volvería a estar lejos de la familia, pues había sido trasladada a un nuevo lugar: la Institución Rural Zungo Embarcadero. Esa noche fue imposible conciliar el sueño, muy temprano, al escuchar el canto del gallo, cuando aún el sol no había dado su primera mirada del día a la tierra, me levanté y partí con mi esposo, pues no conocía el lugar, mientras viajábamos a una velocidad moderada en sus últimos tramos podía observar a su alrededor el verdor de las bananeras que bordean este camino, una vía estrecha en la que cada conductor se abre espacio con su vehículo a una gran velocidad. A esa hora los trabajadores van llegando a iniciar sus labores diarias, forma parte de la zona agroindustrial de la región. Al llegar al barrio Pueblo Nuevo, ubicamos la institución con buena planta física, pequeña y a simple vista acogedora, era un nuevo empezar, una nueva aventura por vivir. Sus historias de vida me han ido formando y me han dado una concepción clara de lo que significa ser maestra. Es una localidad con problemáticas similares a las que he mencionado anteriormente, a diferencia de la zona productora de banano, no obstante, la economía es difícil para muchas familias, no todas tienen la oportunidad de laborar, por lo que hay población flotante. Nunca pasó por mi mente lo que el cambio iba a producir en mí, pues el paso de vivir sola a vivir con la familia se me convirtió en una problemática casi inmanejable; al inicio, en el hogar, todo me enojaba, me producía incomodidad. ¿Cómo era posible? Si era mi anhelo. Llegaba del colegio y quería mi soledad, que nadie dependiera de mí. Luego mi hija me mostró mi realidad y asumí la autorreflexión con el propósito de buscar una solución. Finalmente entendí que parte de la situación dependía de mí.

Ser maestra significa dejar huellas, ser maestra significa entender y comprender esos pequeños y grandes mundos que encontramos en cada uno de nuestros estudiantes, es como el principito, viajamos a varios planetas, esos planetas son esas complejidades en los hogares de nuestros chicos y chicas.

Quiero terminar Porfirio Barba Jacob y una estrofa Canción de la vida profunda, mi poema favorito, que nos muestra lo diverso de cada día «Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos [...] que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza, y hasta las propias penas nos hacen sonreír».



Travesía maestra

Luz Maris Robledo Magaña

Institución Educativa Rural Villa Nelly
mimari24@hotmail.com

Cómo no recordar aquel hermoso junio de 2012. Sin sospecharlo, ese día espléndido y caluroso se quedaría en mi memoria para siempre. En esa fecha llegué a mi amado colegio I. E. R. Villa Nelly con grandes expectativas por el cambio, se venían muchos retos y, aunque lo disimulaba con gran maestría, no podía ocultar el miedo que tenía al llegar a ese plantel educativo desconocido para mí. Si bien era en el mismo municipio, el cambio era notorio, una cultura distinta a la de Piedras Blancas, donde había laborado, y un colegio que dejaba con gran tristeza, pues el traslado no lo había solicitado jamás, por el contrario, siempre había disfrutado de trabajar en ese bello corregimiento de gente linda, trabajadora y dispuesta a vencer los obstáculos para salir adelante. Un colegio de niños entusiastas con anhelos de descubrir el mundo y que veían en su institución un refugio para alcanzar sus metas y en sus docentes unos aliados de corazón, unos cómplices dispuestos a tenderles la mano para lograr sus objetivos. Sin buscarlo, dejaba una hermosa familia atrás, unos docentes comprometidos, solidarios y cambamberos que no escatimaban esfuerzos para hacer de la menor situación una historia divertida para mejorar el ambiente. Unos padres de familia de lujo, encantadores y dispuestos a colaborar en todo lo que les fuera posible para el beneficio de la comunidad educativa.

Atrás quedaba doña Nelly, la madre de familia ganadora del premio mamá del año, una mujer encantadora y siempre dispuesta al servicio de la institución, una madre con tres niños en el colegio por los cuales iba todas las semanas a preguntar qué podía hacer para ayudar. Así como dejaba a doña Nelly, abandonaba también a muchos padres y madres que se habían convertido en una verdadera familia para mí sin importar que ellos eran mestizos de Urabá y yo una afrodescendiente atrateña de Vigía del Fuerte. Allá no se miraba color de piel, lugar de nacimiento, religión ni clase política, se tenía en cuenta la esencia de la persona, su parte humana y su don de servicio, en todo eso pensaba y me entristecía. Pero la cosa no estaba del todo mal, porque junto a mí se despedía también mi rector Glaucón Maturana, quien también iba trasladado a Villa Nelly, con grandes ilusiones; era un señor lleno de sueños que pronto se convertirían en realidad y, por supuesto, yo haría parte de ellos.

Llegamos a Villa Nelly, el rector presentaba a cada uno ante la multitud de estudiantes y padres de familia que esperaban con ansias la información de los nuevos profes, cuando muy cerca escuchaba la voz de una indiscreta mujer que decía: «Más negros pa este colegio». Jamás he podido olvidar esa expresión, porque fue esa precisamente la que me dio fuerza inicial para pensar que había un trabajo importante que hacer ahí y que necesitaríamos un equipo bien formado para derribar ese flagelo. Se presentaban grandes retos y uno más con el que no contaba: el racismo. Pero eso no me iba a intimidar. El rector me presentó con una rimbombancia increíble: «Una de mis mejores profesoras, ganó el concurso de danza del año pasado, quedó como mejor docente en Piedras Blancas», y otros calificativos que solo hacían que me sonrojara, aunque no se notara por mi color de piel. Desde ese momento comprendí que el jefe me había comprometido y debía hacer honor a sus palabras, entonces decidí trabajar con dientes y uñas para lograrlo. La cosa no era fácil, pero tampoco imposible.

Pasaban los días, las semanas y los meses y poco a poco nos íbamos acoplando al trabajo. La comunidad se vinculaba con facilidad ante el llamado de los docentes y directivos y empezábamos a trabajar mancomunadamente por la institución. Los estudiantes se estaban acostumbrando a los cambios de los profes y a los trabajos que se realizaban con la comunidad educativa. Poco a poco iban resultando personas como María, líder del corregimiento El Encanto, lugar donde queda mi amada institución, a la que jamás pedí llegar, pero que por cosas del destino llegué, estoy feliz y me quisiera quedar. La ayuda de la comunidad cada día era más determinante y María siempre lideraba procesos importantes tanto para la comunidad, como para la institución. Siempre contaba con la ayuda del rector y de los profesores para desarrollar sus ideas. También se vinculaba la acción comunal

del pueblo y todo marchaba bajo la misma dirección. Fue así con el trabajo arduo de la comunidad educativa como se pudo lograr el sabatino, oportunidad para muchos padres y estudiantes extraedad para terminar sus estudios y paliar un poco la tasa de analfabetismo existente en la localidad. La gente que estaba estudiando en el sabatino ya tenía una mirada distinta de su realidad y su anhelo más grande era transformarla. El estudio les estaba sirviendo para darse cuenta de que no estaban obligados a seguir viviendo en condiciones de pobreza extrema, que el mundo brindaba oportunidades a través del estudio y fue así como llegaron el Sena y otras instituciones que, articuladas con nuestro plantel, brindaban cursos y proyectos productivos a la comunidad.

Villa Nelly ya se veía como una institución distinta gracias a la gestión del rector, los docentes y los padres de familia comprometidos con el colegio; y entre esos docentes luchadores había una en particular que siempre nos tenía muy en cuenta —docentes etnoeducadoras— para sus ideas originales y emprendedoras. Ella siempre decía: «Tengo una idea loca que no sé cómo les parezca». Y siempre eran brillantes sus propuestas. Hablo de la profesora Cecilia Palomeque, quien a pesar de no ser coordinadora de planta, realizaba su labor como docente y siempre estaba dispuesta a colaborar en todo lo que podía a nivel académico, disciplinario y al servicio de la comunidad. Una mujer incansable y comprometida con la lucha sindical por la defensa de los derechos de los docentes. Mujer que se mantenía estudiando día y noche para el servicio de la gente, fue con su liderazgo que se pudieron realizar varias campañas contra el racismo y poco a poco la comunidad fue entendiendo que todos somos iguales y merecemos respeto.

Fue un trabajo arduo, pero significativo en la comunidad. Hoy ya quedó en la historia la expresión que lanzó aquella señora cuando llegamos, porque, así como los demás, ella aprendió que lo bello del mundo es precisamente lo diverso, sus colores, su disimilitud y aunque seamos diferentes, todos tenemos un lugar y todos cabemos respetando el espacio y los pensamientos de cada uno. Fue precisamente ella quien nos ayudó a montar el grupo de danza en la institución, inicialmente con bailes afrocolombianos porque en Villa Nelly impartimos la cátedra de etnoeducación y tenemos algunos proyectos transversales al servicio de la comunidad. Un grupo inicial de danza que buscaba trabajar en la interculturalidad.

Se intentaba de alguna manera visibilizar las diferentes culturas que subyacen en nuestro entorno y sus diversas manifestaciones o expresiones, se buscaba también el aprovechamiento del tiempo libre en los jóvenes y que pudieran explorar su talento. Con el grupo de danza de Villa Nelly participamos en diferentes eventos de danza municipal con buenos resultados, pero lo

más importante era la satisfacción del deber cumplido, la complacencia de saber que, con el trabajo en equipo, lo estábamos logrando.

Se realizaron diversas campañas sobre los valores y el buen trato y la comunidad cada día iba mejorando. Uno de nuestros proyectos bandera fue denominado: Villa Nelly de Colores. Con este buscábamos que las personas entendieran el valor del respeto por la diversidad étnica y cultural. Ahí se reconocería lo maravilloso de una comunidad cuando une sus saberes, integra su cultura y pone en el contexto social y comunitario el respeto por la diferencia entre los seres humanos. Una de las actividades bandera fue Villa Nelly Escribe que, a través de las diferentes manifestaciones literarias, sobre todo con poemas, trovas y coplas, logramos que los estudiantes y padres de familia hicieran composiciones estilo catarsis acerca del respeto a la diversidad étnica. Cada uno escribía desde lo que le dictaba su corazón y le ponía ritmo, rima o melodía de acuerdo con su creatividad. Fue una jornada muy bonita porque a través de la lírica los estudiantes, los padres de familia y los docentes nos vinculamos por una buena causa: el respeto al otro; el respeto a la diferencia.

Hoy Villa Nelly ya figura más en el ámbito regional. Fue una tarea difícil porque era una comunidad que no había entendido en gran parte la importancia del estudio, pero con grandes campañas y un trabajo articulado se han podido ver los avances de la comunidad. Mucha gente quiere terminar su bachillerato e ir a la universidad, lo que en otros tiempos era un sueño. Hoy varios estudiantes del plantel han ganado becas y sobresalen en las universidades donde estudian. El trabajo está dando resultados y cada día los estudiantes van reconociendo la importancia de educarse para transformar su realidad social y económica y, sobre todo, para ser felices valorando su territorio y su cultura. Hoy el pueblo reconoce el gran trabajo que se ha hecho desde la Institución Educativa Rural Villa Nelly en beneficio de toda la comunidad.



Pensamientos y realidades

Yasmina Muñoz González ■
 Institución Educativa Nel Upegui
 edeniarroyo@gmail.com

Siempre se le ha dado prioridad en la semana institucional a los PEL, ya que es la carta de navegación de las instituciones y permite delimitar el horizonte, los objetivos y las metas en los que se tienen en cuenta las cuatro gestiones de calidad y sus componentes. Hoy me enfocaré en la Gestión Académica, encargada del diseño curricular, las prácticas pedagógicas institucionales, la gestión de clases y el seguimiento académico, y en la que tengo experiencia y práctica en el proceso. Para empezar, comparto mi anécdota sobre el primer día en el colegio.

En una mañana gélida, poco común en nuestra región de Urabá, acudo al sitio destinado para empezar mi labor como docente. Cargada de muchos sueños, entusiasmo y con la convicción de que la carrera docente es lo mío. Con el objetivo de llegar a tiempo y desconociendo el lugar de destino, madrugo un poco más. A la vista no hay nadie en el colegio, observo los espacios y sus alrededores, veo que están los pasillos con muchas hojas y decido tomar una escoba que está cerca y empiezo a barrer; algunos dirán que ese no es mi trabajo, pero yo pienso que puedo ayudar a que se vea mejor. A las dos horas empiezan a llegar los docentes y los directivos de la institución. Después de la presentación a los maestros y los estudiantes, me dan a conocer una guía llamada plan de estudio, algo nuevo para mí, pero con el tiempo constaté que es de suma importancia para el proceso educativo. En esta se define lo que los estudiantes van a aprender en cada una de las asignaturas y grados. Disponer de contenidos, logros, indicadores y competencias facilita la planeación de clases y los criterios de evaluación. Cuatro meses después llega la famosa semana institucional en la que debemos realizar la autoevaluación institucional y en la que se evidencia la falta de muchos componentes y la necesidad de un plan de mejoramiento. Además, es necesario resignificar los planes de

áreas teniendo en cuenta los estándares de calidad y hacerlo en los formatos establecidos.

Para llevar acabo lo anterior, nos organizan en grupos de trabajo para analizar los contenidos temáticos con base en los estándares de calidad y el contexto, también para diseñar proyectos transversales. Nos asignan la elaboración del proyecto de lectura, dados los bajos rendimientos en el proceso lector, lo que representa un nuevo reto. En la organización de los planes de áreas se deben tener en cuenta los logros actitudinales porque para la institución es importante forjar el ser, además del hacer y el conocer. En la institución es común encontrar estudiantes que representan un reto para nosotros y que a veces no sabemos cómo actuar frente a sus acciones. Con todo el conocimiento sobre modelos pedagógicos, gestión de aula, diseño de planes de estudio, código y leyes educativas: siempre vamos a encontrar un discente que nos obligará a ser mejores seres humanos, mejores educadores, poniéndose a prueba nuestras prácticas pedagógicas en el diseño de las actividades que permitan desarrollar sus competencias. Estas situaciones nos inspiran a crear cuentos realistas como el siguiente.

En un pueblo, con un nombre muy particular, Chigorodó —río de guaduas—, vivía un joven llamado Juan. Su aspecto era un tanto descuidado, pues, su presentación así lo demostraba. Sus ojos negros reflejaban una gran tristeza, ya que muy pequeño fue abandonado por su madre. Creció al cuidado de su abuela Esperanza, una señora muy humilde, su rostro dejaba al descubierto el transcurrir de los años. Pero era inevitable no admirar su gran nobleza, amabilidad y el amor por su nieto. A pesar de eso, Juan nunca superó el hecho de haber sido abandonado, al hablar de su madre lo hacía con rencor.

Cada día se desplazaba por un pequeño camino que daba justo hacia la carretera principal, donde esperaba el bus escolar. En la trayectoria su mente divagaba pensando en una madre ideal, se preguntaba cómo habría sido su vida si ella no lo hubiese abandonado. Aquellos pensamientos le permitían sonreír, pero nuevamente volvía a su realidad. Minutos después, el bus realizaba la parada de todos los días, él entraba, pero inmediatamente se transformaba en un joven frío y lleno de rencor, cuya rabia saciaba al ver a sus compañeros molestos, y al que encontraba a su paso lo empujaba, o salían de su boca las más grades blasfemias y palabras hirientes. Todos en el bus evitaban tropezarse con tan particular personaje. Al rato llegaban al colegio rural en donde cada día buscaba llamar la atención. Todos los docentes se quejaban de él y solo pensar en el grado en el que estaba Juan era suficiente para dañarle el día, porque siempre se esforzaba en sacarles la piedra a sus docentes o, simplemente, se ideaba una nueva travesura.

Una de las más polémicas fue cuando en el trayecto hacia el colegio se varó el bus y un grupo de cinco estudiantes bajaron para tomar aire, pero Juan, no conforme con eso, empezó a tirar piedras a una casa de avispas que estaba cerca de la carretera. Todos salieron corriendo hacia el bus, pero fueron alcanzados por los insectos que entraron por las ventanas y empezaron a picar a todos los estudiantes. Al llegar al colegio empezaron a desmayarse, algunos por el fuerte dolor. Muchos lloraban, otros gritaban. Se convirtió en un caos la institución. Los profesores estaban tan preocupados sin saber qué hacer y el puesto de salud se encontraba a tres horas de camino. Los docentes tomaron sus motos y se llevaron a los estudiantes más pequeños que presentaban mayores problemas de salud. Juan estaba asustado y negaba haber hecho algo malo, pero todos los estudiantes lo acusaban. Otra de sus grandes travesuras fue en un día lluvioso en el que los canales de las fincas, que se encontraban alrededor del colegio, se llenaron de agua y él muy jovialmente invitó a los niños más pequeños a bañarse en el canal, según él, por cortesía y autorización de los docentes. Todos los profesores fueron regañados por la rectora. Ella era una persona que no tenía pelos en la lengua para decirle todas las verdades a quien fuera, también era la única persona a la que Juan le tenía miedo. Cuando Pedro, su mejor amigo, le dijo: «¡Juancho! La rectora te espera en la dirección», su rostro cambió de color, se puso tan frío que parecía un cubo de hielo. Pero empezó a caminar lentamente con pasos de valiente, aunque con un miedo infernal. Ya en la oficina tocó la puerta... La rectora dijo: «¡Adelante!, lo estaba esperando». Empezó a indagar sobre lo sucedido, pero Juan tenía el ingenio tanto para llevar a cabo sus travesuras como también para inventar las más grandes mentiras. Fue tan convincente que solo tuvo tres días de sanción.

En medio de tanta travesura también tenía cosas positivas; era muy cariñoso con sus docentes, a pesar de que era tan hábil para sacarles la piedra, siempre estaba dispuesto a colaborar. Era el primero que organizaba el sonido para las reuniones. Cuando preparaban la comida al aire libre, revolvía la olla, aunque sus ojos lloraban por el humo de la leña o estuviera bajo un aguacero, no le importaba. Tenía una profesora llamada Lucy a quien le conmovía su situación y con quien hablaba mucho. Un día le dijo:

—Profe, ¡yo me quiero morir! Un día de estos me encuentran tirado por ahí. No le encuentro sentido a la vida.

—Tú eres un joven muy inteligente, tienes a tu abuela que te adora, como pobre no te falta comida ni amor —le respondió ella—. Tú no eres el único ni el último niño al que le ha tocado crecer sin su madre y no por ello tienes que convertirte en una

mala persona ni despreciar la vida. Piensa en tu abuela y el dolor que le puedes causar a ella si te pasa algo.

—¡Sí, profe! Tiene razón, voy a tratar de cambiar.

Pero esta promesa era casi imposible de cumplir. El lunes se acercó a la profe Lucy con algo envuelto en hojas de papel y le dijo:

—¡Profe, le traje algo!

—¡Eso es un papel! —contestó ella.

—Profe —insistió—. ¡Ábralo que es algo que le traje!

La profesora que ya lo conocía por sus maldades, recibió el paquete un poco temeroso y dijo:

—¡Eso es una piedra!

—Lea lo que tiene adentro.

La profe tomó el paquete y lo destapó, para sorpresa de ella efectivamente era una piedra, pero en forma de corazón y que venía acompañada de una carta que decía: «¡Hola, profe! Ayer estuve tumbando mangos y uno de ellos cayó en esta piedra que la vi en forma de corazón y pensé en usted, lo pinté y le puse la frase “te quiero mucho”, también le traía mangos, pero me los comí».

La profe, muy emocionada por el detalle, salió en busca de Juan y le dio un abrazo. Tiempo después, el joven inquieto empezó a cumplir con su promesa, ya que lo obligaba una nueva situación, se había enamorado. Una niña nueva había llegado al colegio; apenas la vio, su corazón empezó a latir tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho. Fue amor a primera vista. Juan le comentó a su amigo lo sucedido, le dijo:

—¡He conocido a la niña más linda del mundo! Su cabello rojo, sus ojos azules y sus labios me tiene hipnotizados. ¡creo que me he enamorado!

—Juancho, ¡qué alegría escucharte decir eso! —le dijo Pedro—. Es la primera vez que te veo tan feliz e interesado verdaderamente por alguien. Pero no creo que esa niña pueda fijarse en ti, es muy probable que los chismosos le cuenten tus travessuras.

—Yo voy a hacer todo lo posible por cambiar y ser una mejor persona. Ella va a ser la madre de mis hijos.

Pasados varios días, Juan mostró mejoría en su comportamiento. Los profesores estaban sorprendidos. Era uno de los chicos que más participaba; y así logró llamar la atención de aquella joven. Ella empezó a observar a Juan como un joven sonriente, que demostraba ser muy brillante. Él, cada día, le escribía una carta de amor y poco a poco conquistó su corazón, y así todo

empezó a ser diferente a tener más sentido en su vida. Las travesuras ya eran cosas del pasado.

Jóvenes como Juan se quedan en nuestro corazón y a diario nos piden un poco de atención; sus acciones pueden ser formas de pedir auxilio; si moldeamos corazones, construimos actos de enseñanza y aprendizaje para que los seguimientos académicos sean más significativos.

El acto de resignificar los planes de estudio es una tarea constante, cada año hay nuevos formatos, directrices y adaptaciones nuevas. En la institución se continuó con las mesas de trabajo por área a nivel municipal. Después se realizó una actualización con una nueva tutora, con quien se fortalecieron los lazos de amistad con nuevos colegas y se unificaron responsabilidades. Es gratificante conocer la variedad de pensamientos, el trabajo en equipo y los retos que nos traen nuevos conocimientos. Ahora el trabajo iba enfocado a actualizar los planes de estudio teniendo en cuenta los estándares de calidad, los derechos básicos de aprendizaje, competencias básicas, especificar los logros, indicadores de logros, criterios de evaluación, planes de profundización, nivelación, recuperación y los proyectos transversales. Los docentes que año tras año participamos en la construcción y resignificación de los planes de estudio estamos a la expectativa de nuevos cambios y adaptaciones, no podemos decir que terminamos. Ahora el diseño pedagógico, las prácticas pedagógicas, la gestión de aula y el seguimiento académico deben responder a las competencias del siglo XIX.



Mi confrontación con la escuela rural

Ángel Bibiano Olvido Santos

Institución Educativa Rural La Comarca
anbos74@hotmail.com

En mi primera experiencia como docente rural choqué con mis imaginarios. Venía de ser profesor en la educación privada, urbana, con una población escolar de clase media, que llegaban a la escuela en sus vehículos familiares o en su propia bicicleta o motocicleta; mi presentación impecable: zapatos bien lustrados y la camisa bien planchada.

Salgo de casa un domingo al mediodía y recorro en un UAZ durante tres horas por un camino destapado, con las dificultades propias de este tipo de caminos. Al llegar al lugar indicado, empieza mi choque con la realidad: un poblado pequeño de población mestiza, muchos burros y mulas amarrados en la pequeña plaza. Hospedado por un maestro que me recibe con los brazos abiertos y una gran sonrisa, mientras que en mi rostro unas lágrimas se avistan: «Bienvenido, profe, se puede quedar en mi casa, mientras encontramos dónde ubicarlo», fueron sus palabras mientras me sonreía.

A la mañana del lunes llego al colegio con mis zapatos brillantes y mi camisa tan estirada que parecía almidonada. Me encuentro con «Lucho» y «Maño», dos docentes de secundaria que me reciben efusivamente, como si me conocieran de toda la vida. Agradecido con ellos, pero extrañado por no ver a los otros docentes, pregunto por la sala de profesores y los demás profesores que atienden los grados sexto 1, sexto 2, séptimo 1, séptimo 2 y octavo. ¡Vaya sorpresa! Me responden: «Somos nosotros dos y usted que llega. Ahora somos tres. A los otros también nosotros los esperamos». Acto seguido nos sentamos a organizar para atenderlos. Era el 11 de mayo. Les dije que llego nombrado por matemáticas, pero tengo una Licenciatura en Educación Religiosa y Ética. Nos repartimos las asignaturas entre los tres y luego le informamos al rector que atenderemos los niños con la mayor cantidad de asignaturas mientras llegan los otros docentes.

Al encontrarme con los estudiantes se da el otro choque, acostumbrado a estudiantes que hablaban en todo momento, que no siempre respondían de forma respetuosa y encontrarme con unos rostros que me miraban con cierto asombro y que se quedaron en absoluto silencio mientras yo me presentaba, me quedé perplejo, con un cambio considerable en mi formato. En ese momento opté por cambiar la dinámica de la presentación y me senté con ellos debajo de un árbol de mango que, entre otras cosas, se usaba como un espacio de clases a falta de aulas para atender a los estudiantes.

Empecé por escucharlos. Los primeros respondieron con mucha timidez. Les hacía preguntas mientras los miraba a los ojos, algunas preguntas jocosas rompieron el hielo —una de ellas es: ¿casado o soltero?—, despertaron las risas. Esto permitió que cada uno narrara su propia travesía para llegar al colegio. En su mayoría contaron que caminaban dos horas, cargaban agua del pozo en la tarde, que generalmente está retirado de la vivienda, para poderse bañar y realizar las labores de la casa, entre otras propias del campo. Desayunaban a las 4:00 a. m., los privilegiados podían llegar en burro u otro equino, los demás, solo infantería mientras iba cantando a pasos de gigantes, comiendo guayabas u otros frutos que encuentran en el camino. Ese día les di mi palabra de que haría todo lo posible por conocer sus veredas.

El primer cambio que se generó en mí fue contextualizar la escuela. Me prometí que me haría más cercano a los estudiantes y sus familias. Estuve presto para escuchar todo el tiempo y preparar mis clases teniendo en cuenta sus experiencias. Tuve que vivir todo un proceso de adaptación, de encontrarle un nuevo sentido al ejercicio de la docencia como forma de vida.

Durante seis años recorrí cada vereda aledaña a mi institución, que por ser un colegio fronterizo con otro departamento —Córdoba— y con tres municipios diferentes, me dejó como herencia una riqueza cultural, otra forma de hacer escuela y de hacer patria porque mis experiencias de clase se extendieron hasta sus familias.

Recordaré por siempre que las aulas «improvisadas» en las que trabajé varios años, sin paredes, con la tierra como piso, las construimos con ellos, los padres y los alumnos, que en medio de chistes y risas pusieron cada palma, cada clavo y cada madero que sirve de columna y estructura.

Aprendí que cada actividad de la escuela es una fiesta del corregimiento y sus veredas —Festival del Dulce, Fiesta de las Regiones, Semana de la Paz y los Valores, actos de graduación, entre otros—. Aprendí que cada viernes debía recibir con gratitud los frutos que desinteresadamente me obsequiaban.

Después de cinco años de haber salido de la I. E. R. Buenos Aires, del municipio de Arboletes, le sigo dando gracias a la vida por cada lágrima que quedó en el camino mientras amasaba el barro para llegar al colegio o a casa.

Agradezco por cada mensaje que me dice: «Eso que usted me dijo...». La mayoría de las veces no me acuerdo de qué dije, pero me hace sentir que este trabajo tiene sentido. Recuerdo las palabras de Luis Ignacio Garibaldi Lezama: «Las palabras del maestro llegan más lejos de lo que él piensa, sus palabras tienen poder». Espero que las mías hagan más bien que mal. Cada encuentro en alguna parte, con estos chicos y sus familias, le da sentido a mi estadía en ese lugar. Ver que los estudios superiores se hicieran realidad para muchos de ellos ¡no tiene precio!

Después de esta maravillosa experiencia llego a otra institución rural, con unas características diferentes, en la zona costera, población afro en su mayoría, pero que en lo esencial siguen conservando los rasgos comunes de las personas del campo, que en la parte final esbozaré. Llego a ocupar el cargo de directivo docente coordinador en la I. E. R. Uveros, del municipio de San Juan de Urabá. Me reciben con bullerengue y la expresión alegre, propia de la gente de zona costera. Mi estadía en este lugar también está rodeada de grandes aprendizajes que ameritan un escrito aparte o quizá una canción de bullerengue que está haciendo eco en mi mente.

En el 2019, la Secretaría de Educación de Antioquia me encarga de la rectoría de la Institución Educativa Rural La Comarca, en Necoclí. A hoy 31 de agosto de 2020, sigo en este bello espacio. Encuentro una comunidad educativa conformada por familias de diversos orígenes. El jefe de núcleo referencia a los estudiantes como los más respetuosos de su entorno, y sí que han hecho gala de esa referencia.

Esta es otra experiencia, otro reto junto a un equipo docente comprometido, que amasa el barro a la par con sus comunidades, que refleja eso que marca la diferencia, porque además del trabajo del aula, de la pedagogía, está también el trabajo de escuchar, de acompañar la labor comunitaria, de ser enlace en los centros rurales. La Comarca tiene siete sedes y vivimos el reto de hacer las adecuaciones necesarias para cada una, con escasos recursos. Recibimos una frase que pusimos a prueba desde el principio, nos dijeron: «La gente acá no colabora, no se desgaste en eso». Pudimos desmentir letra a letra esa premisa porque todo lo hemos hecho con ellos, no solo para remodelar edificios y cercas, sino para hacer Escuela de Padres en cada convite que hacemos, esta también es otra forma de hacer escuela.

Es una experiencia nueva poder dirigir y acompañar la resignificación del PEI y los otros documentos institucionales. Me sigo confrontando con los ideales y con los resultados de la prác-

tica docente en el espacio rural. En los tres espacios he ocupado roles diferentes, y en los tres he tenido que reevaluar mis prácticas, confrontar mis aprendizajes, pero no he dejado de disfrutar el ser maestro de campo. Es muy diferente ser maestro de aula, otra ser coordinador y muy diferente ser rector, de lo que estoy seguro es de que, independientemente del rol que ocupe en la escuela, el maestro debe estar consciente de que su experiencia se debe reevaluar en cada contexto, porque su trabajo hace la diferencia, debe mostrar otra forma de vivir.

En un país de luchas, de confrontaciones en las que el campesino ha sufrido todas las formas posibles de violencia, la escuela se convierte en lugar de esperanza, garantiza la inclusión social y la equidad.

También he aprendido y he confrontado, en estos tres lugares y roles, que es indispensable el diálogo de saberes entre la escuela y su contexto para construir experiencias significativas. Esta confrontación nos invita a sistematizar, dar a conocer y valorar la labor que hacemos en la cotidianidad.

Quisiera expresar todas las ideas que en mi mente surgen al escribir este relato, pero no es posible porque perdería sentido, dejaría de ser una experiencia y se convertiría en otra cosa. Hacer este ejercicio me motiva y espero haber dado a conocer la experiencia con un artículo sustentado, que pueda ser apreciado y criticado por la comunidad educativa.

Finalizo diciendo que lo vivido en la Salle me hizo maestro, pero con el ejercicio en la zona rural tuve la certeza de que mi vida se completa en la escuela.



Armando bochinche

Ana Paola Barreto Vergara,
Aracely Torres Ibarra
María Lenys Serna

Institución Educativa Rural Mulatos
malese828@hotmail.com / iermulatos@hotmail.com

*«El trabajo más productivo es el que sale de las manos de una
persona contenta.»*

Víctor Pauchet

En nuestra escuela los maestros antiguos extrañaban los momentos de felicidad, al recordar las reuniones o las salidas pedagógicas que se organizaban para salir de la rutina académica, pues los tiempos fueron cambiando y los ánimos también...

Fue entonces, cuando un grupo de docentes de diferentes áreas del conocimiento y directivos docentes de la institución, en el 2016, nos dimos la tarea de conformar un equipo de Bienestar Social, con el objetivo de organizar una serie de actividades lúdicas, pedagógicas, recreativas y celebraciones que contribuyeran a fortalecer y crear los lazos de amistad, hermandad, unión y sinergia para mejorar el clima organizacional y laboral de la comunidad educativa de la I. E. R. Mulatos, de Necoclí.

Indiscutiblemente, en nuestra institución, como en todo establecimiento educativo, en medio de la labor docente compartimos con personas de diferentes regiones del país, cada una con sus costumbres, tradiciones, visiones de mundo, lo que hace que de alguna manera existan subgrupos, falta de integración, individualismos, ausencia de sentido de pertenencia y solidaridad, de sentirse y ponerse en los zapatos del otro. Todo lo anterior, en diversos momentos y situaciones, desataba una tormenta de emociones que afectaba la sana convivencia y las relaciones interpersonales dentro y fuera del establecimiento educativo.

Llevar a cabo este proyecto resultó ser un gran reto para el equipo de trabajo; enfrentarnos a un grupo de maestros, algunos

dispuestos, otros difíciles, complicados, reacios al cambio, negativos. No fue tarea fácil, pues los encontramos de todo tipo. Sin embargo, ahí estábamos nosotras apostándole a esta iniciativa de integración.

El objetivo del proyecto estaba basado en la realización de actividades y agasajos internos con motivo de fechas clásicas, despedidas, cumpleaños, Día de la Madre, del Padre, del Docente, del Amor y la Amistad, salidas pedagógicas; en las que se recolectaba una cuota mensual para obtener fondos y así realizar las actividades planeadas. Los directivos colaboraban con aportes económicos e inaugurando los espacios para desarrollar la actividad.

Entre estas se puede citar la celebración de los cumpleaños de los maestros —que se hacía por trimestres—; se armaba el «bochinche» después de la jornada académica con globos, almuerzo, decoración, torta, comida, serenata, regalos, entre otros agasajos. Para las salidas pedagógicas, o festejos de amor y amistad y despedidas de año, se cotizaba algún sitio por fuera del corregimiento, ya fuera en Necoclí o Arboletes, para la realización de las actividades académicas, lúdicas, de sano esparcimiento, compartir el almuerzo y pasar un día agradable en compañía de todos. Para el Día del Maestro se daba un pequeño detalle, invitación a almorzar, serenatas. Para el Día del Género nos trasladábamos a un establecimiento frente a la playa en Necoclí, los hombres organizaban la agenda para homenajear a sus compañeras, al igual que las mujeres brindaban un espacio de celebración a sus compañeros. Se hacían concursos, regalos, fonomímicas, detalles, almuerzo, baile, poesía, serenata, entre otras actividades.

La celebración de las despedidas de nuestros compañeros también era muy significativa; se preparaban anchetas, carteles con mensajes de todos los docentes, videos con fotografías y recuerdos de su labor en la escuela y, lo más importante, el legado que quedaba en la institución.

La realización de todas estas actividades llenaba nuestros corazones de alegría porque brindábamos lo mejor de nosotras, le poníamos pasión para que todo saliera según lo planeado. Sin embargo, existieron momentos en los que nos quisimos retirar o renunciar a las actividades debido a la apatía que mostraban algunos docentes con las actividades que se realizaban, se molestaban cuando les tocaba quedarse minutos más de su jornada laboral para compartir la actividad, se mostraban reacios a dar un mínimo de cuota que se les pedía, a veces parecía que no sentían ese espíritu de agradecimiento por compartir con sus compañeros.

A raíz de todo, lo sentido y vivido en cada una de las actividades que realizábamos, nos fuimos llenando de sinsabores, des-

ánimo, sentimientos encontrados, porque a pesar de los esfuerzos, en muchas ocasiones se percibía un ambiente desagradable por algunos docentes. Cometimos el error de abandonar el proyecto y las actividades por un tiempo. Durante ese año hizo falta esa oxigenación a los docentes y a la institución, el ambiente se tornó un poco frío, cada uno por su lado, solo se compartían los horarios laborales, se veía individualismo y hacía falta esa chispa del «bochinche» encendido una vez más.

En vista del impacto que el proyecto había generado en la comunidad educativa, los docentes se mostraban inquietos y reclamaban los espacios perdidos. Así mismo, el deseo y la motivación de los directivos para que las actividades continuaran, nos llevaron a retomar la tarea, con el único fin de contribuir con un buen clima laboral y de sana convivencia, aportar desde nuestras capacidades sociales y de gestión para brindar un rato ameno en espacios diferentes al aula de clase.

Vale la pena decir que el docente que se aleja de su hogar para servir a una comunidad, en la mayoría de los casos, convierte a compañeros de trabajo, padres y estudiantes de la institución en su familia adoptiva, dejando de lado la realidad o la estructura social que lo ha rodeado o a la cual pertenece, escapando así a la soledad, al miedo cuando los conflictos sociales se tornan difíciles, buscando, quizás, un refugio, una acogida en medio de un mundo que le es ajeno, que se debe hacer vivible y ameno.

Así pues, se volvieron a retomar las actividades del proyecto con conocimientos de base y la aceptación de los compañeros de la institución, quienes se incorporaron a tal punto que muchos de ellos eran nuestros coequiperos en el desarrollo de las celebraciones. Todo esto nos llevó a lograr mejores resultados porque se hizo un trabajo colaborativo que buscaba el bienestar, la convivencia integral y socioafectiva de toda la comunidad educativa.

Esta experiencia significativa fortaleció las relaciones interpersonales, el trabajo en equipo, la unión, la integración, la colaboración entre pares, generando procesos dinamizadores y de compañerismo que permitieron olvidarnos por unos momentos de tantas dificultades que se afrontan en esta bonita pero ardua labor, sobre todo, en las zonas rurales.

Finalmente, este proyecto el que un día llamamos Armando Bochinche en la Escuela, continúa desarrollando y proponiendo actividades, generando espacios de integración, de felicidad, para que esos lazos de amistad y de hermandad se hagan más fuertes cada día y así, desde nosotros, poder brindar lo mejor al resto de la Comunidad Educativa Rural Mulatos.



Otra mirada a la inclusión educativa

Aracely Torres Ibarra

Institución Educativa Rural Mulatos
aracelytorres18@gmail.com

«Las personas con necesidades educativas especiales debe tener acceso a las escuelas ordinarias, que deberán integrarlos en una pedagogía centrada en el niño, capaz de satisfacer esas necesidades».

Confucio. Declaración de Salamanca (Unesco, 1994)

Hace algunos años se han venido produciendo cambios y transformaciones en el sistema educativo colombiano, desde la perspectiva de la educación inclusiva, respondiendo a un concepto ideológico con miras a que todas las personas, sin distinción de raza, sexo, cultura, religión o etnia, puedan ejercer sus derechos a una educación de calidad, adaptada a sus características y particularidades, postulando así la necesidad de que niños, niñas, adolescentes y jóvenes se eduquen en un espacio más socializador, de convivencia y lo más desarrollado posible, que permita una integración más humana en la que se respeten la diferencia y las particularidades personales, en aras de crear una sociedad más justa y más incluyente, donde todos y todas quepamos sin ninguna clase de discriminación.

En 2015, con la participación de docentes y directivos docentes de la Institución Educativa Rural Mulatos, municipio de Necoclí, subregión de Urabá, surge la necesidad de responder al reto educativo al que se enfrentaron de la noche a la mañana los docentes de la institución, quienes sin más preparación que la formación propia de su área, para atender a poblaciones en condiciones «normales», asumimos el reto de acompañar en el proceso, no solo de aprendizaje, sino también de «socialización», a niños, niñas y adolescentes que miran, oyen y aprenden de manera «diferente» al resto de estudiantes a los que estábamos acostumbrados; que fueron catalogados como población con

necesidades educativas especiales (NEE) o con barreras para el aprendizaje, pero que aman y sienten las mismas necesidades de cariño y atención que, por naturaleza, requerimos todos los seres humanos.

Se hacía necesario adelantar un proceso educativo de calidad a este tipo de población que venía siendo discriminada, asilada y vulnerada en sus derechos por las mismas condiciones propias del contexto cultural y socioeconómico de la región; una zona en la que han primado la violencia, el conflicto y el desplazamiento, y en la que convergen múltiples problemas de importancia como el tráfico de droga, el inicio temprano de la vida en parejas o las relaciones maritales entre miembros de una misma familia, siendo más difícil para la mujer el proceso de la crianza y educación de los hijos y dando lugar a la aparición marcada de problemas genéticos. A nivel institucional, en aras de suplir necesidades de cobertura, se realizaban procesos de admisión que no tenían en cuenta las características y las necesidades particulares de esta población.

Se calculan, para esta época, aproximadamente 1050 estudiantes, con un promedio de 41 estudiantes distribuidos en las siguientes características: 22 con discapacidades cognitivas, 10 con discapacidad física, 9 con discapacidades múltiples, entre los que se cuenta 0,35 % de la población de la institución.

Poco a poco, la institución ha venido haciendo conciencia e incorporando en la práctica los principios institucionales en la formación de educandos con actitudes y aptitudes, valores y condiciones que contribuyan a lograr la convivencia pacífica y democrática, en un ejercicio armónico que, articulado con la Ley 1618 de 2013, como derrotero para la elaboración y los ajustes al manual de convivencia en todo lo que respecta a los derechos y deberes, ha dado un giro en la forma como se asumen las responsabilidades de la institución y de los docentes frente a la dinámica escolar, en las que se cuentan la transformación de las prácticas pedagógicas para apoyar la construcción de ambientes de aprendizaje y potenciar la participación, la inclusión, la equidad y el trabajo colaborativo en la formulación de estrategias para hacer del currículo algo más flexible, que atienda a las necesidades y los intereses de los alumnos.

Así, por ejemplo, desde el área de Educación Artística y Cultural se ha venido trabajando el desarrollo de la motricidad fina, el gusto por la estética, la coordinación, el entrenamiento auditivo y vocal con expresiones como la pintura, la música, el moldeado, entre otros. En el área de Humanidades Lengua Castellana, la lectura y la representación de escenas de textos y de la vida cotidiana, a fin de desarrollar procesos creativos e interpretación del contexto.

En Emprendimiento con el desarrollo de competencias laborales mediante el aprovechamiento de los recursos que ofrece el medio y material reciclable; con el desarrollo de habilidades que permiten el cumplimiento de tareas sencillas como el apoyo al servicio del restaurante escolar donde se generan estímulos y reconocimiento a su labor.

En el área de Ciencias Naturales a través del proyecto de medio ambiente y huerta escolar, donde se aprende en interrelación con la naturaleza el cuidado del medio ambiente, a través de la reproducción de endémicas —manglar— y la producción y el cultivo de algunas hortalizas.

Desde las áreas de Cátedra de la Paz y Ciencias Sociales, la socialización y representación de valores y la resolución de conflictos. En el área de Ética la integración social y la representación de los valores, dándole cabida a la Semana de los Valores Institucionales.

Esta experiencia se encuentra articulada al área de gestión académica en el proceso de gestión de aula y de seguimiento académico en los componentes de planeación de clases y diseño curricular y en los indicadores de planeación y de apoyo pedagógico a estudiante con necesidades educativas especiales, respondiendo a procesos de inclusión en la diversidad, supervisados por un grupo de apoyo de la institución del cual hace parte la docente de apoyo, la docente orientadora y los docentes que acompañan el proyecto de inclusión.

Con base en los lineamientos del Ministerio de Educación Nacional y de la Unesco, frente a la integración escolar, se implementaron estrategias cuyo propósito es garantizar la inserción social y el reconocimiento de los derechos fundamentales de niños, niñas y adolescentes para reafirmar su acceso a la educación sin importar su condición, integrando a toda la comunidad educativa en actividades lúdico-pedagógicas, proponiendo, para tal fin, una didáctica que utiliza el juego y el arte como herramientas, y que rescata la potencialidad de los actores del proceso alrededor de su capacidad.

Desarrollar esta propuesta ha tomado aproximadamente cuatro años de trabajo. Los primeros doce meses fueron los más difíciles, al encontrar resistencia en la comunidad educativa con respecto a la necesidad de hacer ajustes en los procesos del aula para lograr un trabajo inclusivo, y en los padres de familia, a creer en la posibilidad de desarrollo de ciertas habilidades y competencias en sus hijos y a la aceptación de barreras, más en el entorno familiar, social y cultural, que en las biológicas, fisiológicas e intelectuales.

Para atender las demandas de material didáctico que permita la enseñanza-aprendizaje de estos estudiantes, se ha tenido que elaborar con el recurso de estos y a veces con un ejercicio de

ensayo y error hasta obtener los recursos pedagógicos adecuados. Por otro lado, ante la pérdida de los procesos en los niños con mayores dificultades, quienes avanzan y retroceden, debido a las temporadas en que se encuentran desescolarizados, es evidente que la persistencia es la clave para no desfallecer en el objetivo.

Asimismo, no es posible avanzar si no se cuenta con el apoyo de las familias, directivas, docentes de aula de los diferentes grados. Es por eso por lo que lograr la planificación de lecciones compartidas entre los docentes, reconociendo sus diferencias, experiencias, enfoques y necesidades, se ha convertido en una fortaleza para sostener el proyecto cuando alguno de los otros actores falla.

Ahora bien, se han convertido en recursos adicionales, capitalizados a favor de esta experiencia, la formación a los docentes en «Atención a estudiantes con necesidades educativas especiales en contextos de ruralidad», dirigido por el Tecnológico de Antioquia de Medellín, en 2017; seminarios y talleres sobre el Decreto 1421 de Plan Individual de Ajustes Razonables (PIAR), como estrategia y apoyo pedagógico a los maestros para materializar la inclusión y planear sus actividades. Del mismo modo, las capacitaciones de la Secretaría de Educación, operada por la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia en la Red de Lenguaje, donde se han recibido apoyos pedagógicos que han permitido la implementación de iniciativas de trabajo conducentes al logro de los resultados esperados. Precisamente, en estos espacios ha sido posible la socialización de esta, primero, en el Encuentro de Maestros y Maestras, en agosto de 2015, en Medellín; en el espacio del Encuentro con las Letras, en 2016, y, posteriormente, en el municipio de Necoclí en el curso de «Estrategias didácticas para la elaboración e interpretación de textos en el aula de clase», en abril de 2016, evento en el que fue acogida la propuesta para la realización del video «Inclusión en el aula», en 2017, dirigido por Laura Areiza, integrante de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia en la Red de Lenguaje.

Estos reconocimientos han ido en paralelo con los obtenidos por la comunidad educativa en diferentes momentos de la vida institucional, como la semana de los valores institucionales, semana de trabajo institucional y actos cívicos.

Como estrategias de convivencia para el buen clima institucional y para garantizar la permanencia y la continuidad de la experiencia, se puede citar:

1. Socialización y disposición permanente en la biblioteca de un banco de material didáctico —físico y audiovisual— para el trabajo de los docentes.

2. Proceso de construcción de un currículo ajustado a las necesidades educativas especiales.

3. Elaboración del PIAR por cada estudiante con los objetivos y las metas que debe alcanzar a lo largo del grado escolar. Estas metas se fijaron teniendo en cuenta los Estándares Básicos de Competencias (EBC) y los Derechos Básicos de Aprendizaje (DBA), para cada grado y para cada área del conocimiento.

4. Apropiación de la Red de Lenguaje de la Institución como dinamizadora inicial de los procesos básicos de lectura y escritura en los estudiantes con Necesidades Educativas Especiales.

5. Articulación del proyecto musical de la institución, que permite la participación en salidas pedagógicas programadas por otras instituciones y la experiencia de trabajo con los estudiantes que presentan discapacidad múltiple.

6. Actividades familiares en las que, además de docentes y comunidad educativa, deben estar presentes los padres y las madres de los estudiantes —talleres, cuentos y películas que abordan la diferencia desde otro ángulo—.

Este proyecto se sostiene con recursos de la institución, para ello, se han movilizad los recursos pedagógicos existentes en favor de la enseñanza y el aprendizaje y la participación de los niños con NEE, buscando así garantizar su permanencia y continuidad.

Del mismo modo, esta experiencia se evalúa constantemente con las actividades que se realizan en los diferentes eventos desde el aula de clase y fuera de ella. El propósito de la evaluación es determinar si los objetivos y los contenidos responden o no a las necesidades diarias de cada estudiante y si se están alcanzando los objetivos de la manera más efectiva y qué cambios se deberían efectuar. Posteriormente, se hace seguimiento al docente para ver de qué forma está asumiendo el papel de integrador y socializador de la inclusión en el aula de clase.

Igualmente, los criterios para tener en cuenta en las actividades son:

1. Ficha de seguimiento del estudiante con la información —diagnóstico del especialista— con la discapacidad identificada.

2. Grado de aceptación del niño dentro del grupo en la realización de las actividades.

3. Habilidad del estudiante para realizar la actividad de acuerdo con su diagnóstico, estudiante y maestro en un acto en el que confluyan «saberes», «haceres» y «sentires» y donde los protagonistas —estudiantes con NEE— asumen su identidad particular.

Finalmente, se hacen las observaciones pertinentes. De igual importancia, el impacto de esta experiencia genera los siguientes resultados:

1. El cambio en el manejo del lenguaje usado por la mayor parte de la comunidad educativa con respecto a los estudiantes con NEE, de uno que agrede, se burla, discrimina y ridiculiza, a un lenguaje amable que reconoce potencialidades y talentos alternos a otros propios del conocimiento como la matemática, por ejemplo.
2. Inclusión donde se reconoce su capacidad de servicio y, por consiguiente, se valora su trabajo.
3. Niños, jóvenes y adultos que ven la institución educativa como un apoyo social, afectivo y efectivo.
4. Reducción de la exclusión de los estudiantes en el aula.
5. Acompañamiento de los padres de familia a sus hijos.

También se puede evidenciar en los estudiantes mejoras en los procesos de lectura, escritura, habilidades sociales como: interrelacionarse con otros, hablar y expresarse en público, el cuidado por la naturaleza, la resolución de conflictos y la responsabilidad compartida.

En resumen, una vez iniciado el programa se vio un proceso de exclusión en el que aquellos niños con bajo rendimiento fueron etiquetados con dificultades y aislados; poco a poco se ha desarrollado un proceso para atender las deficiencias. Se generaron bajas expectativas sobre su aprendizaje, siendo necesario luchar contra percepciones y creencias infundadas de algunos docentes, quienes no consideraron la posibilidad de atender dichas necesidades por sentirse impotentes y sin herramientas pedagógicas.

En principio se creyó en la necesidad de hacer un currículo diferenciado y de ayuda a los estudiantes que presentan estas condiciones especiales, siendo aislados de sus aulas. Poco a poco, se ha visto la necesidad de hacerlos partícipes porque más que incluirlos, los estaban excluyendo. Se tenían actitudes y prácticas discriminatorias.

Esta experiencia ha logrado fomentar las relaciones marcadas por el respeto hacia las diferencias, el reconocimiento del otro como un interlocutor válido y como participante activo en la vida institucional y social con sus propias potencialidades y talentos, lográndose un espacio dinamizador, de sana convivencia entre pares y, finalmente, formando a niños, niñas, jóvenes y adolescentes en actividades de destrezas y normas para la vida diaria.



Paz y conflicto pensado desde la escuela

Aracely Torres Ibarra
Óscar Leonardo Hurtado
Kelly Zair Diz Cuesta

Institución Educativa Rural Mulatos
cocohol28@hotmail.com / iermulatos@hotmail.com

«Una cultura política democrática y participativa debe contribuir a la igualdad entre ciudadanos y ciudadanas, al humanismo, la solidaridad, la cooperación social y a dar un manejo transparente a la gestión pública proscribiendo las prácticas clientelistas y la corrupción. Adicionalmente, fomentar el tratamiento de los conflictos a través de los mecanismos que brinda la política, proscribiendo la violencia como método de acción política».

Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera; Punto 2, Participación política, 2.3.5 Promoción de una cultura política democrática y participativa.

La trayectoria laboral me ha llevado a tener experiencia como maestro y trabajar en el campo con el proceso de reincorporación de los excombatientes de las FARC-EP y el proceso de reintegración de los desmovilizados de las AUC, tener de cerca la realidad de las personas y esa inexcusable ausencia del Estado me ha ayudado a comprender y reconocer la importancia de la educación para la construcción de sociedad.

En el 2018, cuando ingreso a la Institución Educativa Rural Mulatos, de Necoclí, como docente del área de Filosofía y Ciencias Sociales y aprovechando mi experiencia anteriormente mencionada, convoqué a un grupo de docentes que dictaban también esta área para que me apoyaran en la idea de llevar a las aulas de clase un proyecto que orientara a los estudiantes en convivencia, conflicto y paz, a raíz de los conflictos entre pares y del desconocimiento que se veía en la institución sobre estos temas.

Iniciamos un proyecto como trabajo de aula inicialmente, con los grados de sexto a once. Esto implicó el ajuste del Plan de Unidad en el área de Cátedra de la Paz, teniendo en cuenta los ejes temáticos desde las categorías de la paz: convivencia pacífica, que comprende la resolución de conflictos y la prevención del acoso escolar; participación ciudadana, que comprende la participación política y los proyectos de impacto social; diversidad e identidad, que comprende diversidad y pluralidad y proyección de la riqueza cultural de la nación; memoria histórica y reconciliación, que comprende historia de los acuerdos de paz nacionales e internacionales; desarrollo sostenible, que comprende el uso sostenible de los recursos naturales y la protección de las riquezas naturales de la nación, y ética, cuidado y decisiones, que comprende justicia, derechos humanos, dilemas morales, proyectos de vida y prevención de riesgos.

Del mismo modo, se organizaron una serie de actividades para cada grado con los temas de historia del conflicto armado en Colombia; haciendo un recorrido lineal por la historia construida a partir de cada periodo presidencial y las políticas frente al conflicto armado y sus actores, cerrar la planeación con la reflexión acerca de la importancia del Centro de Memoria Histórica y los esfuerzos por la paz y la reconciliación, conflicto armado interno de Colombia entre (1990-2002), conflicto armado interno de Colombia en el siglo XXI (2002 hasta la actualidad), víctimas y efectos del conflicto.

Ahora bien, cada actividad acarrea una serie de proyecciones, participaciones tanto de los docentes desde el área de Cátedra de la Paz, como otros docentes desde las diferentes áreas del conocimiento, directivos de la institución y las familias que también hacen parte de nuestro núcleo institucional. Dentro de las actividades que se realizaban hacíamos conversatorios, plenarios, puestas en escenas, videos, canciones alusivas a la paz y al conflicto y charlas con apoyos psicosociales.

Del mismo modo, se aprovechó el espacio con la asignatura de cátedra de la paz; también la Ley 497 de 1999, en la que se establece la creación de los Jueces de Paz; Ordenanza 022 del 29 de agosto del 2017, resolución 2019 060 144330 del 15 de julio de 2019, Ley 1620 de 2013, que crea el Sistema Nacional de Convivencia Escolar y Formación para el Ejercicio de los Derechos Humanos, la Educación para la Sexualidad y la Prevención y Mitigación de la Violencia Escolar y el Decreto 1965, por el cual se reglamenta la Ley 1620 de 2013, que crea el Sistema Nacional de Convivencia Escolar y Formación para el Ejercicio de los Derechos Humanos, la Educación para la Sexualidad y la Prevención y Mitigación de la Violencia Escolar.

Es así, como se da inicio al proceso de sensibilización con toda la comunidad educativa de la I. E. R. Mulatos en torno a:

¿qué es un juez de paz escolar?, ¿qué beneficios aporta la justicia de paz escolar?, ¿quién puede ser juez o jueza de paz escolar?, ¿qué tipos de casos ayuda a resolver?, ¿qué hace el juez de paz por sus compañeros y por su escuela?, ¿las conciliaciones?; competencia del juez; marco legal, funciones, perfil, deberes, ruta para su elección en la I. E. R. mulatos.

Después del proceso de sensibilización con toda la comunidad educativa, con apoyo de la docente orientadora, se da inicio a la elección de cada juez de Paz, en los diferentes grados de la institución. Surtida su elección, proseguimos a centrarnos en el trabajo de capacitación a los elegidos en temas como: faltas tipo uno según el manual de convivencia, qué es una conciliación, promoción del diálogo como herramienta para la solución de conflictos, entre otros.

En compañía de la docente orientadora nos planteamos las posibles problemáticas que tendría el juez de Paz de cada salón y para esto creamos una herramienta de trabajo en la que podría registrar cada intervención y el proceso de conciliación realizado con los compromisos por parte de las partes implicadas. Es así como se le entrega a cada juez de Paz una carpeta que contiene una hoja explicativa donde se indica qué son las faltas tipo uno, cuáles son las responsabilidades del juez de Paz y las actas para registrar los procesos de conciliación.

Durante el acompañamiento y el seguimiento al trabajo de los jueces de Paz, encontramos múltiples dificultades, como la petición de renuncia de muchos de ellos, ya que sus compañeros los tildaban de «sapos» del salón. Esto motivó a intensificar el acompañamiento a los jueces de Paz y, en un principio, todas las actuaciones de ellos eran acompañadas por el docente encargado. Con el pasar de los días los estudiantes se empezaron a habituar a la presencia del juez de Paz y a aceptarlo como una parte conciliadora de los conflictos en el aula de clase, con esto se empiezan a notar cambios positivos, ya que disminuyeron los conflictos presentados a los propios maestros y en coordinación.

Sumado a esto, y quizá el proceso más importante del proyecto fue el cambio de los estudiantes sobre la imagen del juez de Paz, porque vieron en el diálogo una mejor forma de solucionar sus conflictos, sin tener que llegar al castigo por parte de una autoridad —docente, coordinador o rector—.

Desde la propuesta en Cátedra de la Paz y los Jueces de Paz, como I. E. R. Mulatos intentamos apostarle a la formación de ciudadanos críticos y reflexivos frente a la realidad violenta que nos abruma, pero que se puede cambiar con educación.

En suma, la realización de este proyecto generó en los estudiantes de nuestra institución, una conciencia participativa en pro de la sana convivencia y la solución negociada de conflictos.

en aras de alcanzar la paz. Fomentó el proceso de apropiación de conocimientos y competencias relacionados con la democracia, la participación y sus mecanismos, con el propósito de reconstruir el tejido social, promover la prosperidad general y garantizar la efectividad de principios, derechos y deberes consagrados en la Constitución Política y, finalmente, la apropiación de los cuatro pilares planteados por Delors en educación para el siglo XXI: «aprender a conocer, aprender a ser, aprender a hacer y aprender a convivir».



En cuánto está tu optimismo

Elkin Darío Quintero Morales ■
Institución Educativa Rural Mulatos
edquinte@bt.unal.edu.co

■ El maestro nace o se hace? Esta podría postularse como una de las preguntas vitales que debe hacerse un maestro de escuela en cuatro diferentes etapas: cuando está en su papel de estudiante escolar, durante su formación profesional, ejerciendo la profesión en un establecimiento educativo y cuando da un paso al costado en la academia. En esa tercera etapa, un verdadero maestro in situ debe reconocer su verdadero papel como mediador de aprendizajes, investigador en proyectos educativos y gestor en el entorno educativo, mediado por una práctica pedagógica influida desde varios componentes de la gestión académica, con el único fin de construir el perfil deseable de sus estudiantes, que aprendan y desarrollen las competencias necesarias para su desempeño personal, social y profesional. Sin embargo, ¿dónde queda el desarrollo personal, social y profesional de un docente en ejercicio para seguir motivado y continuar transformando vidas? ¿La confianza en su vital labor, se fortalece en la relación pedagógica con sus alumnos o desde la relación pedagógica con sus compañeros docentes?

Pasaba el cuarto día de la primera semana institucional del año, una semana de espacios de aprendizaje, participación, construcción colectiva y fortalecimiento de capacidades institucionales. En realidad, una semana que para unos pocos es aburrida, pero para muchos es una oportunidad de encuentro con sus compañeros docentes para fortalecer sus capacidades en el ejercicio de su labor.

Así lo veía ella, con su cara de inocencia, de recién desembarcada de la ciudad en una zona rural, siempre sentada en el lado derecho de la sala de informática, sitio codiciado para las reuniones, no tanto por el amplio espacio sino porque es el único lugar de la institución adaptado con aires acondicionados donde se puede disimular el sofocante calor del exterior. Era evidente que, por ser la nueva del grupo de maestros, era una de las más calladas y atentas en la toma de apuntes, con la idea de aprovechar al máximo estos espacios para ubicarse de acuerdo con sus necesidades, expectativas, proyectos, didáctica y pedagogía intrínseca, y todos esos procesos de formación que se constituyen en apoyo a la nueva cotidianidad.

Poco después del segundo receso, para entablar una conversación entre maestros, más que romper el hielo entre dos desconocidos, me siento en una silla a uno de sus costados y le preguntó: «¿En cuánto está tu nivel de optimismo?». A lo que, antecedido por una dulce sonrisa, ella responde: «Está en 100 %». Rápidamente tomé sin permiso su pequeña libreta de apuntes, seleccioné una esquina de una página al azar, le escribo en forma de grafiti su respuesta y la fecha de ese mismo día seguida del nombre de una canción que le recomendé buscar y escuchar, pensé que quizás la evolución de su respuesta en el tiempo podría ir inmersa en la letra de dicha canción. «Volveré a hacerte la misma pregunta después», le expresé, devolviéndole dócilmente su libreta. Asintió con una sonrisa nuevamente, prometiéndome que buscaría la canción para seguidamente continuar en su tarea, estar atenta en la reunión, con los ojos fijados en la proyección de la presentación institucional, mucho más brillantes por el entusiasmo que percibía en todo alrededor. Brillaban tanto, que los gestos de su cara expresaban la felicidad de un niño al recibir un regalo, en este caso, por ser parte del Proyecto de Lectura y Artes Escénicas que por primera vez en la historia tenía un doliente en la institución. Quién más podía serlo, sino ella, que también es actriz y clown.

En las primeras semanas, a pesar del calor que nos hace sentir como estar en Mercurio, por su cercanía al Sol, su alegría destellante era de un gusto reconfortante que aún sin abandonar esa sonrisa picaresca, se refugiaba a mediodía en la sala de informática dos veces a la semana dejando todo su conocimiento en el

grupo de teatro, a la vez que promovía sus proyectos individuales de Ecoladrillo y Escritura de Cartas, que tuvieron una muy buena aceptación por parte de estudiantes y maestros, instalando en sus mentes un llamado general a participar en actividades y concursos, y aprovechar una oportunidad de ser parte de la salvación del planeta. Ella expedía tanta emoción, que su enérgico corazón de joven maestra era el más satisfecho, incapaz de convertirse en una coraza ante los avatares drásticos que puede sentir un ser humano a consecuencia de otros humanos que generalmente son menos experimentados y quieren comerse el mundo con voracidad.

Como suele pasar, generalmente, resultó que le estaban midiendo el aceite, tanto que el furor de los estudiantes con el pasar de los días se alteró negativamente en el cumplimiento de sus actividades, las aulas en las que hacía presencia tenían cero silencios con ruidos allá y acá desbordadas de indisciplina, discusiones constantes y un marcado desinterés académico. Esto se vio reflejado en la poca participación en el concurso del mejor ecoladrillo —de mil estudiantes solo se notificaron dos trabajos individuales que fueron premiados con el patrocinio de ella misma, de su propio bolsillo—; además de cierto irrespeto en las actividades del taller institucional de lectura, que en cierta medida no fueron apoyadas y orientadas durante la jornada de manera eficaz por parte de un grupo de docentes. Pocos días después de tales sucesos, nos cruzamos en el pasillo de la entrada y con un poco más de confianza le volví a preguntar: «¿En cuánto está tu nivel de optimismo?». Su respuesta, con una pesada pero débil carcajada fue: «A pesar de todo, aún sigue en 100 %».

La llegada de la pandemia trajo consigo enormes desafíos para la educación colombiana, principalmente para el sector rural, donde se refleja la realidad inequitativa que se vive dentro y fuera de las aulas. Tanto para los estudiantes como para los maestros, la escuela y el hogar se convirtieron en un mismo lugar mediado por la virtualidad, que en muchos casos puede tener consecuencias que alteran la vida de los individuos vulnerables, aquellos que no tienen acceso a la tecnología adecuada y a una conectividad de calidad. En nuestra institución, particularmente, a pesar de las dificultades, no hemos dejado que se expanda la brecha digital, no olvidando que en un principio se presagiaba baja cobertura y deserción escolar.

Ella, la profe nueva, una maestra del siglo XXI formada con una alfabetización completamente digital, no demoró en proponer ideas y proyectos que favorecieran el trabajo en casa con respecto a la transversalización de las asignaturas, apoyados en la flexibilidad y la adaptabilidad al momento de crisis. Caóticamente, en una plenaria virtual, gran parte de los docentes votó en contra de tales iniciativas, probablemente su ánimo de propo-

ner nuevas cosas a sus colegas se vino abajo en algún momento; sus esfuerzos en continuar con el proyecto de ecoladrillo desde la virtualidad se mostraban un tanto apagados al notar que la comunidad educativa en general no mostraba el interés que se requería ante tan innovadora actividad; muchos estudiantes y padres de familia que no respondían a sus llamadas y mensajes de WhatsApp, como si el desánimo, el desinterés y todo ese miedo psicológico a la covid-19 ya hubiera inundado de amenazas a muchos hogares de su grupo. Parece que de a poco está abandonando el grupo de teatro por la no presencialidad de los encuentros de los participantes; y los audiolibros que enviaba por WhatsApp ya no son cosa de cada semana, imagen de que no tuvieron la acogida que esperaba de los estudiantes, quienes por su poca autonomía deben ser motivados constantemente por sus maestros.

Hace pocos días, ya no estando en persona frente a frente, si no en una conversación mediada por la virtualidad, le escribo a su WhatsApp: «¿Cómo sigue tu 100 % de optimismo?». Después de unos cuantos segundos de ver en la parte superior de la pantalla de mi teléfono celular «Escribiendo...», ella, sutilmente responde: «Creo que es difícil mantenerlo después de tantas cosas», pero sin demorarse añade: «Sin embargo, intento mostrarles a los chicos que está en 1000 %». Aunque demoró un poco más en llegar el mensaje, terminó de dar respuesta a mi pregunta digitando: «Los payasos tienen el poder de mostrar felicidad y alegría así estén destrozados».

Es evidente que en la institución es necesario un plan de mejoramiento continuo, enfocado en la construcción de canales de comunicación apropiados y esenciales para consolidar la identidad institucional, de manera que todos los integrantes de la comunidad educativa puedan trabajar en un proyecto común, fruto de la concertación y el consenso alrededor del propósito de garantizar no solo la mejor educación para todos los estudiantes, sino también un ambiente propicio para el trabajo docente. Un ambiente donde se incentive la conformación de una comunidad de maestros sólida y confiable en su trabajo profesional y creativo; abriendo espacios donde trabajen colaborativamente en el diseño de sus clases, los proyectos transversales, las actividades extracurriculares y las evaluaciones de los aprendizajes; propiciando el intercambio sistemático de experiencias y la búsqueda conjunta de soluciones a los problemas encontrados; fomentando la investigación y la identificación de las prácticas más apropiadas para lograr más y mejores aprendizajes; enfrentar las crisis y reflexionar para transformar su práctica pedagógica en aras de evolucionar como ser pedagógico. Es crucial entender que desde la gestión académica se debe reconocer la importancia de la interacción pedagógica entre los maestros como uno de los pilares del proceso educativo, con esfuerzos coordinados, co-

municación recíproca y las relaciones horizontales basadas en la comunicación, la coestión de los procesos de enseñanza-aprendizaje, la relación afectiva y la valoración de la diversidad.

En consecuencia, es indiscutible que un maestro, aunque puede nacer con vocación, en el ejercicio de su labor se está haciendo a él mismo, desaprendiendo, reinventándose constantemente, evolucionando en su práctica pedagógica y transformando su ser a nivel personal, social y profesional. Una figura de tan importante trascendencia y ricos conocimientos que no solo está mediada por la relación pedagógica con sus estudiantes y la comunidad, sino que también debe ser valorado, apoyado y motivado desde la interacción pedagógica con los colegas docentes. Por lo tanto, a ti estudiante que sueñas con ser profe, a ti maestro en formación, a usted docente en ejercicio, a usted profesor retirado y principalmente a la profe de esta historia, les pregunto: ¿en cuánto está su nivel de optimismo?, ¿ha subido?, ¿se mantiene?, ¿ha bajado?



Ser maestro en contextos difíciles

Calixto Antonio Acosta Atencia

Centro Educativo Rural El Filo de Damaquiel
calixtoacosta27@gmail.com

Mi puntaje en el concurso docente no fue alto, ni tampoco muy bajo, pero quienes estaban detrás de mí para escoger plaza docente me aplaudieron en la asamblea, como si fuera un héroe por escoger trabajar en la zona rural del Urabá antioqueño en unas condiciones difíciles. Llevaba el documento impreso en mi mano, por si debía mostrarlo como identificación ante algún grupo al margen de ley que se acercara a preguntarme por mi presencia en ese territorio, como me lo habían advertido. Llegué a la parte urbana, me quité el casco, acatando las recomendaciones y me senté en la parte interior de una panadería cerca al parque central.

Con miedo, esperé a un docente que me iba a acompañar hasta el colegio que queda normalmente a cuarenta minutos de recorrido en moto, sin embargo, ese 21 de julio de 2015 duró más de dos horas porque había llovido la noche anterior y el barro dificultaba el transporte. Mi moto, acostumbrada a las comodidades de las carreteras urbanas, se atascaba y olía a discos de clutch a punto de dañarse. El docente guía me iba indicando que metiera las llantas de la moto por cada charco de agua que encontrara, pues así el barro cedía dentro del guardafangos del vehículo. También me recomendó que no me saliera de la trilla o de la vía por donde los otros vehículos ya habían transitado. Uno de los tramos exigía mayor destreza para manejar y el profe guía tomó mi moto y me entregó la de él, una moto de menos cilindraje, pero tenía los guardafangos altos, más liviana y de llantas con corchos, contrario a las llantas de mi moto que eran lisas, y que a cada momento se presagiaba una caída. Era el primer día y lo único que me animaba para no arrepentirme eran las múltiples luchas para superar la pobreza y para buscar un sustento más seguro para mi familia. La imagen de mi hijo con sus seis añitos me alentaba al igual que las palabras de mi profesor guía al responderme de que todo el tiempo la vía no era así.

Al acercarnos a una quebrada que atraviesa el camino, mi compañero de viaje se mostró entusiasta, nos detuvimos y empezamos a quitarle el barro a las motos. Me dijo que cuando llueve fuerte y seguido, esa quebrada crece e imposibilita el paso. En condiciones normales los estudiantes, al pasar, siempre se quitan los zapatos, pues no se ha podido lograr que el Gobierno construya un puente. Lo difícil de transitar el camino me había robado la posibilidad de fijarme en el paisaje, era un recorrido campo adentro.

Mientras se atraviesan las montañas, desde arriba se ve el mar detrás de una enorme repetición de árboles. Encontrábamos casas alrededor de vías, pequeñas parcelas, aisladas unas de otras. No había duda, era un contexto rural disperso. Pronto seguimos el recorrido, el maestro me dijo que uno de los secretos para no caerse en estas condiciones era porque siempre respetaba el barro que dominaba. Llegamos al colegio, solo estaban los docentes de primaria que esperaban a que el barro secara en la vía. Saludé y cuando empecé a sacar el barro, una docente me mostró su brazo y me dijo: «Así como tengo el brazo con cicatrices de quemaduras por la moto, así los vas a tener tú». Su frase, algo intimidante, más que miedo, me enseñó a ser cuidadoso al momento de limpiar la moto y evitar quemarme con su motor o el mofle.

El colegio tenía pocas aulas, las suficientes para atender a un salón por grado, una biblioteca pequeña, la rectoría, una sala de informática y una improvisada tienda escolar. Se veían aulas con

grietas enormes e infraestructura deteriorada y se observaba a una de las paredes que cercaban el colegio en el suelo, junto con su malla de hierro. Un profe me dijo que fue un deslizamiento que ocurrió años atrás lo que causó el derrumbe de la infraestructura. El deterioro en las paredes y las obras inconclusas se debía a que el colegio estaba construido en zona de alto riesgo y por ello no era legal invertirle dineros públicos, me dijeron.

No fue necesario preguntar muchas cosas, pero la insatisfacción de los maestros, en su mayoría con más de seis años de servicio en ese contexto, los llevaron a lamentarse de no tener un centro de salud, no había dotación actualizada para enseñar, tampoco sala de profesores, los niños no podían asistir cuando llovía, muchos de ellos y los jóvenes se retiraban, la mayoría de los niños no mostraban deseos de estudiar, los padres no ayudaban en el proceso, no había servicio de internet, no era fácil acceder a la señal telefónica, los productos se perdían en la vía al quedarse los carros atascados y a veces se perdían sin ser recolectados porque no había condiciones para comercializarlos, las opciones de empleos formales eran inexistentes, las jovencitas quedaban embarazadas a temprana edad, solo algunos egresados seguían estudios superiores, no tenían agua potable ni baños con poza séptica... Eran tantas las adversidades, aun así, el deseo de los maestros hacía la diferencia.

Recuerdo que estuve en una situación para la que no estaba preparado. Al día siguiente de un bombardeo que se dio por la fuerza pública, pasaron tres helicópteros a baja altura, sobrevolando la institución, recuerdo que los alumnos comenzaron a gritar de miedo, en medio del sonido estridente de las aeronaves, en sus rostros se notaba el desespero. Había unos que no sabían si irse hacia las ventanas, si correr o quedarse quietos en el puesto. Ante esta inusual situación, con un tono de voz alto, sin que se dieran cuenta que lo que quería era gritar, les dije: ¡Tranquilos, a nosotros no nos harán daño!

Te confunde que sean los grupos armados ilegales quienes protejan a las especies en vías de extinción y que impulsen el trabajo en beneficio de las comunidades, que hagan control del consumo de drogas psicoactivas en los jóvenes cuando ese es su principal negocio. Ellos hacen control e imparten ordenes, cuando se presentan problemas entre vecinos y hasta en los conflictos de parejas. Un día le escuché a una acudiente amenazar a su hijo de grado primero con llamar al señor de «seguridad» — también llamado «campanero» o «punto»: persona encargada de hacer vigilancia y control de una pequeña zona estratégica— si no aprendía a leer rápido. Eso lo tomé como una expresión exagerada de una madre en desespero. De ello aprendí que estas fuerzas armadas están muy interiorizadas en un contexto en el que ellos son los que solucionan todo en cuanto genere males-

tar en la vereda, posiblemente para demostrar mando territorial y también para que ninguna autoridad de control institucional tenga que entrometerse en sus territorios, a donde no llegan representantes del Estado, hasta estos parajes olvidados de la Antioquia Profunda.

Con el tiempo uno se va acostumbrando y va aceptando cosas a las que nunca debe acostumbrarse. Debo aceptar que vivir la experiencia de ser maestro en contextos difíciles, confunde. Uno llega a disfrutar la «paz» de las zonas rojas, es casi muy raro que alguien salga y te apuñale o te mate por robarte el celular, la bicicleta, la moto u otra cosa, algún suceso atroz, de los que llenan a diario las noticias nacionales.

Con el tiempo, he aprendido que mi vocación docente, se hace fuerte ante las adversidades, y sé que cuando escogí la institución educativa donde trabajaría como maestro, fue una decisión correcta, no fue la decisión de un héroe escoger trabajar en la zona rural del Urabá antioqueño en condiciones difíciles, es mi decisión de vida, ser maestro aquí y ahora, y desde este territorio seguir construyendo con mis estudiantes los sueños y los aprendizajes que transformarían sus vidas.



Rescate de la tradición cultural como herramienta para el desarrollo de competencias en los estudiantes del Centro Educativo Rural San Juancito

Ever Luis López Ramos

Centro Educativo Rural San Juancito
ever17-1976@hotmail.com

En enero de 2008, mediante nombramiento por concurso de mérito —etnoeducación— se inicia, en el Centro Educativo Rural San Juancito, el desarrollo de actividades de rescate de la cultura tradicional, más específicamente en danza, teatro y artesanías, las cuales están inmersas en el proyecto etnoeducativo que sirvió como requisito para el nombramiento. En los primeros tres años las actividades se realizaban con los estudiantes de los grados de primaria, dos docentes en el sistema de escuela nueva y también en diferentes eventos y fechas relacionadas con el proyecto. Aquí se inicia la conformación de grupos de teatro y danza, como también la elaboración de elementos artesanales propios de la región, orientados por los padres de familia, que en cierta medida estaban desapareciendo en su importancia, toda esto con la dirección y orientación del docente.

Siguiendo en el tiempo y observando el interés y el aprendizaje de los estudiantes, se consolidan los grupos e inician su participación en eventos a nivel municipal y departamental, incluyendo a los demás grados del centro educativo —el bachillerato—, obteniendo muchas distinciones y reconocimientos por el trabajo realizado. Cabe destacar la vinculación de la casa de la cultura del municipio a través de los monitores de danza y teatro, ellos llegan hasta el centro educativo a preparar a los estudiantes. En el 2011, y viendo la motivación y el fortalecimiento de los grupos, nace la idea en el docente Ever Luis López Ramos de llevar hasta el aula el proyecto como forma de desarrollo y fortalecimiento de competencias en el aspecto académico de los estudiantes. Es entonces cuando se articula al currículo a través

del área de Educación Artística y la cátedra de Estudios Afrocolombianos, en diferentes ejes temáticos de estas, donde existe mayor pertinencia.

Ya en el 2012, buscando continuidad en el mejoramiento académico del Centro Educativo Rural San Juancito en los resultados de pruebas internas y externas —Saber—, la experiencia es articulada a las áreas de Matemáticas, Ciencias Naturales, Educación Ambiental y Humanidades y Lengua Castellana, bajo requerimiento curricular de estas, como forma también de búsqueda en el cambio de actitud del estudiante frente a los aprendizajes y en el docente frente a su práctica en el aula. Esto genera ciertas expectativas en la comunidad educativa entrando a un proceso de acomodación y adaptación, culminando con la muestra de mejores resultados académicos de los estudiantes.

En el 2013, la experiencia pedagógica es articulada curricularmente a las áreas de Tecnología de Informática y Educación Física, siendo estas las últimas involucradas, y con las que se busca que los estudiantes hagan uso de las herramientas tecnológicas como computador, internet, aparatos que utilizamos diariamente como videobeam, fotocopiadora, impresoras, memorias USB, audífonos, tablero digital y tabletas, para interactuar, crear y enriquecer experiencias y saberes. Además, la adquisición de una cultura física con relación a los espacios y los recursos del centro educativo en correlación con la danza y el teatro.

Durante el desarrollo y el proceso de apropiación de la experiencia, en el centro educativo se ha hecho necesaria la ejecución de múltiples actividades y acciones que de una u otra forma han contribuido al fortalecimiento de esta; algunas de ellas se describen a continuación.

Organización del currículo en cuanto a la articulación de las áreas para transversalizar la experiencia, aquí, desde la dirección del C. E. R., se inicia el diseño de la planeación de las áreas a través de las mallas curriculares, bajo lineamientos establecidos y contextualizados al espacio regional, con el apoyo y la asesoría de un docente directivo de una institución educativa vecina.

Redefinición del trabajo y el quehacer pedagógico del docente en el aula de clase donde se adoptan estrategias de enseñanza, de carácter más práctico y de construcción de conocimiento, a través de la acción, la participación y la interacción del docente, estudiante, las expresiones artísticas y los elementos naturales que dan vida, colorido y placer al proceso de enseñanza aprendizaje.

Gestión de recursos frente a diferentes entidades gubernamentales y no gubernamentales. Desde este campo se llevan a cabo acciones en la comunidad educativa como bingos, rifas, ventas de productos comestibles —dulces y viandas—, comercialización de elementos artesanales, solicitud de recursos a per-

sonas de la comunidad, haciendas, comercio y los políticos de turno, especialmente en épocas de campaña.

De la misma forma, la Alcaldía y la Casa de la Cultura son fuentes para la conservación de ayudas económicas o elementos necesarios para el desarrollo de la experiencia. A través de este campo se llevan a cabo acciones en la comunidad educativa, por medio de encuentros directos entre la escuela y la comunidad, como reuniones de familia, visitas domiciliarias, festivales, encuentros culturales y el desarrollo de eventos educativos en fechas especiales como los días de la Afrocolombianidad, de la Madre, del Maestro, de la Familia, de la Raza, de la Tierra, del Amor y la Amistad, de la Antioqueñidad, de la Convivencia Escolar, entre otros.

La conformación de los grupos de teatro y danza en categorías infantil y juvenil, integrados por estudiantes de primero a noveno grado, destacándose los bailes regionales como fandango, porro, cumbia, mapalé y bullerengue, acompañados de vestuarios típicos y coloridos, con elementos artesanales del medio, acordes al ritmo.

También las representaciones teatrales, costumbristas, especialmente, que resaltan las vivencias, los hábitos o las prácticas de la cultura popular y regional, al igual que la problemática social del pasado y el presente de la región, con un toque de jocosisdad que hace más amena la representación de la realidad, al igual que la exaltación de personajes ilustres de la comunidad, en diferentes campos de la vida.

La elaboración de material artesanal propio de la región y, con ello, la organización de un museo artesanal en el centro educativo, donde los elementos extraídos de la naturaleza, de forma racional, son la materia prima, para la elaboración de productos que son utilizados en diferentes actividades de la vida diaria, se destaca el uso de plantas como el junco, la enea, bejucos, iracas, totumos, plátano, coco, caña flecha semillas, guadua o bambú, entre otras.

La participación en eventos culturales relacionados con la experiencia en diversos escenarios del departamento —Antioquia Vive la Danza y el Teatro, festivales intermunicipales, semanas culturales de instituciones educativas, encuentros de danza y teatro regionales, desfiles, actos culturales, entre otros—, la conformación del grupo de padres de familia artesanos, todo esto con el fin de fortalecer los saberes y las competencias de los estudiantes, así como la comercialización de los productos que se van elaborando. Todo esto a través del trabajo grupal y colaborativo de los miembros de la comunidad educativa, utilizando la metodología de investigación, acción, participación, partimos de los saberes previos de la población beneficiaria de la experiencia y enmarcamos todo el modelo etnoeducativo.

Finalmente, la experiencia en el transcurrir del tiempo ha ido mejorando gracias al seguimiento y a la evolución constante hecha por el docente, desde el aula de clase, frente a los diversos ejes temáticos relacionados con la experiencia y de acuerdo con el sistema de evaluación del C. E. R., basado en el desarrollo de competencias de los estudiantes. Cada una de las actividades desarrolladas e implementadas en proyecto son sometidas a valoración por los directivos y docentes del centro educativo rural teniendo en cuenta fortalezas y aspectos a mejorar, evidencias en videos, fotografías, observaciones directas y testimonios mediante conversatorios; al mismo tiempo, el seguimiento de evaluación de la experiencia se hace evidente finalizando cada periodo académico con los resultados obtenidos por los estudiantes en las áreas articuladas al proyecto.

Teniendo en cuenta los parámetros establecidos en el Decreto 1278 del MEN —Estatuto de profesionalización docente—, el proyecto contribuye a la evaluación de desempeño de los docentes que participan en este y, por lo tanto, anualmente es seguida y revisada a través de funcionarios de la Secretaría de Educación Departamental, en un principio, y luego por el directivo docente del centro rural. Con lo anterior se muestra que la experiencia está amarrada a procesos académicos permanentemente cambiantes que le han dado solidez suficiente para su permanencia, donde, a través de contribuciones individuales, los docentes desarrollan durante el año diferentes actividades de gestiones Académica Pedagógica, Directiva y Comunitaria, como también actividades de tipo comportamental docente. Igualmente, en la ejecución de los proyectos pedagógicos obligatorios de medio ambiente, democracia, valores humanos, proyectos productivos escolares —huerta escolar— se mezclan a la experiencia y el desarrollo de proyectos de aula en lectoescritura.

A lo largo del desarrollo de la experiencia esta ha venido entrelazándose con los procesos formativos de los estudiantes. Como lo mencionaba anteriormente, en el aspecto curricular ha logrado la articulación de seis áreas y una asignatura del plan de estudios del Centro Educativo Rural San Juancito, gracias a la acogida y la aceptación por parte de estudiantes, docentes y padres de familia a través de los cambios positivos que gradualmente se vienen obtenido en el aspecto académico y actitudinal de los estudiantes y también por la trascendencia que a nivel cultural vienen demostrando los grupos de danza y teatro en diferentes categorías y eventos a lo largo del departamento de Antioquia.

Cabe resaltar la manera del quehacer docente, maestros más dinámicos, desenvueltos, didácticos y eficaces, lo que ha conllevado a la obtención de cambios actitudinales frente a la labor pedagógica, potenciando el elemento humano como esencia para

su mismo aprendizaje y la valoración de su entorno. Además, la participación y la colaboración por parte de los directivos del centro educativo ha sido un impulso fuerte partiendo de la inclusión en el PEI y la implementación de la cátedra de estudios afrocolombianos, como un componente etnoeducativo esencial para la acomodación de esta experiencia.

En el aspecto de sostenibilidad es importante destacar que la experiencia, a partir de su inclusión en el PEI, hace parte del quehacer cotidiano en el establecimiento educativo, además de esto recibimos apoyo y aportes económicos de parte de los recursos propios del centro educativo que provienen de la pequeña tienda escolar, de la colaboración de los estudiantes —a través de rifas y bingos— y de los dineros provenientes del Sistema de Gratuidad de la Secretaría de Educación Departamental, que contribuyen al normal desarrollo de las actividades. Estos recursos son invertidos en materiales como pinturas, pinceles, telas para vestuarios, máscaras, maquillaje, sombreros, accesorios, papel bond, fomi, cartulinas, bloc iris, cartón paja, poliestireno, pegantes, cintas, grapas, brillantina, hilos, agujas, plastilina, crayola, colores, brochas, entre otros; todo para uso en las aulas, en actividades como eventos culturales, celebraciones escolares, trabajos pedagógicos de aulas en las diferentes áreas —maquetas, dibujos, carteleras, carteles informativos, avisos publicitarios, ábacos, rompecabezas, murales, elementos artesanales, entre otros—. También subsidiamos, muchas veces, el transporte y el cubrimiento de imprevistos para los grupos que salen de la institución a participar y presentarse en diferentes eventos culturales.

Es de resaltar el apoyo incondicional de los padres de familia, quienes, pese a su situación económica y sus bajos ingresos, nos apoyan de una u otra forma para que cada evento organizado se pueda realizar exitosamente. También motivan constantemente a sus hijos en el accionar y el cumplimiento del proyecto, con los conocimientos y la experiencia desde lo ancestral al aprendizaje y la elaboración de las artesanías tradicionales.

El apoyo y la utilización de las TIC, desde el centro educativo, permiten la promoción y el fortalecimiento del proyecto. Aquí las TIC se usan para indagar e interactuar con otras culturas sobre aspectos de artesanías, teatro y danza; y desde las redes sociales —Facebook, YouTube— se muestran actividades y productos del proyecto, además de usarse como medio de interacción que nos permite enriquecer con aportes, ideas y comentarios de otros lugares y potenciar la experiencia.

Desde los entes gubernamentales y no gubernamentales de la región la experiencia ha recibido un gran apoyo que va desde los aportes económicos hasta el acompañamiento y la asesoría por parte de los monitores de la Casa de la Cultura y el Instituto

de Cultura y Patrimonio de Antioquia, posibilitando la participación y la obtención de conocimientos que luego son llevados al Centro Educativo y al aula de clases.

El desarrollo del proyecto ha tenido momentos de dificultad que se evidencian en la falta de recursos económicos, la resistencia mostrada por algunos docentes al cambio y a las características geográficas del contexto social de la comunidad, la lejanía de las viviendas de algunos estudiantes que deben recorrer largos caminos para llegar al centro educativo, el nivel académico de algunos padres de familia, la diversidad de credos religiosos que se convierten en muchas ocasiones en barreras para el satisfactorio desarrollo de la experiencia, pero que a partir del trabajo pedagógico, desde la escuela, poco a poco, ellos han podido entender, valorar y hacerse partícipes de las actividades inherentes al proyecto.

En el recorrido que ha tenido la experiencia muchos han sido los momentos, los escenarios y las estrategias a las que ha estado sometida. Es importante destacar los orígenes en el contexto etnoeducativo institucional donde el proyecto se asienta, en la Cátedra de Estudios Afrocolombianos y en el área de Educación Artística, donde el acompañamiento de los colegas etnoeducadores de San Juan de Urabá, con el intercambio de otras propuestas, fue afianzando la nuestra en el contexto municipal a través de la divulgación que se hace en este grupo de docentes.

Aunque este proyecto estaba encaminado hacia las aulas de clase del centro educativo de origen, con el transcurrir del tiempo fue dirigiéndose poco a poco hacia la articulación de otras áreas, abarcando el interés de estudiantes, docentes y comunidad. Más adelante, a través de la conformación de los grupos de danza, teatro y artesanos, la experiencia logra la participación de estos en diferentes eventos, ser identificada como interesante en los distintos contextos por donde los grupos se han hecho partícipes, como eventos culturales.

Aparte de lo anterior, la experiencia aunque ha sido conocida por otras instituciones y centros educativos, no ha sido replicada, pero existe interés de parte de algunas instituciones de tenerla en cuenta para su implementación, puesto que presenta características propias muy definidas, como la transversalidad de áreas del saber, la muestra de estrategia para implementar en el aula de clase, la utilización de recursos muy contextuales, como también la similitud en aspectos geográficos y culturales de la comunidad del corregimiento San Juancito con otras de San Juan de Urabá.

Desde el aspecto del fondo del proyecto, los resultados o el impacto que deja en el Centro Educativo Rural San Juancito, puede ser replicado en otras instituciones, teniendo en cuenta algunos aspectos como la muestra de los productos conseguidos con

la propuesta por la participación de grupos en diferentes escenarios, por la estrecha relación con docentes de otras instituciones con el C. E. R. San Juancito, como también por la promoción que se hace a través de las redes sociales. Además, por encontrarse sistematizada la experiencia, presenta ventajas para su recopilación o adopción en otros escenarios educativos.

También los grupos organizados han producido en la parte artística y cultural y se han tenido en cuenta a la hora del desarrollo de diferentes eventos tanto a nivel municipal como departamental.

En el 2014, fue inscrita en la convocatoria de experiencias significativas en Antioquia la Más Educada, no siendo nominada por falta de organización de algunos aspectos solicitados por el concurso.

Basado en la riqueza cultural observada y vivida en la región, el olvido y el abandono en que se ven sumidas estas, donde las actitudes y las aptitudes de los estudiantes son una gran fortaleza, la necesidad de la comunidad de mostrar los productos artesanales, como también la obligatoriedad que desde la norma establece la implementación de la cátedra de Estudio Afrocolombianos dentro del modelo etnoeducativo, nace la iniciativa de diseñar e implementar el proyecto de rescate de la tradición cultural como herramienta para el desarrollo de competencias en los estudiantes del Centro Educativo Rural San Juancito, que posibilita en las aulas el mejoramiento de aprendizajes y el desarrollo de competencias en diversas áreas del conocimiento.

Durante el desarrollo de la experiencia en el Centro Educativo Rural San Juancito se puede decir que 80 % de los estudiantes, desde primero hasta undécimo grado, ha asimilado de manera positiva la implementación del proyecto desde el aula de clase, de igual manera el 100 % de los docentes (7) participan de manera directa e indirecta en el desarrollo o la ejecución de la experiencia en lo pedagógico y lo cultural, colocando desde sus saberes, sus aportes en el aula para el mejoramiento de su quehacer pedagógico. De allí que los resultados o los desempeños de los estudiantes en las áreas involucradas en esta experiencia muestran un avance significativo, evidenciado en los resultados académicos arrojados en las pruebas internas y externas.

Desde el punto de vista de los estudiantes la experiencia ha provocado el interés y el sentido de pertenencia por los aprendizajes y por el centro educativo, venciendo en grandes barreras que con el contexto y la situación de vida les ha puesto grandes distancias que les toca recorrer para llegar al centro educativo; las inclemencias del tiempo y las condiciones del relieve, la pobreza económica y con ella las deficiencias alimentarias, la falta de elementos para estudiar, las condiciones precarias de las

viviendas en que viven, la situación de inseguridad y violencia vivida en la zona entre otras.

Se nota con claridad que los estudiantes muestran un gran espíritu de superación y permanencia que, a partir de las prácticas en el aula y el ejercicio de habilidades artísticas, traen consigo la esperanza de un futuro mejor, al igual que los aprendizajes obtenidos a la hora de la interrelación con otras culturas y saberes que despiertan en ellos la construcción de los hábitos y las visiones de vida, lo mismo que un autorreconocimiento, auto-concepto y autoestima por las personas y el medio.

Por parte de los docentes, el cambio de las prácticas de enseñanza en el aula ha cobrado más interés y transformación. La metodología, la didáctica, el uso de los recursos y el valor por lo nuestro son cualidades para destacar, con ello la entrega y la dedicación frente a la búsqueda de formar individuos íntegros se vuelve parte del quehacer cotidiano del maestro en el centro educativo.

La percepción de la comunidad frente al proyecto no es otra que el despertar del espíritu de colaboración, apoyo y participación, tanto en el desarrollo de la experiencia como en otras actividades del centro educativo. Es notorio el respeto por el docente, el sentido de pertenencia por el centro educativo, la disposición de servir en momentos y eventos dentro de la comunidad, el aporte económico y de elementos referidos al proyecto, al igual que la satisfacción vivida por la obtención de los resultados en los desempeños de sus hijos, la armonía en la convivencia escolar y el valor por sus saberes, sus tradiciones y el contexto. De igual manera, la comunidad ve, a través de la implementación del proyecto, en cierto grado, el olvido de momentos históricos violentos y tristes a los que se vieron enfrentados por motivos de conflictos entre grupos al margen de la ley, lo mismo que ven reflejado el aprecio o el valor por su trabajo y los saberes ancestrales que, de una forma u otra, contribuyen al mejoramiento de su calidad de vida desde otras instancias. El proyecto dejó entrever, con los productos obtenidos desde el trabajo en el aula, la gran aceptación cuando se participa con los grupos de artistas y elementos artesanales en diferentes instancias municipales y fuera de estas, lo que ha posibilitado invitaciones, participaciones y obtención de reconocimientos individuales y grupales.

En Facebook se encuentran dos grupos: Artesanos de San Juancito - San Juan de Urabá e Institución Educativa San Juancito, además de muchos videos en YouTube.



Valió la pena, porque querer es poder...

Ana María Palacios Mosquera

*Institución Educativa Rural San Antonio de Padua
anam0720@gmail.com*

Fue en una mañana de abril, de repente, mi rector interrumpe la clase que dictaba solicitándome por un momento en su oficina, quería compartir conmigo una información de gran interés. Se trataba de un asunto que desencadenó un cúmulo de ideas y un movimiento nunca visto en la historia de nuestra institución; los respetados Clubes de Matemáticas de Antioquia, liderados por la Universidad de los Niños de EAFIT, tocaban la puerta de nuestra lejana institución.

Luego de escuchar, revisar los documentos, considerar, pensar, me dije: «¿por qué no participar en la convocatoria si es para todas las instituciones educativas oficiales del departamento y nosotros somos una de ellas?». Así que manos a la obra.

Socialicé con mis colegas algunas ideas y, aunque teníamos dudas, eso no nos impidió vincular más gente y multiplicar la proyección. Pronto di a conocer a mis estudiantes, entre los grados octavo y undécimo, toda la convocatoria. Ellos respondieron con entusiasmo y la mejor aptitud, tanto que se vio reflejada en los resultados posteriores.

Cumplimos con los requisitos y los protocolos de participación debidamente, en equipo separábamos tiempo para trabajar y diligenciar algunos documentos de conformación del club. Así empezó el proyecto, dibujando las rutas que los dinamizadores iban a recorrer para acompañar los clubes de abril a noviembre con la realización de ocho talleres temáticos.

Pensando en un nombre con el que nos identificaríamos surgieron varias propuestas, al final decidimos llamarlo Club de Matemáticas de Antioquia Navegando con los Números, ya que era un viaje que habíamos decidido emprender y así sumergirnos en el mundo de las matemáticas.

Es importante saber que la convocatoria había tenido dos fases y la primera ya había pasado. La segunda estaba en curso, pero faltaban solo dos días para finalizar, y como los cupos eran limitados, tendríamos que hacer un buen trabajo, de manera que quedaríamos entre las setenta instituciones que serían escogidas.

Afortunadamente, pudimos ejecutar el desafío cero y mandarlo a tiempo. En este, debíamos realizar un plano de la planta física de nuestra institución y luego ubicar con coordenadas los lugares del colegio. Además de ello, responder a una serie de interrogantes que nos acercaban al conocimiento matemático y nos permitían descubrir su importancia en la vida cotidiana. Nos dedicamos por completo y en tiempo récord lo logramos. El trabajo era compartido, unos dibujaban, otros tomaban las evidencias, otros realizaban mediaciones y, por último, yo les ayudaba con la elaboración de las diapositivas.

Cuando enviamos el desafío, tres horas más tardes recibí una llamada de los organizadores de la convocatoria felicitándonos por nuestro trabajo que obtuvo una calificación de cien puntos y, además, nos daba la bienvenida al proyecto.

Le di a conocer la buena nueva al rector, a toda la comunidad educativa y aparte aproveché el espacio para recalcarles a mis estudiantes el compromiso que habíamos adquirido.

Una semana después, como maestra acompañante, recibo una invitación de la Universidad EAFIT, para desplazarme hasta la cabecera municipal y participar de un taller en el que pude vivir la metodología con la que se trabajaría en la estrategia de clubes de matemáticas.

A partir de ese momento, una vez al mes, debíamos desarrollar un taller. Estos constituían el acompañamiento presencial que recibíamos los clubes seleccionados por parte de un docente dinamizador. Trabajábamos actividades diseñadas con temas tomados de los errores más recurrentes en las Olimpiadas del Conocimiento de años anteriores y de los estándares y derechos básicos de aprendizaje definidos por el Ministerio de Educación. Con estas se buscaba fortalecer seis competencias asociadas a los cinco pensamientos matemáticos: numérico, variacional, métrico, espacial y aleatorio.

Los talleres con los estudiantes empezaban jugando y en las actividades planteadas se generaban espacios para hacer preguntas y conversar. Luego, se hacía el cierre reflexivo con una conversación desde el sentir y el aprender y, por último, en la bitácora se plasmaban las conclusiones a las que llegaban en ese momento.

Como parte del acompañamiento virtual, los clubes debíamos resolver ocho retos. El planteamiento de cada reto estaba

asociado a la vida cotidiana de los estudiantes en su municipio. Los integrantes del club, en jornada contrarían o los fines de semana, nos reuníamos voluntariamente y trabajábamos en la resolución de las situaciones problema que se les planteaban, utilizando las matemáticas. Siempre tratando de realizar los ejercicios en el menor tiempo posible, ya que en nuestro municipio no contábamos con una red de conectividad óptima y en ocasiones pasamos muchas dificultades para conectarnos y enviar o recibir información a tiempo.

En la cabecera municipal también se contó con la participación de dos clubes de matemáticas, así que, para agosto, la docente dinamizadora del proyecto organizó la Feria de los Números, con el objetivo de integrarnos y que cada institución participara con la exposición de juegos, retos o actividades que se realizaban en los talleres.

Para mí fue una experiencia única porque había un estudiante que no conocía, otros que tenían tiempo de no salir del corregimiento a pasear, y aunque en un comienzo estuvieron algo tímidos, se divertieron mucho con la salida, compartieron saberes e hicieron amistades con otros chicos.

Continuamos trabajando con mucho entusiasmo, pero para noviembre ya nos sentíamos agotados. Los compromisos de fin de año estaban encima y estuvimos a punto de tirar la toalla con el último reto porque, una vez lo publicaron, solo nos dieron dos días para desarrollarlo.

Los estudiantes se negaban a seguir trabajando. A pesar de mi insistencia, no conseguí endulzarlos para que accedieran a reunirnos y realizar el reto final. Así que decidí no insistir más. Pero vaya sorpresa que me llevé cuando a eso de las cinco de la tarde recibo la visita de cuatro estudiantes que me dijeron: «Profe Ana, estamos dispuestos a realizar el reto aunque nos dé la madrugada». Inmediatamente, nos pusimos a trabajar y al otro día en las horas del descanso nos desplazamos hasta la sala de informática y lo enviamos.

Ya libres de compromisos, nos dispusimos a disfrutar del fin de semana.

Tres días después, recibo una llamada de una de las coordinadoras del proyecto, quien me dice que ya fueron publicados los puntajes obtenidos por las setenta instituciones que participamos en el proyecto y que el Club de Matemáticas Navegando con los Números, de la Institución Educativa Rural San Antonio de Padua, había ocupado el primer puesto.

Esta noticia fue de mucha alegría para toda la comunidad educativa y mucho más para los integrantes del club. No pensábamos llegar tan lejos teniendo en cuenta las condiciones tan precarias con las que trabajamos en nuestro colegio y las dificul-

tades que en muchas ocasiones se nos presentaron para cumplir con las tareas. Se nos hacía increíble esta noticia.

Me informaron que a la semana siguiente recibiríamos la visita de dos representantes del equipo organizador para darnos el reconocimiento y la premiación por el esfuerzo y la dedicación que pusimos para cumplir con los requisitos del proyecto. Para nosotros fue algo muy satisfactorio porque sentimos que había valido la pena. Los cinco clubes con los puntajes más altos, y que además tuvieron una excelente participación en los talleres presenciales, recibieron como reconocimiento un morral y un cargador solar para invitarlos a seguir explorando el mundo en un viaje por el conocimiento que apenas comienza.



La educación de adultos, una lección de vida

Eleuterio Chaverra Martínez

Institución Educativa Rural San Antonio de Padua
ele.chama@hotmail.com

«El que no sabe para dónde va, camina desesperado por llegar».

Adagio popular

Traigo a colación este refrán porque uno no debe ser tan precipitado a la hora de tomar decisiones. Ocurrió que, en marzo del 2015, el rector de la Institución Educativa Rural San Antonio de Padua realizó una reunión en horas de la tarde, después de la jornada de trabajo, para comunicarnos que había una población para atender en la modalidad de CLEI en la comunidad de Palo Blanco, sede de la institución y ubicada, aproximadamente, a treinta minutos de la sede principal en bote sobre el río Atrato.

Después de leer la resolución que aprobaba la prestación del servicio educativo a través de esta modalidad, siempre y cuando

resultara la población estudiantil, el rector preguntó: «¿Quiénes están dispuestos a colaborar con este servicio?». Nadie respondió. Como yo era el más nuevo en el establecimiento, con apenas un año y diez meses, levanté la mano con el objetivo de que otros docentes se animaran, pero no fue así, hasta ese momento estaba yo solo metido en semejante encarte porque me tocaría orientar todas las asignaturas en los CLEI III, IV y V, hasta terminar el bachillerato y, la verdad, no tenía ni idea de cómo se trabajaba con esos CLEI.

Al día siguiente, el rector, me llama y me dice: «Profesor Eleuterio Chaverra, ya no está solo, el profesor Elías Cuesta lo va a acompañar en este proceso». Créanme que el corazón me descansó y me alegré porque yo soy de inglés y él de química, entonces pensé que él podía ayudar con las asignaturas de los números —ya que yo no soy muy bueno con las matemáticas— y yo tomaría español, sociales e inglés; y así nos dividimos el trabajo. Mientras se hacía la compra de libros y se radicaba todo este proceso en la secretaría para que nos pagaran ese trabajo como horas extras, nos fuimos a las vacaciones de Semana Santa. Cuando entráramos de vacaciones comenzaríamos con las clases todos los domingos. Nos reunimos con el profesor Elías y acordamos cómo íbamos a viajar y cómo se iniciarían las clases los domingos. El viaje sería todos los sábados con el objetivo de despejar dudas de los estudiantes referentes a las actividades que les dejáramos para desarrollar durante la semana.

Fue así como empezamos esta aventura, pero no fue fácil porque nos tocaba salir a la orilla del río a esperar que subiera un bote platanero o uno de madera para llegar a Palo Blanco, donde nos esperaban los estudiantes. El primer día fue muy emocionante pero también de mucho nerviosismo. Vino la presentación, primero iniciamos nosotros y luego cada uno de ellos; después de eso le preguntamos: «¿A qué se dedican para sobrevivir?, ¿cuáles son sus expectativas para el futuro?».

Todos respondieron según como se querían ver en los próximos años. Dentro del grupo de estudiantes encontramos menores de edad entre 14 y 17 años y mayores entre los 18 y los 52; en total eran 29 estudiantes. Lo más insólito fue que los alumnos con más aspiraciones eran los de mayor edad, algunos manifestaron querer seguir una carrera universitaria, mientras que los más jóvenes solo querían, en su mayoría, terminar el bachillerato. Ese primer día solo fue de charla y de concientización de lo que íbamos a enfrentar, era un reto y todos debíamos afrontarlo y vencerlo. Nos fuimos a casa con la motivación de realizar las guías para el próximo encuentro, mientras llegaban los libros dispuestos para los CLEI.

Durante la semana estuvimos escogiendo los temas de cada una de las asignaturas que debían orientarse el domingo si-

guiente. El viernes en la tarde nos fuimos al colegio a imprimir todo el material que necesitábamos para llevar las clases a feliz término. El primer día fue maravilloso, pues nos encontramos estudiantes que tenían treinta y cuarenta años de haber terminado la primaria y manejaban unos conceptos muy acertados, participaban más los adultos que los jóvenes; eso me pareció increíble, yo pensé que la juventud iba a tomar la batuta de las clases, pero no fue así. Recuerdo a Hernán Mosquera, Hernán Rivas y Gumersindo Rivas (q. e. p. d.), eran estudiantes que cuando hablaban lo hacían de una manera muy coherente y elocuente.

Durante todo el resto de año nos tocó pasar por esta odisea del transporte, no era fácil, pues muchas veces nos tocó aguantar hambre en la orilla esperando un bote cargado con plátano o madera que nos llevara hasta Palo Blanco para poder cumplirle a esa población. Nos llenábamos de alegría cuando íbamos llegando al pueblo y los alumnos estaban estudiando; inmediatamente nos veía alguien, venía hasta el bote y nos acercaba hasta la comunidad, pues los botes eran tan grandes que no podían orillarse y dejarnos en el poblado. Lo mismo ocurría cuando íbamos de regreso a nuestras casas; un bote pequeño nos llevaba hasta la mitad del río para tomar la embarcación grande. Pero nada de eso detenía el propósito que nos habíamos trazado con el colega Elías Cuesta, estábamos dispuestos a terminar el año lectivo porque sabíamos que no había nadie más que quisiera continuar con este proyecto.

Una vez llegábamos al lugar donde nos hospedaban, empezaban a llegar los estudiantes que tenían dudas sobre algún tema en específico; los atendíamos y les explicábamos detenidamente lo que había que hacer. Faltando quince días para terminar el año lectivo, acordamos con mi colega Elías hablar con ellos y decirles que bajo esas circunstancias no seguiríamos con el proceso. En mi caso les dije que yo tenía que dejar a mi hijo todos los fines de semana en Padua con alguna persona de confianza para que lo cuidara hasta que yo regresara de nuevo. Por otro lado, si ellos no buscaban la forma de ir a buscarnos y regresarnos a nuestro destino yo no iba más con el proyecto, aunque las ganas de llegar con ellos hasta el final era mayor, pero bajo otras condiciones; lo mismo les manifesté mi compañero Elías, y les sugirió tocar las puertas de la Alcaldía para ver si el alcalde les ayudaba con la gasolina para el transporte de ida y vuelta, ya que no les tocaría pagar por el conductor porque todos sabían manejar sus motores y pondrían sus botes al servicio del proyecto para transportarnos.

Una delegación de cinco personas habló con el alcalde y le explicaron la necesidad que tenían de estudiar y los inconvenientes que se estaban presentando para seguir adelante. El funcio-

nario les dijo que él les subsidiaría todo el combustible que ellos necesitaban hasta terminar su bachillerato.

Llegó el final del 2015. La entrega de boletines del último periodo se llevó a cabo un jueves en las horas de la tarde, todos estaban contentos porque la mayoría había llegado al final del año, pasaron al siguiente nivel, el CLEI IV.

En el transcurso del año del CLEI III, algunos estudiantes desertaron y ¡cuál sería nuestra sorpresa! Creímos que habían sido los adultos, pero no, fueron los más jóvenes. Sin embargo, el curso todavía estaba numeroso y se veían muy entusiasmados con su estudio.

Después de la entrega de boletines, el estudiante Hernán Rivas toma la palabra y nos comunica que ya habían hablado con el primer mandatario del municipio y que él les había asegurado el combustible que necesitarían para los próximos años de estudio y, además, ellos se iban a organizar para darnos la alimentación mientras nosotros estuviéramos en el proceso con ellos. Eso nos llenó de alegría, principalmente a mí, ya que no tendría que dejar a mi hijo en Padua sino que lo llevaría conmigo todos los fines de semana, conocería a otras personas y haría nuevos amigos en esa comunidad.

El año terminó y nos fuimos a casa ya con el compromiso de continuar con ellos lo que habíamos iniciado. La verdad es que nosotros nos sentíamos en la obligación de ayudar a esa gente a terminar sus estudios, sabíamos que si renunciábamos a seguir con ese proyecto, nadie más lo seguiría y todo terminaría allí. No deseábamos ser culpables de abandonar a una comunidad que dependía de nosotros para cumplir sus sueños de estudio.

Llegó el nuevo año lectivo y desde el primer fin de semana que iniciamos clases estaba un estudiante buscándonos, así como se había acordado. Una vez llegamos al pueblo ya nos habían asignado otra casa para alojarnos los fines de semana y cada vez que nosotros fuéramos a clases con ellos un alumno diferente se encargaría de la alimentación que, generalmente, era la cena del sábado y el desayuno y el almuerzo del domingo. En mis clases, la asignatura que más los motivaba era inglés, porque lo hacíamos muy práctico, se veía el tema y luego iniciábamos un diálogo basado en ese tópico; les encantaba sentirse hablando inglés con todo y sus dificultades para pronunciar algunas palabras, sobre todo los más adultos. Artística era otra asignatura que les gustaba mucho porque trabajábamos con botellas reciclables y todo lo que nos ofrecía el medio. Realizaron unos trabajos muy bonitos.

Las clases de Ética y Religión también les encantaban porque podían hablar y argumentar sus puntos de vista. En fin, nos divertíamos mucho en clase. Hubo algo que me llamó la atención y fue que el alumno Gumersindo Rivas ocupaba siempre el primer

puesto y era uno de los más viejos en el salón de clase. La mayoría de los estudiantes jóvenes quedaron rezagados a puestos inferiores cuando se suponía que ellos debían ocupar los mejores lugares en el salón. En esa tónica terminamos el CLEI IV y el CLEI V. No fue fácil, pero sacamos adelante ese proyecto de vida para esa gente que tanto lo necesitaba. Fueron pocas las personas que no quisieron aprovechar esa oportunidad y que hoy en día se arrepienten de no haber terminado su bachillerato. El rector Leonte Romaña le dio la dirección de ese curso al profesor Elías Cuesta, quien organizó una despedida muy particular con un paseo al río Arquía. Fue una experiencia maravillosa; compartimos en un ambiente muy ameno, nos bañamos en esas aguas cristalinas, cocinamos en la playa y pasamos una tarde espectacular. Ya en la noche nos reunimos y hablamos sobre todo lo que se vivió en el trayecto del estudio; todos hablaron y nos agradecieron por no haber abandonado esa misión y haberles regalado ese galardón que hacía mucho tiempo anhelaban.

La graduación del CLEI se llevó a cabo en una caseta a orillas del río Atrato. Fue un panorama muy bonito, todo aquel que subía o bajaba observaba la ceremonia. Un acto inolvidable que quedará en la memoria de todos los paloblanqueños. El recuerdo de dos docentes que graduaron de bachiller a casi toda una comunidad.



Un sueño hecho realidad

Marelbi Cuesta Rentería

Institución Educativa Rural San Antonio de Padua
 marecuesta@hotmail.com

Decían mis ancestros que quien persevera, alcanza.

Nací en San Antonio de Padua, un corregimiento ubicado al sur del municipio de Vigía del Fuerte, Antioquia; hija de padre y madre campesinos, soy la cuarta de nueve hermanos. De niña, y sin ninguna oportunidad económica, quise ser enfermera. Realicé mis

estudios académicos en la Institución Educativa Rural San Antonio de Padua, con todas las dificultades habidas y por haber, debido a que mis padres no contaban económicamente con recursos para brindarnos las comodidades necesarias.

Corregimiento San Antonio de Padua, Vigía del Fuerte

Recuerdo mis primeros días de clases; una maestra de carácter fuerte, quien pretendía enseñarnos al son del famoso refrán «las letras con sangre entran», generando en mí un desinterés por asistir a la escuela. No era el lugar donde yo quería estar, prefería quedarme por los alrededores jugando con otros niños. Al año siguiente, nos cambiaron de maestra, tenía la ilusión de que fuera por alguien cariñoso y con ganas de enseñar. Recuerdo que cuando llegué a clase nos abrazó y nos dio la bienvenida, se notaba el cambio, fue un día excelente; yo era muy intolerante, grosera y hasta indisciplinada, pero gracias a mi profesor aprendí sobre el respeto, la tolerancia, la disciplina y el amor. Al cabo de medio año, aprendí a leer y ya cogía dictados, era tanta la emoción que siempre quería salir al tablero y era la primera en entregar las actividades. Un día, mi profesor tuvo un accidente y le tocó retirarse de aula por meses. Nos hizo mucha falta, recuerdo que llorábamos mucho por él. Desde ese momento empecé a sentir amor por la docencia, quería ser como mi profesor de primer grado.

Ya con otra docente logré graduarme de primaria. En secundaria conocí muchos maestros y maestras, unos con vocación y otros no tanto. Con los nuevos compañeros siempre me propuse estar entre las mejores de mi curso, olvidando las dificultades económicas que no faltaban en mi casa; cuando había para los zapatos no había para las medias. Estando en secundaria me interesé mucho por hacer parte activa en las actividades que se desarrollaban en el colegio especialmente en enfermería y danza. Bailé hasta el último día que estuve como estudiante en la institución. Con una competencia bastante fuerte, tocaba ganarse un cupo si querías estar en las presentaciones. Gracias a esta habilidad que desarrollé pude salir de la comunidad, conocer ciudades y presentarme en diferentes escenarios.

Gracias al trabajo que desarrollaba en la comunidad como animadora juvenil tuve la oportunidad de colaborar con los Misioneros Claretianos en muchas comunidades aledañas, especialmente en las temporadas de diciembre, lo que me fue abriendo puertas y oportunidades. Recuerdo que un día el sacerdote me mandó a llamar y me dijo que me tenía una propuesta que sabía que me iba a gustar. Escuché emocionada. Ese día me propuso colaborar en el colegio donde ellos enseñaban, especial-

mente a adultos mayores. Inmediatamente dije que sí; sabía que sería una excelente oportunidad y debía aprovecharla al máximo ya que en mi casa no contábamos con recursos económicos para satisfacer las necesidades de todos. También sería una oportunidad para colaborarle a mi mamá, pero fue más un trabajo comunitario.

En el 2008, ya en grado once, a punto de graduarme y sin oportunidades claras, pensé que todo finalizaría allí. ¡Vaya sorpresa la que me lleve! El día que terminaba de presentar las pruebas Icfes, un hermano de mi mamá me propuso regalarme el dinero para la inscripción y la matrícula inicial para una carrera universitaria. No dudé en decir que sí. Ya tenía la matrícula inicial, ahora lo que me inquietaba era dónde y cómo iba a vivir en una ciudad que no conocía y no ofrecía grandes oportunidades. Pero eso es lo de menos cuando se tienen ganas de superación, eso pensaba siempre. Por medio de una docente logré conseguir empleo como trabajadora doméstica, pero no duré allí, no me aceptaban estudiando. Sin embargo, la vida puso en mi camino excelentes personas, como mis compañeros de estudio que siempre estuvieron prestos a ofrecerme una mano amiga.

Durante este lapso tuve días buenos y malos. Me cruzaba con personas que no creían en mis capacidades, que daban inestabilidad a mi vida, pero nada ni nadie pudo ser más fuerte que mis ganas de culminar lo que me había propuesto: terminar mi carrera universitaria, ser una licenciada en Ciencias Sociales. Debido a todo el trabajo que había desarrollado mientras estuve estudiando en Padua, le cogí amor al trabajo comunitario, pero mi sueño iba más allá, siempre me soñé en un aula de clase, formando hombres y mujeres que contribuyeran al desarrollo de su comunidad.

En 2014 me gradué, con una sensación de sentimientos encontrados, los problemas económicos seguían acechando nuestras vidas; siempre quise estar con mi mamá y mi papá en ese momento tan especial para mí, pero no fue posible. Todavía me emociona recordar el gesto de orgullo de mi tío cuando escuchó mi nombre.

El reto de sobrevivir en una ciudad de pocas oportunidades continuaba. En busca de mejores oportunidades decido viajar a Bogotá. Días después de haber llegado y de mirar clasificados apostando a una oportunidad laboral, me llamaron de Datexco, una empresa de investigación, encargada de realizar encuestas a muchos medios nacionales; sin más oportunidad, acepté. Entre madrugadas y agua fría puedo decir que fue una bonita experiencia; respecto al salario, no llenaba mis expectativas, pero era mejor eso que nada.

Debido a las condiciones laborales renuncié. Pasaron días, semanas y meses esperando una nueva oportunidad en la ciudad

de todos. Una tarde recibí una llamada, era un amigo de un tío contándome que había una opción para trabajar con el Distrito como docente, solo que tocaba hacer el registro en la plataforma de la Secretaría de Educación y postularme a una de las vacantes temporales. A los pocos días me llamó nuevamente. Rogaba que fueran buenas noticias y así fue; había pasado y tenía veinticuatro horas para hacer los trámites. Al día siguiente, muy temprano, estaba allí. Tuve la oportunidad de permanecer doce días en un colegio al sur de Bogotá cubriendo una incapacidad. Después del trabajo comunitario y mis prácticas docentes, puedo decir que un día superemocionante, estaba haciendo realidad un sueño de años. Terminado ese tiempo me postulé a otra vacante y pasé. Fueron varios meses de experiencias maravillosas en una ciudad lejos de los míos.

Finalizado el contrato, decidí regresar a mi casa en busca de oportunidades laborales más cerca de los míos. En marzo de 2016 inicié una de las experiencias más enriquecedoras, trabajé con comunidades indígenas en el municipio que me vio nacer. Estaba en esas labores cuando me llamaron de la Secretaría de Educación de Antioquia, había una vacante en mi área en la Institución Educativa Rural San Antonio De Padua, pues por cuestiones geográficas y de orden público los docentes que habían nombrado renunciaban. Era la oportunidad que tanto había querido. Trabajar en mi comunidad, en mi casa y cerca de los míos.

Ya estando de regreso en Padua, en mi hogar y en la institución que un día me vio crecer académicamente, los docentes que tanto se esforzaron por dar lo mejor de ellos para que un día aprendiera a dar solución a cualquier dificultad que se presentase en la vida, ahora era mis colegas. Claro que después de hacerme maestra siempre he querido ser tan buena como ellos, tanto que quisiera ser recordada siempre por cosas buenas; porque ellos siempre serán de gran valor en mi vida.



La parrhesía en el sistema educativo

Alirio Restrepo Arboleda

*Centro Educativo Rural El Cano
aliriorestrepoa@gmail.com*

Los derechos humanos son y se hacen efectivos en la medida en que cada persona haga valer su dignidad humana, saliendo de su «minoría de edad» y que sea un sujeto ético que ejerza la resistencia al poder y se comporte como un parrhesiasta, un vigilante del poder. Será esto lo que garantizará los cambios para mejorar y lograr la permanencia de una verdadera democracia.

Ser un parrhesiasta empírico me ha acarreado consecuencias que, dependiendo del punto de vista, pueden ser buenas o malas. La verdad era que simplemente respondía a mi sentir de verme vulnerado y a mi ética de lo que consideraba justo e injusto, conmigo o con otros, y lo manifestaba abiertamente a los representantes del «poder» del sistema educativo —rector, coordinador, secretario de educación, jefe de núcleo—.

Al pedido del señor gobernador, en el 2014, de compartir los docentes sus experiencias significativas, inicié la redacción del siguiente texto que, más que una experiencia significativa, es seguir apostándole a la educación y perseverar en la vocación docente a pesar de la politiquería y el favoritismo en nuestro gremio.

Prueba de ello es el siguiente —y muy resumido— historial laboral de este servidor:

Ingrese al sector educativo en 1997 por concurso, ocupando el primer puesto para un municipio del Suroeste. Espere un año para que me llamaran, pero no pasó nada. Al ir a Seduca a informarme, por suerte di con una funcionaria honesta, y a pesar de que el rector de la institución para la que debía ser nombrado, pretendía, en ese mismo momento, hacer nombrar a otro que no había concursado, ésta funcionaria hizo respetar el concurso y me nombro, en este caso, esta funcionaria, demostró tener cualidades éticas, que la llevaron a hacer lo que era lo correcto,

a pesar de las consecuencias que pudiese tener, lo que sucedió, porque al llegar a la institución, el recibimiento del coordinador fue decirme: «La funcionaria que lo nombro a usted no va a durar mucho en Seduca». Fui nombrado para la media modalidad agropecuaria, y en 1999, por reajuste del personal docente en la institución, a pesar de haber realizado proyectos con los estudiantes, que según el mismo rector reconoció, hacía tiempo no se hacían, fui asignado a la básica secundaria a dictar Ciencias Naturales y, para completar en la carga académica, me asignaron horas para trabajar con los reclusos de la cárcel municipal. A la par del trabajo docente realizaba los fines de semana en la universidad de San Buenaventura los estudios de licenciatura que exige la Ley General de Educación para ser incorporado al estatuto docente y para el ingreso al escalafón. Lo que los directivos no se esperaban, ya que solicitaron la plaza, según ellos, por ser tecnólogo, a lo que les respondí que ya era licenciado en Docencia y que había gestionado mi ingreso al escalafón siendo así nombrado en propiedad para la plaza docente de la institución. La persecución para aquellos que ingresan al sector educativo por méritos propios y que son simples ciudadanos sin contactos, ni «padrinos», continuaba mostrándose.

En el 2002, nuevamente, por reorganización del personal, fui trasladado al nocturno, dictando las áreas de Ciencias Sociales e Informática en los CLEI I y II, donde claramente se corrobora el juego del poder y los abusos para aquellos que no son participantes del mismo. El 2004, una vez más por reorganización, sobra un docente en la institución y soy trasladado a otra del mismo municipio para dictar Ciencias Naturales desde tercero de primaria hasta séptimo, y a pesar de no ser tampoco del agrado del nuevo rector por plantearle mis puntos de vista con los que no estaba de acuerdo en las reuniones de profesores; y de haber realizado el Proyecto Ambiental Municipal —con la Normal de Jericó y Corantioquia—; el Proyecto Ambiental Escolar —con la Universidad Cooperativa de Colombia—, que estaba ejecutando en la institución en horas extra clase; y el proyecto de Sexualidad —con la Universidad de Antioquia—, presentado como modelo en el municipio en el Foro Educativo Municipal, consideró la posibilidad de trasladarme. Solo me mantuvo en la institución por que la jefe de área, quien ejercía gran influencia en la institución por sus méritos como excelente ser humano y docente, reconoció mi buena labor y desempeño, corroborado por los altos resultados de los estudiantes en Ciencias Naturales en las pruebas Saber. Solicité traslado para municipios cercanos a Medellín, donde reside mi familia, y como no tengo «padrino» en Seduca, nunca me respondieron. En el 2007, concursé para director rural y, fruto de que me preparé arduamente, pasé con el primer puesto en la lista de elegibles y pude escoger un C. E. R. en un municipio cercano a Medellín. No más llegué y a los seis meses la

jefe de Núcleo lo fusionó con una I. E., por lo que, según me dijo ella, el único afectado era yo, por que debía ser reubicado. Volví a presentar concurso en el 2009 para rector y pasé ocupando el duodécimo puesto y acepté una I. E. en un municipio a tres horas de Medellín, a donde llegué en julio de 2010 y encontré una institución con muchas carencias, necesidades y dificultades que se subsanaron con esfuerzo de la comunidad educativa. Trabajé con Secretaría de Agricultura municipal el Proyecto Ambiental Escolar (Prae), para mejorar la calidad del agua, que fue aprobado e iniciamos su ejecución. Por problemas de salud, presenté mi carta de renuncia al periodo de prueba. En el 2011 volví al C. E. R. anterior, continué con mis labores como docente del grado quinto. Recordé que antes de irme, en 2010, se había gestionado con la comunidad, la Alcaldía y Seduca la construcción de una nueva sede y se aprobó por parte del departamento \$800.000.000; al preguntar por la obra me enteré de que los dineros destinados para la nueva sede se habían «desviado». Me asesoré en Seduca, les comenté a los profesores, a la rectora, al Concejo Municipal y, como por arte de magia, los dineros aparecieron y la obra se inauguró en el 2014.

En julio de 2012 me llegó decreto de traslado para una I. E. en un municipio más retirado de Medellín y en una vereda retirada del casco urbano. Por recomendación del abogado de la Unión Sindical de Directivos Docentes de Antioquia (Usdidea), para que no me aplicaran abandono del cargo, acepté. Desde Seduca deciden, con el proceso de reorganización, que en este municipio sobra un director rural. En abril de 2015 me entero del decreto de traslado de la plaza de la institución para otro municipio cercano a Medellín, me dirigí a Seduca y en la oficina de cobertura pregunté si con el traslado de la plaza de la institución también se trasladaba al funcionario nombrado en dicha plaza. Me respondieron afirmativamente, pero debía esperar el decreto de traslado. Llegué a un C. E. R. con trece sedes a cargo, con modalidades de escuela nueva y posprimaria, y no más llegar se me informó que se pretende a corto plazo convertirlo en institución educativa, en cuyo caso se nombraría un rector.

He sido testigo —sé que no soy el único— de los juegos del poder del sector educativo, que me ha tratado injustamente, pasándome de un lugar a otro, sin importarles como ser humano y tampoco mi buen desempeño. En nuestra labor docente deberían trabajar personas honestas, correctas, defensoras de la verdad, porque eso lo están viendo e imitando nuestros estudiantes. Lamentablemente, la ética de muchas de las personas que están en el poder en nuestra labor es muy cuestionable; las personas honestas, sinceras, que expresan la verdad en nuestro sector educativo deben asimilar las consecuencias de rechazo, envidia, malos tratos y, en algunos casos, hasta asumir el temor por su seguridad personal y por su vida. Se requieren más personas

que, como lo sugiere Foucault, practiquen la parrhesía —parrhesiastas— «no solo sean sinceros... sino que digan también la verdad»; sobre todo en la educación, que somos modelos para los estudiantes. Afortunadamente todavía hay personas con ética en el sector educativo, íntegras; que son críticas de sí mismas, de la cultura; revelar la verdad los pone en una posición de peligro, pero insisten en hablar de la verdad, pues consideran que es su obligación moral, social y política.

Se debe perseverar en la resistencia, en la ética, en la dignidad y presentar un ejemplo de vida que les muestre y enseñe a las nuevas generaciones que por encima del poder está la ética, la autonomía y la propia realización personal como un fin, nuestro propio fin y no permitir ser un medio para nadie así tenga el poder que tenga. Es nuestro deber ético ser vigilantes del poder en esta sociedad, para no permitir sus abusos y atropellos a la dignidad humana, violando los derechos humanos en su afán por el poder y la ambición.



Mi autobiografía

Dionis del Socorro Muñoz Muñoz ■
Institución Educativa San Luis Gonzaga
m2dionis79@gmail.com

«Los éxitos más importantes se consiguen cuando existe la posibilidad de fracasar».

Mark Zuckerberg

Mi nombre es Dionis del Socorro Muñoz Muñoz. Nací el 7 de octubre de 1967, en Ebéjico, Antioquia, donde viví hasta que me gradué de bachiller pedagógico en 1985 y trabajé cubriendo licencias por incapacidades de docentes en la I. E. Eduardo Yepes y el C. E. R. Blanquizal, hasta 1987. Soy la hija mayor y única en la familia de Gildardo Antonio Muñoz Muñoz, mi padre, un hombre campesino y trabajador incansable pero que actualmente se en-

cuentra en reposo a causa de múltiples enfermedades. Mi madre, María Noelia Muñoz Aguirre, fue un ama de casa abnegada y trabajadora, quien falleció como consecuencia de un derrame cerebral el 23 de julio de 1973. Por este hecho, en ese mismo año, en septiembre, mi padre se casó por segunda vez con la enfermera que cuidó de mi madre durante su enfermedad.

Me describo como persona, como una mujer: sensible, ansiosa y estudiosa. En lo social, de religión católica y de celebrar las fechas especiales, pedir la bendición a tíos, abuelos y padrinos. La etnia a la que pertenezco es mestiza y soy orgullosamente latina.

Fui a la escuela a la edad de siete años, en la vereda La Esmeralda. Fui promovida a segundo por saber leer en ese entonces. Ya para el grado tercero, a raíz de una paliza de mi padre, me fui a vivir con mis abuelos, tías y tíos. Terminé mi primaria en la E. U. de Niñas de Ebéjico y luego la secundaria en la Normal Nuestra Señora de Fátima, bajo la dirección de las hermanas de las Misericordias.

Salí a Trabajar como profesora de tiempo completo en San Pedro de Urabá, I. E. Camilo Torres. El 10 de septiembre de 1987, estando allí, inicié en la Universidad San Buenaventura a distancia y en 1988 obtuve mi Licenciatura en Administración Educativa.

Recuerdo que cuando tenía 8 años, mi padre me dio una pela con una correa por un daño que le hice a mi madrastra con una máquina de coser ropa. La paliza me dejó una herida en el muslo derecho, hecha con la hebilla de una correa. Salí corriendo, me enredé el brazo izquierdo en un alambre púas y me hice una cortada.

Mi mejor recuerdo es de cuando compartía con mis abuelos y los tíos en las épocas de Navidad. Mi peor recuerdo es la muerte de mi madre cuando yo solo tenía seis años y medio.

Como era hija única, reconozco que era muy mimada y consentida; al casarse mi padre por segunda vez, el entendimiento con la madrastra no fue el mejor, estaba destinada a ser el centro de atracción de toda la familia de mi madre y mi padre, más que todo por haber quedado huérfana.

Crecer con cinco hermanos y una hermana no fue fácil; yo no convivía con ellos porque estaban en una vereda y yo en el pueblo con los tíos y era poco lo que compartíamos por el resentimiento y la rivalidad que yo tenía con mi madrastra por hacerme castigar tan fuerte por mi padre.

Como resultado, crecí muy independiente y sin aceptar muchas reglas ni normas, en el colegio y en la casa, lo que me generó muchas dificultades en mi juventud, pero que a la vez se convir-

tió en la oportunidad, en mi motor y aliciente de superación para salir adelante y vencer todos los obstáculos que en la vida se me presentaran.

Adopté el coraje y la perseverancia de mi tío Melquis, la persona que más amo, mi amigo y quien me motiva a seguir adelante porque siempre me inculcó el deseo de lucha y amor por el estudio, por haber adquirido dicho compromiso con mi madre. Sin embargo, mis habilidades no se limitaban solo a la parte académica. También salí para trabajar y estudiar en un almacén mientras estudié mi secundaria, para poderme ayudar con mis estudios, a pesar de que contaba con su apoyo moral y económico. Debido a que me estaba quedando difícil viajar desde Urabá hasta Medellín para mis estudios, en 1989 me trasladó a laborar en Vegachí, en el Nordeste, a la escuela rural La María, con metodología de Escuela Nueva, con tiempo doble.

En 1991, paso a laborar en la vereda Guayabito, de Amalfi, en la E. R. Raquel Santamaría Arango. Luego en la vereda Romazón, del mismo municipio, hasta que me gradué de la licenciatura como administradora educativa, en 1992. En ese año pase del grado dos del escalafón al décimo, por tener tiempo doble acumulado de las escuelas donde había trabajado.

Luego, en 1994, empecé el posgrado en Planeamiento Educativo, con la Universidad Católica de Manizales, motivada por darle continuidad a la base académica iniciada y por el deseo de llegar a desempeñarme en un cargo directivo, algún día. La mayor satisfacción fue haber realizado el Primer Plan Decenal Educativo de este municipio como trabajo de grado.

En 1995, se presenta la oportunidad de laborar en el Centro de Servicios Docentes del Municipio de Amalfi, este era un programa de la Secretaría de Educación en el que se elaboraban los materiales didácticos y se capacitaba a los docentes en pedagogía y didáctica de la enseñanza para el mejoramiento de prácticas de la enseñanza aprendizaje de los niños en las escuelas urbanas y rurales.

El 29 de febrero de 1996, nació mi primer hijo, Andrés Ortega, quien llegó a mi vida para darme muchas alegrías, y meses después fue el acto de graduación, al que no pude asistir a recibir mi diploma. En mi representación lo hizo Héctor de Jesús Londoño, mi compadre y amigo jefe de Núcleo de ese entonces de Amalfi.

Como desde joven fui ansiosa y deseosa de adquirir nuevos aprendizajes, compartía siempre con mis amigos, que eran mayores que yo y se sentían felices de estar conmigo. Revivimos, recordamos gratos momentos y experiencias de vida. Yo los animaba y motivaba a continuar estudiando, Héctor Londoño y Enrique Salazar, mi otro compadre, son mis amigos inseparables.

Fue así como los animé a estudiar otra especialización con la Universidad de Manizales a distancia. Termine Educación Personalizada en 1998, a la vez que me capacitaba en el uso de nuevas herramientas tecnológicas y el manejo de medios como la radio y la televisión, el cual apenas se iniciaba con el uso de estos recursos en las escuelas, del cual tengo recuerdos muy gratos con el Programa Prensa Escuela que motivaba mucho a los niños.

Como mi aspiración era poder desempeñarme en lo que me había preparado en el 2000, se me presenta la oportunidad de acceder a un encargo de dirección en el 2001, como rectora en la I. E. María Auxiliadora, de Amalfi. Fue muy significativo poder hacerla crecer como institución y vivir el proceso de pasar de escuela a convertirse en colegio hasta llegar con estos hasta el grado décimo, proceso que se pudo lograr con la ejecución del Proyecto de Mejoramiento de la Educación Básica en Antioquia, que tuve la fortuna de liderar para tres I. E. urbanas y veinte rurales.

Este Proyecto se ejecutó con un préstamo del Banco Mundial y con recursos del Departamento y el Municipio. Tuve aprendizajes muy significativos y gratificantes, tanto en la parte personal como en lo profesional. Pude contar con el apoyo de dos periodos de las administraciones de alcaldes populares. Obtuve un reconocimiento por la administración municipal, según resolución 183, del 14 de mayo del 2004, por los aportes realizados en favor de la educación amalfitana. Firmado por Wilmar Alfredo Ríos Ortega, alcalde, y León Jaime Henao Orozco, secretario de Gobierno.

Allí también tuve la oportunidad de presentar un proyecto de Ley 21, y un empréstito del idea para continuar la construcción de la segunda planta de la I. E. María Auxiliadora, donde funcionaba, inicialmente, el comando de policía pero que fue derribado por la guerrilla en 1993. Sede que en la administración del alcalde Wilmar Alfredo Ríos Ortega cedió para el funcionamiento de lo que en la actualidad se conoce como Universidad de Antioquia, sede Amalfi. El burgomaestre, para poder cumplir con esta promesa que hizo en campaña, fusionó la I. E. María Auxiliadora con el Eduardo Fernández Botero en agosto del 2004, y entrega al Departamento la plaza de la rectoría; en consecuencia, me ubican en una plaza de secundaria en el área de Tecnología e Informática, para lo que no contaba con experiencia e idoneidad. Solicité, entonces, reubicación en Cisneros, en una coordinación, en la I. E. Cisneros.

Mi estadía en este municipio fue muy gratificante porque pude aportar y dedicar los mejores años de mi juventud y de mi profesión en función de sacar y liderar proyectos que ayudaron al mejoramiento de la calidad de la educación en el municipio y por lo que hice parte de la construcción de una visión de cons-

trucción de un plan decenal acorde a lo que estipulaba la Ley General de Educación que era convertir las escuelas en colegios, pero que a raíz de pensamientos políticos contrarios al del alcalde, tuve que abandonar en noviembre del 2004, experiencia que me frustró y desestabilizó en mi parte laboral, familiar y personal.

Dando continuidad a mis creencias de vida: lograr que todo estuviera en armonía, tratar de mantener el equilibrio en todas las esferas de vida —social, familiar, laboral, amistad, entre otros—, emprendí allí un proyecto personal y familiar entre 2005 y 2008, que tampoco fue satisfactorio y me condujo a una quiebra económica de la que aún no me repongo y me llevó a la separación de mi esposo.

Como los negocios independientes no eran mi fuerte, ya con mi corazón sanó de las heridas causadas por la experiencia de la rectoría de Amalfi, decido retomar y enfocarme en mi parte profesional y luchar por acceder a un cargo directivo que no me absorbiera mucho el tiempo que debía dedicarles a mis hijos. En el 2006 presento el Concurso de Méritos para coordinación y elijo la I. E. Antonio Nariño, de Puerto Berrío. Llego allí el 16 de julio del 2008.

Motivada, animada y con el deseo que me mueve de hacer las cosas con empeño, pasión, amor, dedicación y entusiasmo, me entrego a contribuir y poner mis habilidades y destrezas profesionales en función del mejoramiento continuo de la institución. Con el apoyo del rector Henry Alberto Salazar, mi amigo y compañero de estudio de la licenciatura y la especialización, lidero el diseño y la ejecución de los proyectos: Rectores y Coordinadores Líderes Transformadores, apoyados por la Secretaría de Educación y fundaciones privadas; participación en la convocatoria de Colegios de Innovación con el proyecto La Oratoria Escolar, que fue ganador por el Magdalena Medio de \$200.000.000. Tuve la posibilidad de liderar su diseño y ejecución de recursos entre 2013 y 2014.

Luego de haber cumplido con mi cometido en esta bella institución por un periodo de un periodo de seis años en los que pude nuevamente aportar a la construcción y el posicionamiento a nivel municipal, regional y departamental con la resignificación del PEI: El Antonio Nariño sin deuda social. Me llena de orgullo y satisfacción la contribución realizada desde los aportes de mi conocimiento a la historia de este municipio.

Con el ánimo de seguir con mi proceso de formación académica y el cuidado de mis dos hijos, Andrés y Adrián, a principios del 2015 me traslado hacia el Valle de Aburrá, al municipio de Copacabana, a la I. E. San Luis Gonzaga. En septiembre de ese mismo año, ante la participación de la Convocatoria de Becas de Maestría, realizada por el Departamento, soy beneficiada e in-

greso al programa Maestría en Educación Línea Gestión Educativa, con la Universidad de Medellín, entre 2016 y 2017. Durante los dos años curse los cuatro semestres de estudio. En el 2018 inicié la producción y la escritura del trabajo de investigación, pero en julio me trasladan de manera arbitraria a la I. E. R. Salinas, de Caldas, lo que interfirió en el proceso de terminación del trabajo de investigación en el tiempo planeado por la universidad. En julio del 2019, al regresar a la I. E. San Luis Gonzaga, pude presentar y sustentar el trabajo «Fortalezas del equipo docente en la gestión educativa: el caso de la Institución Educativa San Luis Gonzaga de Copacabana (2016-2017)» y por fin obtener el título de magíster en Educación el 6 de noviembre de ese mismo año. El trabajo propuesto en esta investigación es un plan de fortalecimiento estratégico en las cuatro áreas de la gestión. Su ejecución está prevista del 2020 al 2021.

En el futuro seguiré fortaleciendo mi proyecto de vida, continuaré ayudando a las instituciones en el diseño y la asesoría de proyectos educativos desde el ámbito particular y a través de una fundación que quiero crear.



Vivencias de inclusión y diversidad. Memorias de un aprendiz de maestro

Guillermo León Correa Suárez
Institución Educativa Rural Granizada
rectoria@iergranizada.edu.co

«No hace falta intentar descubrir nuestra misión, es ella misma la que nos busca».

Inclusión y diversidad, conceptos, imperativos legales o requisitos de cualquier propuesta curricular en los contextos educativos actuales, pero, ante todo, vivencia encarnada en la historia personal que nos afecta del mismo modo; bien sea como estudiantes o como maestros, dejando improntas en nuestro ser que determinan, incluso en el presente, el grado de adopción de un enfoque de inclusión y de

diversidad cultural en nuestras prácticas cotidianas. En definitiva, es en el trasegar de un cúmulo de experiencias vitales, de afecto, e incluso de muerte, en donde se entreteje la sensibilidad del maestro que proyecta su praxis más allá de lo meramente academicista, logrando incluir de verdad a sus estudiantes, no solo integrándolos o sumándolos a un aula de clase, sino descubriendo y potenciando sus habilidades y talentos como consecuencia indefectible de haber sido integrado, tenido en cuenta y aceptado por sus maestros a lo largo de su propia formación, como fruto de esa dialéctica entre ser incluido e incluir, entre ser aceptado y aceptar al otro en su diferencia.

Es esta pues mi historia personal, simple e hilada desde esos dos aspectos: la inclusión como acogida afectuosa y la diversidad como la apertura y el diálogo respetuoso con los demás. Acontecer entremezclado con el discurso pedagógico, amalgamándose de tal modo que, hacia el final, ambos se hacen uno solo y no se distinguen el uno del otro.

Evoco un recuerdo inmemorable de mi infancia, el ataque inclemente de abejorros africanizados —eso decían los vecinos— que en 1983 padeció mi escuela Pedro Octavio Amado Herrera, del barrio Belén Buenavista, en Medellín. Ocurrió en medio de la jornada escolar, creando un pánico generalizado en todos nosotros y algunas picaduras menores que no causaron gravedad. Yo, estudiante apenas de cuarto grado, sufrí una en el cuello. Para mi fortuna, mi primer maestro doméstico y para mí, mi gran héroe, mi padre, apareció con un traje de protección improvisado a base de toallas de baño y un poncho en su cabeza, consiguiendo sacarme de allí sano y salvo. La huella de ese acontecimiento en mi mente me ha permitido comprender que incluir en cualquier espacio vital, la familia, la escuela o la sociedad en general es cuidar; que solo se da protección a quien realmente se quiere, pues la educación y la formación están mediadas por el afecto, por eso nunca nos podremos negar a la misión de rodear a nuestros estudiantes, protegiendo, ante todo, su integridad.

Recuerdo otra radiante mañana en la misma escuela, corría el mes de mayo de 1983. El profesor de español, Samuel Cuervo, mi segundo gran maestro, me llamó aparte; poniendo su mano en mi hombro, me dijo sonriente: «¡Ahora vamos a mostrarlos a todos lo que hemos hecho de usted!». Yo estaba muy nervioso, pero a pesar de ser un niño muy tímido, pude declamar ese bello poema que el profesor Samuel me había enseñado y entrenado con tanta dedicación para recitar ante toda la escuela en la celebración de las madres. Desde allí descubrí mi talento para el arte y, posteriormente, para la música en especial. El grado sexto lo hice en ese entonces, 1984, en el colegio Yermo y Parres de Belén, con el empujón motivacional del impulso de mi profesor Samuel, obtuve otros pequeños grandes triunfos como declamar

—muerto de miedo— en el Día de la Mujer frente a todos, y hacia mitad de año ganar para mi grupo, sexto A, las Olimpiadas del Saber. Estas tempranas vivencias personales me conducen a pensar y sentir que incluir es acoger el ser de los estudiantes en sus habilidades diversas, en sus talentos y debilidades, para convertirlas en oportunidades, descubriendo y potenciando todo lo positivo que hay en cada uno de ellos, extrayendo y haciendo emerger de sí ese cúmulo de potencialidades para afrontar su futuro. Siempre sabremos cuándo se siembra, pero jamás cuándo se recogerán los frutos en educación.

Para 1985 ingresé al grado séptimo en un seminario menor, el Centro de Orientación Vocacional Sperandeo Urrea (COVSU), en Itagüí, modalidad internado. Allí pude compartir y convivir con compañeros de municipios de todo el departamento de Antioquia, así como de otros lugares de este país tan diverso culturalmente, siendo formados por misioneros italianos de la Divina Redención, con todo lo que implicaba el encuentro con la cultura europea. El COVSU marcó mi vida de estudiante y de maestro, pues hacia 1997 realicé allí mi práctica como licenciado en Filosofía y Letras, posteriormente, mi primera experiencia de docente vinculado hasta el 2003. El padre Rosario Angelillo Anesse, napolitano de origen, una especie de Don Bosco moderno, fue mi tutor y mi tercer gran maestro significativo; de él aprendí la sencillez y el trabajo honrado hecho con dedicación. Durante este proceso formativo de ocho años con los misioneros de la Divina Redención, entre 1985 y 1992, luego del grado once en el programa de Filosofía Eclesiástica de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), pude interactuar con muchos compañeros de diversos países pertenecientes al seminario internacional Redemptoris Mater —Madagascar, España, Uruguay, Filipinas, entre otros—, intercambio que me permitió ampliar mi visión del mundo y de las diversas costumbres y tradiciones. Lo que pude colegir de estas vivencias fue que el encuentro con diversas culturas locales, nacionales e internacionales y el diálogo con las mismas es una experiencia de diversidad que marca en la medida en que, como individuos, nos abrimos a otras cosmovisiones en el contexto de la globalización. Luego de retirarme de la comunidad religiosa, ingresé al programa de Psicología de la Universidad de Antioquia, en donde dialogué con otras diversidades, la diversidad de credo y de ideología política. Fue para mí contrastante conocer otras posiciones, incluso ateas, otras formas de ver el mundo en autores como Freud, Marx y Nietzsche. En este sentido, universidad es casi sinónimo de diversidad.

A su vez, a distancia pude culminar la Licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad Santo Tomás de Aquino (USTA), asumiendo en mi vida, tras esa formación, el principio tomista de la «unidad en la diversidad», el respeto por la diferencia manteniendo la propia unidad de criterio ético y concibien-

do la riqueza el pluralismo de las manifestaciones culturales, ese principio que se convierte en una actitud frente a la vida y nos debería acompañar siempre en el día a día en el ejercicio de nuestra labor como maestros. Como docente del COVSU, durante cinco años fui inmensamente feliz. Con mi compañero de luchas, el profesor Sergio Muñoz, siempre buscamos, él a través del teatro y yo a través de la música y la literatura, desentrañar lo bueno de los estudiantes y sacarlo a flote, tanto que en esa generación que tuvimos en nuestras aulas hoy en día hay médicos, abogados comerciantes, e incluso artistas reconocidos como Jhonatan Granados del grupo Pasabordo. Eran para mí un reto muy satisfactorio participar con mis pupilos en los concursos de oratoria promocionados por la Personería Municipal de Itagüí, cuyos finalistas incluso iban a los recintos de la Asamblea Departamental de Antioquia y del Congreso de la República en Bogotá a una final nacional. Recuerdo que hasta allí llegaron dos de mis estudiantes.

Mis primeros años de maestro arraigaron en mí la convicción de que cuando acoges al estudiante, descubres sus talentos, lo potencias hacia el desarrollo de sus habilidades más destacadas, te estás realizando como persona, empoderando y enriqueciéndote como maestro, por tal razón no podemos ser mezquinos en ofrecer a nuestros alumnos lo mejor de nosotros mismos.

Esta edad dorada culminó hacia el 2001, año en que los terroristas radicales desmoronaron las famosas Torres Gemelas en Nueva York. Nuestra propia tragedia se dio cuando el «Mompi», así le decían sus compañeros de sexto, una de mis cartas fuertes en el concurso de oratoria de ese año, procedente del barrio Villatina y para quien la oratoria era una tabla de salvación de la violencia y otros males sociales, sufrió un accidente en el internado al caerse de un árbol de más de cuatro metros de altura, falleciendo al instante. Además del dolor inmenso por la partida inesperada de nuestro discípulo, en las circunstancias accidentales y trágicas acaecidas en las instalaciones del internado, presenciábamos hacia finales de ese mismo año, el cierre definitivo del seminario menor COVSU por falta de vocaciones sacerdotales, por lo cual fuimos trasladados, el profesor Sergio Muñoz y yo, al Centro Técnico, hoy Colegio Carpinello, de Itagüí, de la misma comunidad de los misioneros de la Divina Redención. Allí trabajamos arduamente entre los años 2003 a 2005, en favor de una población compuesta por estudiantes de los municipios de La Estrella e Itagüí, y por jóvenes del Hogar del Niño y Hogar Santo Domingo Savio, provenientes de todas las comunas marginadas de Medellín, siempre procurando mostrarles otras posibilidades de vida, que descubrieran sus talentos, no solo para las artes, sino también para los oficios y las profesiones como impulsores de su realización personal. La música siempre estuvo presente en los grupos de proyección con los estudiantes, en colaboración

con mi colega, el profesor Fredy Rivera, intérprete de instrumentos andinos de cuerdas y de viento.

Este periodo de mi vida de maestro me confrontó con la muerte y la vida que se entrecruzan para mostrarnos no solo la fragilidad y el carácter contingente de la realidad, sino para indicarnos que es al estudiante a quien nos debemos, es a través de nuestra labor que podemos generar desarrollo humano y grandes proyectos de vida.

En 2006 inicia mi carrera como docente del sector oficial en la Institución Educativa La Libertad, barrio Villatina, de donde era el MOMPI, mi recordado estudiante. Durante dos años, 2006 y 2007, pude aprender de mis alumnos, mientras les enseñaba a tocar flauta, a conjurar el fantasma de la tragedia todavía recordada después de casi veinte años, en 1987, cuando una avalancha de tierra cubrió parte del barrio. Algunas expediciones pedagógicas al cerro tutelar Pan de Azúcar me posibilitaron divisar la ciudad en toda su dimensión, esa urbe constituida de contrastes entre lo lúgubre de esas casas de madera y lata junto a la perspectiva del progreso de aquellas edificaciones modernas en construcción más hacia la zona céntrica, mientras me surgían las preguntas: ¿cómo saldar esa brecha?, ¿cómo incluirlos a todos en un sistema educativo que les hiciera justicia?

Para el 2008 tuve la experiencia de trabajar en una institución con enfoque inclusivo y de reconocimiento de los derechos fundamentales, la I. E. José Acevedo y Gómez de Guayabal. Allí, con el liderazgo del rector Jaime Sierra, me enriquecí demasiado a nivel personal y profesional al poder aplicar directamente la inclusión en el trabajo docente en aulas que acogían sin ninguna distinción a todo tipo de estudiantes. Pese a que al principio salía como si me hubieran apaleado debido al cansancio que sentía al término de la extenuante jornada, al final pude, durante dos años, replantear mis prácticas docentes y aprender lecciones contundentes por parte de mis estudiantes de distintas condiciones y características tan heterogéneas. Supe que mis alumnos eran en realidad diversamente hábiles, ratificando que dicho término no era un eufemismo para denominar a los estudiantes con discapacidad. De los estudiantes invidentes aprendí que la imaginación permite crear historias increíbles, así como a disfrutar de la armonía de su canto más desarrollado desde su oído; vi como la niña en silla de ruedas generaba sentimientos de solidaridad y de compasión no como lastima, sino como efectiva apuesta en el lugar del otro en los estudiantes que uno consideraría más hostiles; presencié cómo, casi milagrosamente, la música, el deporte, la danza, el teatro y las artes plásticas reorientaban sus proyectos de vida, así no fueran tan diestros en otros asuntos. Por otra parte, en el programa nocturno de adultos en la sede República de Costa Rica, de la misma José Acevedo, aprendí

que todos, no importando su edad, merecen otra oportunidad de retomar su proceso educativo y alcanzar las metas propuestas en sus proyectos de vida.

Hacia el 2008, también en el colegio privado Sagrados Corazones, de Robledo, al frente del área de Artística, Música y Lengua Castellana, contratado medio tiempo, pude empaparme del enfoque diferencial de género con las niñas. Después de haber trabajado en el COVSU y Carpinello con solo hombres y en las instituciones mixtas de carácter oficial pude acercarme con respeto a la distinta sensibilidad y la visión de las mujeres hacia el mundo.

Ya en el 2010, como coordinador de la Institución Educativa República de Venezuela, en Belén Las Violetas, un sector bastante golpeado por la violencia social, en asesoría con la Universidad Autónoma Latinoamericana, establecimos el programa de mediación escolar, sacando a flote esa capacidad de los niños para resolver de manera pacífica sus conflictos y contrarrestar ese rezago de violencia de tantas décadas anteriores de las que eran un poco herederos. Después de dos años, pasé a la I. E. Pedro Octavio Amado (POA), sí, donde estuvo la escolita en la que realicé mi primaria y que ahora era un infraestructura mucho más grande y moderna. Por alguna razón universal que desconozco he regresado a devolver lo que recibí a los lugares donde me eduqué, como si el destino conspirara para que otorgue mi gratitud por las enseñanzas y la formación recibidas. En un ambiente también de violencia entre bandas, en donde alguna vez tuve que arrojarme al piso para evadir las balas, surgió por ese tiempo mi interés por los coros infantiles y juveniles; siendo toda la vida músico instrumentista aficionado, conformé mi coro con varios estudiantes de la Pedro Octavio Amado y otros niños de sectores aledaños a la parroquia Jesús María y José, de Belén Aliadas, Loma de Los Bernal, Belén San Bernardo y Belén Altavista, provenientes de todos los estratos socioeconómicos, y emprendí con ellos la aventura de la música coral como parte esencial de mi existencia. Esta pasión compartida desde hace diez años nos ha llevado a pisar escenarios en varias ciudades de Colombia y, recientemente, en países como Ecuador y Perú. En este tiempo aparece también la figura de mi cuarto gran maestro, Alejandro Zuleta Jaramillo, como estudiante de la Especialización en Dirección de Coros Infantiles y Juveniles de la Pontificia Universidad Javeriana, que realicé entre 2012 y 2014. Él me enseñó a formar coros inclusivos en los que todos pueden aprender a cantar usando la pedagogía vocal y coral adecuadas y así poder rescatarlos de los diferentes flagelos sociales. La muerte violenta de varios de mis estudiantes de la POA, asesinados a manos de las bandas relacionadas con el microtráfico en el sector, marca mi frustración frente a la impotencia de un sistema educativo, pues a pesar de nuestros esfuerzos no pudimos arre-

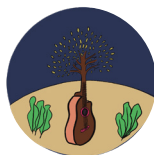
batárselos a la violencia social para que hubieran podido construir otras opciones para su proyecto vital.

Año 2015, por concurso llego nombrado rector al municipio de Jericó, allí donde nací en 1972, ese mismo territorio desde donde migraron mis padres campesinos hacia 1974 con sus dos pequeños hijos, Sandra y Guillermo, buscando oportunidades de progreso en la urbe. Un pueblo destacado por su religiosidad católica, la cultura, el turismo, los hermosos paisajes y la arquitectura republicana conservada. Durante este nuevo retorno a mi génesis, para pagar mis deudas de gratitud, desempeñé el cargo de rector en la I. E. R. San Francisco de Asís durante cinco años, pretendiendo, no sin dificultades, incluirlos a todos a pesar de sus formas de pensar, independientemente de mis concepciones personales. Con un énfasis en lo ambiental, propio de la institución, era indispensable acoger tanto a ambientalistas como a los hijos de trabajadores de la mina, y a trabajadores de la mina en el programa sabatino, pero también personas relacionadas con los monocultivos de aguacate, pino y otros sin ninguna distinción, brindando herramientas de juicio individual y no adoctrinando en ideologías.

Una vivencia significativa frente a la diversidad sexual en un ambiente en ocasiones puritano y aferrado a costumbres ancestrales fue presenciar con respeto y admiración que por primera vez los habitantes LGBTI, valientemente, plantaran su bandera multicolor en el día de celebración del orgullo, en pleno el parque principal, marcando un hito histórico en el municipio. Finalmente, en el transcurso de esos cinco años, la muerte visitó a tres de mis grandes maestros Alejandro Zuleta Jaramillo, en 2015; mi padre, Guillermo Alonso Correa Álzate, en 2017; el presbítero Rosario Angelillo, en 2018. De mi maestro de primaria, Samuel Cuervo, jamás volví a saber. Ellos y todos mis demás maestros, que de verdad me incluyeron, no solo en sus aulas, sino en sus vidas, me dejan un profundo sentimiento de gratitud, más el legado y la misión ineludible de hacer lo mismo con mis propios estudiantes. Esa tarea encomendada me inspira cada día.

En la actualidad, como rector de la Institución Educativa Rural Granizada, de Copacabana, desde el 3 de agosto de 2020, desde el confinamiento, estamos asumiendo el gran reto de resignificar el PEI para responder a las necesidades de una población rural, conurbana, heterogénea y diversa, compuesta por desplazados, migrantes y comunidades indígenas; nos impele el deber de acogerlos en su diversidad en una inclusión afectuosa para potenciar y desarrollar su ser. Aún me siento un aprendiz de maestro, como en mi niñez, siento el impulso de mi profesor Samuel y esa voz que me dice: «¡Ahora vamos a mostrarles a todos lo que hemos hecho de usted!», y afronto los temores y la incertidumbre

de esta tarea con esa misma seguridad que me brindó mi padre el día en que los abejorros atacaron mi escuela primaria.



Entre música y baile, aprendiendo a través del arte

Daniel Eduardo Piedrahíta Díaz ■
Institución Educativa Manuel José Sierra
daniel12dpd@gmail.com

Soy Daniel Eduardo Piedrahíta Díaz, tengo veintiocho años, mis pasos hacia la docencia se configuraron al graduarme como normalista superior, luego como licenciado en Educación Artística y Cultural, especialista en Pedagogía y Docencia y magíster en Educación. Soy docente desde los veinte años, cuando recién salí de la Normal Antioqueña de Buenos Aires. Tuve la fortuna de iniciar mi labor en el nivel de básica primaria en diferentes colegios públicos de Medellín, en los que pude ir adquiriendo las primeras experiencias que me han permitido forjar este sinigual sendero, en el que se logra la transformación de los seres que pasan por nuestras aulas dejándoles enseñanzas y ellos a nosotros, huellas imborrables que, sin duda, nos re-construyen a diario.

Elegir las artes como énfasis de mi licenciatura fue el resultado de un proceso que inició en mi infancia, sentía una agradable atracción por la música, y no cualquier música, la clásica, el violín... Así comencé en los semilleros de la banda sinfónica de la Casa de la Cultura en Copacabana. Por mis características y habilidades, el director de la banda determinó que era la tuba el instrumento que debía interpretar, y así lo hice por más de ocho años durante la secundaria.

Durante los estudios de licenciatura cursé diversas disciplinas del arte, sin embargo, encontré en la misma música el encanto del baile, unas profundas sensaciones que me hicieron sentir bien, vivo y alegre, algo que me ha caracterizado en mi familia,

con mis amistades y, claro está, en el trabajo. De esta forma, se selló la alianza entre mi vida, el arte, la música y ser docente; sin descontar ser hijo de padres docentes, que con el ejemplo proyectado por ambos, terminó de cautivarme esta labor que ahora es mi quehacer día a día.

Pasé el concurso docente como normalista superior, por lo que inicialmente me desempeñé en básica primaria en la vereda El Diamante, de San Rafael; allí trabajé con un pequeño y encantador grupo de estudiantes en la modalidad de Escuela Nueva, orientando todas las áreas apoyado en las guías de este modelo educativo, sin dejar de lado mi enfoque artístico, con el que le sumaba creatividad y goce a mi labor con los chicos. Esta experiencia fortaleció mucho mi vocación, sin embargo, se me dio la oportunidad de pasar a los niveles de básica secundaria y media, algo que me llenó de emoción, pues fue mi objetivo desde que empecé con la docencia.

Preparándome para los retos venideros

Buscando mejorar mis habilidades y conocimientos teóricos y prácticos sobre los procesos de enseñanza y aprendizaje, continué estudiando al tiempo que trabajaba, realicé la especialización y, posteriormente, la Maestría en Educación, logro muy significativo para alguien como yo que nunca se destacó en la secundaria por haber sido un buen estudiante. Sin que este fuera mi propósito, demostré a los demás y en especial a mí, que la historia académica adolescente no define al profesional, hay motivos suficientes para superarse cuando se estudia lo que apasiona y hace vibrar el alma.

Aprendiendo mientras desaprendo

En cuanto a mi experiencia en la básica secundaria y media, todo se origina luego del traslado a la I. E. Manuel José Sierra, de Girardota, reconocida en la comunidad girardotana como «el Liceo». El colegio está conformado por ocho sedes rurales, por lo que sus estudiantes, en un gran porcentaje, son del contexto rural, que al finalizar la primaria continúan la básica secundaria en la sede principal en la cabecera; así está organizada la dinámica educativa del liceo, desarrollada en una sede alquilada, ya que en ese momento no se contaba con una planta física propia.

Mi llegada a la institución fue, en pocas palabras, desaprender para aprender. Indudablemente, enseñar a niños es diferente que enseñar a jóvenes; sin mencionar que el área de Educación Artística es de las más «discriminadas» por los colegios al considerarla «de relleno», es decir, generalmente no tiene un aula adecuada para el trabajo artístico, no cuenta con material, ni con

plan de estudios, y no es común encontrar un docente especializado, a pesar del reconocimiento que hace el MEN a la importancia del arte en la formación del estudiantado. El liceo era un buen reflejo de esta descripción, un área sin doliente, desactualizada y sin procesos que evidenciaron a la comunidad institucional los grandes beneficios que la artística ofrece. Sobre esta realidad me propuse fortalecer el área, intervenir su estructura adecuándola para obtener el mayor provecho de sus disciplinas, así tuviera solo una hora semanal con todos los grados.

La metamorfosis

La reestructuración tardó un poco, pues habiendo llegado en septiembre, me dediqué el resto del año a observar y analizar las características y las condiciones de la comunidad. Tuve la fortuna de presenciar la metamorfosis institucional con la decisión de la Gobernación de Antioquia, el Área Metropolitana del Valle de Aburrá y la Alcaldía municipal, de construir la sede institucional, el megacolegio, algo esperado por más de setenta años de existencia del liceo. Este suceso favoreció mi proceso de reestructuración porque tuve la perspectiva del antes y el después, y viendo la nueva sede me surgían mayores expectativas y opciones para redimensionar el área, pudiendo llegar a integrar la plástica, las artes visuales y la danza-teatro, es decir, potenciar otras ramas del arte para desplegar todas sus fortalezas y alcanzar el impacto que sabía que podía lograr, no solo en la exploración y el desarrollo del talento y la habilidad artística, también en la formación del sujeto, del ciudadano creativo capaz de enfrentar las problemáticas que día a día nos toca resolver.

Resaltando el Área de Artística

Ahora, en esta nueva realidad y empezando un nuevo año como jefe del área, me vi en el punto crucial para definir mi aporte como docente profesional de las artes, a esta población ávida de nuevos contenidos y metodologías, que en verdad marcara la diferencia respecto a lo que ya habían experimentado en el área hasta el momento. Lo primero fue crear una nueva malla curricular, adaptada a tres períodos académicos como se hacía en los demás cursos del currículo institucional; lo segundo fue estructurar integralmente el área, desplegando otras ramas del arte.

Este procedimiento se debía analizar para verificar la aceptación, no solo de los directivos, también de educandos, padres de familia y acudientes. Poco a poco se veían pequeñas pinceladas de su viabilidad. Con el transcurrir de cada periodo se destacaba la creatividad en los jóvenes, lo que me llenaba de orgullo y

emoción, sin embargo, faltaba esa parte del arte que genera risas, coordinación, memoria, otros lenguajes... en pocas palabras, faltaba la música, más allá fue la danza... el baile.

Implementado, el baile se convirtió en una de las clases más participativas y disfrutadas por los jóvenes, sin descontar la motivación que mostraban también hacia las demás disciplinas de la Educación Artística; la gran acogida que tuvo por la comunidad Majosi, me llevó a proponerla como proyecto pedagógico institucional, para que los estudiantes de diferentes grados pudieran disfrutar y aprender del baile con ayuda del docente y sus pares. Fue una experiencia genial, muy significativa; practicábamos después de clases, ejercitándonos y, lo más importante, disfrutando. Ante su aceptación, los directivos decidieron poner esta clase en la jornada única, proyecto liderado por la Secretaría de Educación de Antioquia y el MEN, evidenciando la fuerza que ya tenía el área en el liceo.

Medio ambiente, folclor... Ecoreografiemos

Hace un tiempo, la institución estableció un convenio con el Sena en el que se forman y gradúan bachilleres técnicos en Conservación de Recursos Naturales. Gracias a esta técnica y al secretario de Educación de Girardota, se recibió una invitación para representar al municipio en el proyecto Ecoreografiemos, creado por el Ballet Folklórico de Antioquia (BFA), corporación profesional en danza y música reconocida nacional e internacionalmente por sus montajes coreográficos, en convenio con el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, entidad responsable de la gestión sostenible del territorio demarcado como Valle de Aburrá, atiende, entre otras cosas, el favorecimiento de los recursos ambientales de nuestra subregión. Estas dos instituciones se aliaron en el 2018 para dar un mensaje ecológico a los diez municipios que conforman el valle, mediante el baile, una fusión bastante interesante que mezcló el pensamiento ecológico, la expresión corporal, el movimiento y las demás características que le dan vida a una puesta en escena, a una coreografía.

Asumiendo el reto...

Esto fue lo que significó este proyecto: un reto; hasta ese momento, en el liceo se montaban coreografías alusivas al baile de salón —salsa, bachata y porro—, que ya era algo ambicioso, pues la tendencia inmediata de los jóvenes era el reguetón; personalmente no había incursionado antes en el ámbito del baile urbano, sin embargo, eso no me detuvo para sumarme al proyecto y representar no solo a la institución, sino también al municipio de Girardota.

La inducción y la capacitación por parte del Área Metropolitana y el BFA fue muy completa, un proceso enriquecedor y entretenido, cada semana era una adquisición de aprendizajes que ofrecían más elementos para ir atrayendo a los estudiantes a aprender con más estilo, más didáctica; esto favoreció la postulación de muchos estudiantes, por lo que se debieron seleccionar mediante eliminatoria los quince participantes permitidos.

Los ensayos se iniciaron con el reconocimiento corporal para identificar sus habilidades y las de los pares; en tanto se iba realizando la creación y la aprehensión de la coreografía, se dimensionaban los demás factores involucrados: escenografía, vestuario, maquillaje y elementos del baile. Como director del proyecto empecé a gestionar recursos con toda la comunidad institucional, requería el apoyo de directivos, docentes, estudiantes que no participarían del baile y, por supuesto, padres de familia, a quienes se les informó cada paso que se daba. Todos, de una u otra manera, nos aportaron, lo que me generó enorme satisfacción, motivación y agradecimiento.

El proyecto se daba en tres fases, una primera de preparación a los docentes que desearon participar; la segunda fue mandar un video con la coreografía del baile urbano sobre la canción El planeta se respeta; para llegar a la tercera fase dependíamos de la selección de los jueces de los diez colegios finalistas. Llenos de ansiedad, esperamos la decisión, grata espera porque fuimos seleccionados, ese era mi logro, mi objetivo desde el principio, que mis estudiantes representaran a su institución y los hicieran sentir importantes, como unos verdaderos artistas. La tercera y última fase consistió en ir al Coliseo Iván de Bedout, en Medellín, a enfrentar los otros nueve colegios seleccionados.

El 16 de septiembre del 2018, día del evento, nos recogieron en el colegio, al llegar vimos la tarima, la adaptación de los camerinos y la emoción de una puesta en escena. La experiencia fue espectacular, mis estudiantes transformados en bailarines y, como niños abriendo su regalo, brillaron sus ojos de asombro y felicidad, igual que los míos al verlos bailar con su vestuario en medio de las luces que adornaron la tarima. Escuchar los aplausos después de ejecutar su acto ¡fue el plus! No ganamos, pero en ese instante ninguno pensó en el premio, pensamos en todo lo que vibramos, en la tremenda experiencia vivida durante la ejecución del proyecto, en los momentos dulces y amargos que hicieron que valiera la pena haberlo realizado.

Es uno de los momentos que me hace sentir orgulloso de ser un profesor... un maestro, y me hace decir con convicción y claridad que, para lograr los objetivos, el trabajo no debe ser individual, debemos saber trabajar en equipo y apoyarnos a la luz de una misma meta. A veces, en nuestras instituciones, perdemos el norte, no interiorizamos la importancia del trabajo grupal, pero

como humanos, reconociendo nuestras fallas y los aportes que entre todos podemos ofrecernos, pudiéramos apuntar a llevar a cabo una educación más real, con mayor relevancia y experiencias significativas para nuestros niños y jóvenes. Solo así nos podremos dar por bien servidos y entenderíamos que el aprendizaje no está solo en la meta, también en el recorrido y en cómo lo hicimos.

Una última narrativa



Construcción de sujetos sociocríticos: exploración y navegación por los mares de la comunicación.

*Marcela Hernández Chacón, Roberto Gaviria
Luis Alfonso López Hernández*

*Institución Educativa Liceo Cocorná
marcelahzchacon@gmail.com / ineducocorna@gmail.com*

“Quien no tome conciencia de la situación del mundo en que vivimos, difícilmente tendrá algo que decir sobre él”.

Elías Canetti.

Provenimos de diferentes municipios del país y gracias a nuestra profesión docente y a las oportunidades que se nos han brindado en nuestros caminos terminamos anclando en un nuevo puerto, con todas las vertientes, aventuras que incluyen las nuevas experiencias. En medio de ese pasar de los días las ideas, las

conversaciones, las reuniones nos fueron allanando caminos de convergencia, de diálogo. Encontramos que nos une la ilusión de aportar en el avance de la sociedad hacia una más equitativa, más participativa. Cocorná nos ha abierto sus puertas permitiendo que seamos parte activa del municipio.

Adicionalmente, en nuestra institución, felizmente, hay unos proyectos que impactan positivamente a la comunidad educativa y a la sociedad misma. Estos son: Festival de Teatro, Semana de la Juventud, Semana de los Valores, Feria de la Ciencia, y Olimpiadas Matemáticas. Por otra parte, el periódico escolar. Todos estos proyectos permiten que la comunidad educativa tenga opciones de desarrollo y potencialización de diversos saberes y aprendizajes.

Vislumbramos en medio de esto que hacía falta un espacio comunicativo con mayor continuidad, dinámico, capaz de fomentar, reforzar y promover el desarrollo de competencias comunicativas. Reunidos, con la meta en ciernes decidimos enriquecer los proyectos del Liceo con la implementación de la emisora escolar. Sabiendo que había los recursos mínimos de sonido entablamos comunicación con el señor rector, Antonio de Jesús Restrepo, se generó una amena charla sobre lo que pretendíamos. Él nos sugirió algunos acuerdos mínimos, como cuidar el uso del lenguaje de los estudiantes, el tipo de música y el debido acompañamiento en las instalaciones de la emisora. Nos dió el aval para dar inicio. El siguiente paso fue comunicar a nuestros estudiantes las buenas nuevas. Se mostraron motivados con esta opción. Luego diseñamos un guión para los estudiantes que permitiera direccionar la participación en la emisora con los aspectos acordados en la reunión previamente reseñada. Asignamos trabajos en equipos de cinco estudiantes por cada grado y a cada grupo un espacio de veinte minutos para desarrollar su programa. Este proyecto se extiende desde octavo hasta undécimo en la sede Liceo Cocorná perteneciente a la zona urbana del municipio. El mismo ha permitido la participación activa de los jóvenes, la variedad y el respeto por los gustos musicales. Se han escuchado poesías, cuentos, reflexiones e informaciones generales. Como es de imaginar, surgen los nervios en los estudiantes que realizan la emisión del día. Aunque día tras día lo han superado, haciéndolo de forma más natural, apropiándose de la palabra para construir un sueño común, una emisora en la que la voz de uno es la voz de todos.

Igualmente algunos muchachos se emocionan demasiado y pasan a la emisora hasta diez peticiones de mensajes para sus compañeros con el objetivo de que sean leídos en la misma. Por supuesto no todos se alcanzan a leer, además no han faltado al-

gunos inconvenientes, pero esas situaciones nos han permitido ganar experiencia a todos y en todos los sentidos, tanto a los estudiantes que están ese día, a los docentes que estamos guiando, como a los estudiantes que entran en conflicto y se enfrentan a la necesidad de llegar a una resolución respetuosa de la situación.

Por otra parte, hemos ampliado los canales de comunicación y debido a lo mismo abrimos una cuenta en Instagram que es manejada por un grupo de estudiantes de undécimo, quienes se encargan de publicar información y contenido relevante para la comunidad al menos dos veces al mes. A veces creemos que si tuviéramos más tiempo podríamos montar una agencia de comunicaciones.

En medio de este contexto, de ese trasegar se abrió la caja de Pandora, y uno de los males, Covid-19, obligó a encerrarnos en casa. Pasaban las semanas y pensábamos en cada uno de los estudiantes, en cómo acompañarlos, hacernos visibles para ellos a pesar de la distancia física y de las circunstancias.

Repentinamente surgió una invitación desde un programa radial llamado: “Tintiando con el profe” en la emisora Cascada Estéreo, 107.4 F.M. del municipio de Cocorná. Al finalizar el mismo, Natalia, encargada del máster, con mucha deferencia nos brindó la opción de tener un espacio radial. En ese momento no hubo respuesta de nuestra parte, pero horas más tarde decidimos aceptar y asumir el compromiso de realizar un programa semanal. Esto lo hacemos teniendo presente el mismo sueño: ser para que otros sean. Como en la caja de Pandora, la esperanza quedaba guardada e hicimos uso de ella.

Empoderados con el espacio radial y teniendo presente nuestro horizonte personal aunado al de la visión institucional que se propone:

“Para el año 2022, la Institución Educativa Cocorná será reconocida a nivel regional por sus procesos formativos incluyentes, orientados hacia la investigación y apoyados en la apropiación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación -TIC-”.

En coherencia con lo anterior, desarrollamos un proyecto transversal en el que participamos algunos docentes de las asignaturas de artística, sociales, lengua castellana y religión. A este proyecto lo hemos denominado: lectores nómadas viajando por el multiverso en el cual abordamos un sinnúmero de plantea-

mientos relacionados con la ética, el arte, la filosofía, el lenguaje, la política, la educación. Sus ejes centrales son el sujeto, sujeto en el colectivo y sujeto como poder. Desde allí se promueve la exploración de los estudiantes, pues las entregas finales corresponden a diferentes productos fruto de un acercamiento a la investigación, a la recursividad y al uso de las herramientas análogas como digitales que tienen los estudiantes a su disposición para elaborar estas entregas según la complejidad de las mismas.

En este contexto el programa radial es un motor y guía del proyecto. Siempre invitamos a toda la comunidad a escuchar el programa que se transmite los días lunes entre las 6:30 p.m y hasta las 7:15 p.m. Igualmente tomamos ideas y contenidos como insumos para el proceso académico, pues en este se sugieren películas, libros, biografías y canciones con el fin de aportar en la conformación de nuestros criterios, además del conversatorio alrededor de preguntas e inquietudes sobre diferentes temas durante el cual presentamos algunas ideas que pueden apuntar a encontrar respuestas éticas a los diferentes dilemas de la vida .

En el programa se ha invitado y asignado un espacio a una estudiante de décimo para que acompañe el proceso y sea vocera de sus compañeros y guía de los mismos. Pero no solo eso, desarrollamos una reunión semanal en la que el proceso dialógico cobra vida. Allí acordamos los diferentes puntos a desarrollar en el siguiente programa. Ese espacio es enriquecedor ya que permite conocer prismas y puntos de vista para entablar conversaciones alrededor de los mismos.

Creemos firmemente en lo que hacemos. Compartimos una de las ideas de Jesús Martín Barbero:

“Potenciando la figura y el oficio del educador, que de mero retransmisor de saberes se convierte en formulador de problemas, provocador de interrogantes, coordinador de equipos de trabajo, sistematizador de experiencias, memoria viva de la institución que hace relevo y posibilita el diálogo entre generaciones” .

Eso es lo que hacemos. Participamos y motivamos a la participación de la comunidad. Para ello, formulamos interrogantes, provocamos el interés por resolverlos, sistematizamos en un

blog los frutos de este ejercicio y nos erigimos como memoria andante, viva, dialogante.

Como parte de ese proceso y de la praxis pedagógica subyacente a este proyecto, podemos, en este momento, afirmar que los retos educativos en comunicación se trabajan desde una de las bases fundamentales, que no es otro que el ejercicio práctico y continuo en contextos naturales. Adicionalmente, entendemos que encerrar la educación en las aulas, es inimaginable en nuestro tiempo y por ello emprendemos conexiones mediáticas que permitan diversas transformaciones socioculturales que beneficien a las comunidades.

En otras palabras, como una de las conclusiones parciales concebimos la democracia en medio de la corresponsabilidad, del aporte de los otros, de todos, el “ubuntu”, soy porque somos en comunidad y al trasegar por ese camino hemos evidenciado una herramienta adicional, en este caso la radio.

No sobra decir que esta experiencia nos hace inmensamente felices y alimenta nuestro espíritu pedagógico, por ende humano. Nuestras voces se han unido para emprender una gran expedición, para comunicarnos y para ser navegantes, viajeros en el multiverso. Construimos relatos y reconstruimos ideas, pensamientos, vivencias, sueños, utopías que configuran la vida y la cultura de una comunidad. Esto nos reta a mantener un continuo proceso de aprendizaje y de creación, de aportar y de recibir de los otros. Por lo tanto, cómo no vibrar con esa vorágine de vida que nos interpela minuto a minuto y nos ayuda a escribir la historia.

Siglas

AICD	Agencia Interamericana para la Cooperación y el Desarrollo
COA	Centro Oficial de Adultos
IAP	Investigación-acción participativa
ISCE	Índice sintético de calidad educativa
MEN	Ministerio de Educación Nacional
PEI	Proyecto Educativo Institucional
SIIE	Sistema Institucional de Evaluación y Promoción



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



UNIDOS